QUE NO SE
APAGUE
LA VELA
GERARD C. BOIX

Esta obra está publicada a través de Amazon y contiene derechos de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa, expresa o por escrito del autor. Todo uso no autorizado será perseguido conforme a lo establecido por los derechos de la Propiedad Intelectual.

© Gerard C. Boix, 2021
E-mail: info@gerardcboix.com

www.gerardcboix.com

Puedes seguirme a través de:
Instagram: gerardcboix
Twitter: @7Boix
Facebook: Gerard C. Boix

Diseño portada: Mónica Gallart

QUE NO SE APAGUE LA VELA

Gerard C. Boix

NOTA DEL AUTOR

La mayoría de nombres de pueblos y negocios utilizados en esta novela son completamente ficticios. Lo he preferido así para evitar cualquier ofensa o malentendido hacia las localidades o negocios de la zona donde transcurre la historia.

1

La decisión está tomada, pero sigo nervioso mientras cruzo la calle de Gran Vía en dirección al café-bar Rollen, donde seguro que ya me está esperando Chema.

En dos semanas, concretamente el 13 de octubre, será su cumpleaños, y no sé cómo se lo tomará cuando le diga que no estaré. Será la primera vez en más de veinte años que nos conocemos, que no asisto a su aniversario. Aunque supongo que entenderá que mi ausencia será un mal menor. Porque ya no me para nadie.

Me tiemblan las manos, el frío ha venido pronto, así que cruzo la calle corriendo hasta abrir la puerta del Rollen. Algunos clientes tranquilamente sentados en las pequeñas mesas redondas se vuelven ante mi apresurada entrada. Uno de ellos levanta la mano; es Chema, me espera sentado junto a un pilar con las caras acristaladas, nuestro lugar habitual.

Me acerco con mi expresión afable que tan fácil me sale. Por conforme me mira, intuyo que no sospecha nada, para él es un encuentro más. Desconoce que a partir de hoy, nada volverá a ser igual.

Chema es un tío guapo, al que me resultaría fácil envidiar. Da clases en un instituto desde hace más de quince años, está casado con una mujer encantadora y es padre de dos niños un poco trastos, como la mayoría de peques, supongo. Qué lejos queda verme a mí mismo en su situación ya acomodada, con la vida organizada.

Me dedica una sonrisa sincera y me siento.

—Buenos días, ¿qué pasa por aquí? —preguntó.

—Nada, tío. Esperándote —dice mientras levanta la mano y llama la atención del camarero.

No hablamos más hasta que pedimos nuestro típico almuerzo de los sábados: una tostada para acompañar un buen taco de tortilla de patatas poco hecha, una Coca-cola *light* y un café con leche.

—¿Te ha costado mucho escaparte hoy? —le pregunto mientras me quito la chaqueta.

—Como siempre. Hugo no se me despega ni con una espátula —se queja sonriente Chema cuando en su mente habrá aparecido la imagen del más pequeño de sus hijos.

—Dale la *tablet* y seguro que se olvida de ti por un buen rato.

—Eso he hecho. Es increíble cómo los absorben esos trastos. A veces se agradecen, pero joder, Nacho, son como yonquis.

La comparación me arranca una carcajada.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —me pregunta—. Podríamos ir luego a ver a Jorge y Santi. ¿Has visto su Instagram? Están que se salen con el pádel.

—No va a ser posible, Chema —le digo—. Esta quedada en realidad es para decirte que me voy.

Chema frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Te vas a dónde?

—A Galicia.

Observo la expresión de mi amigo. Sus largas cejas se han juntado hasta formar un profundo barranco en medio de la frente. El camarero nos trae una bandeja con ambos almuerzos en ella o un compañero suyo nos sirve los dos cafés con leche. El aroma del café me encanta, consigue calmarme. Aparto la mirada de mi amigo y observo el ambiente de la cafetería para nutrirme de las buenas vibraciones que me transmite, es como un spa para mis sentidos.

—Tío, de qué me estás hablando. ¿Qué es eso de que te vas? ¿Es por Silvia?

Escuchar ese nombre duele como si recibiera una puñalada. Silvia…

Encojo los hombros.

—En parte, claro —digo resignado.

—Vamos, hemos hablado mucho de ella, lo tienes más que superado.

—No, Chema. Finjo que lo he superado, pero no hago más que engañarme a mí mismo, y por lo que veo, también a ti.

—Silvia no te merece, es una zorra. Punto y final, y a otra cosa. Karen está más que dispuesta a presentarte a cualquiera de sus amigas solteras. Las hay espectaculares, joder. —Veo la impotencia creciente en la voz de Chema—. Te pasaré fotos, para ellas eres un buen partido.

Miente. Pero sé que lo hace para animarme. Niego con la cabeza.

—Ya he tomado la decisión. Es ahora o nunca.

—¿Pero qué coño hay en Galicia?

Por fin entramos en materia.

—He encontrado por internet una oferta interesante. —Chema tiene paciencia para escuchar y respetar el turno de palabra, es lo que más me gusta de él—. Un ridículo alquiler para una casita en la montaña, en un pueblo apartado de todo que no llega a los treinta habitantes. Creo que podría encontrar sentido a mi vida en un lugar así; sin distracciones, sin redes sociales. Voy a aislarme.

—¿Cómo un ermitaño?

—No. Intentaré conocer al vecindario, formar parte de la vida rural. No sé, Chema, puede que me aburra pronto de esa vida o realmente le encuentre su atractivo, pero es algo que siempre me ha

llamado y ahora puedo hacerlo.

—Pero, ¿qué trabajo podrás encontrar allí? No sé, ¿vendrás de vez en cuando?

Veo sufrir a Chema por mí, y no me gusta. Desde que Silvia se fue semanas atrás con Toni, otro de mis amigos de la infancia, me siento sobreprotegido.

Chema ha dejado media tostada sobre el plato y me mira decepcionado.

—Deberíamos haber hablado de esto antes de que tomaras esa decisión, Nacho. Sabes que puedo ayudarte.

—Si quieres ayudarme, amigo mío, apóyame en esto.

Se frota los ojos con los dedos y vuelve a mirarme.

—Está bien. Lo que necesites.

—Gracias.

Mientras almorzamos le cuento lo que sé hasta el momento del pueblo. Se llama Santisoña, y está en la provincia de Lugo, en el Souto de Agüeira, un lugar boscoso. Las fotografías de esa zona son increíbles, le cuento ilusionado.

—¿De qué vivirás? —insiste Chema.

—Por ahora de los ahorros, y con la increíble oferta que me hacen, tengo para un tiempo.

—¿Y qué oferta es esa?

—No informa mucho el correo, pero tras responder a un cuestionario, parece ser que sólo hay una condición que no explican. Me la comentarán cuando llegue.

—Joder. ¿Qué condición será esa? —la risa incrédula de Chema me inquieta, tanto como cuando leí esa cláusula.

—Me da igual, Chema —intento restar importancia—. Son tres horas de viaje, me arriesgaré. Ya he pagado los tres primeros meses por adelantado, cincuenta euros por mes.

—¿Solo?

—Sí —sonrío.

Cuando nos disponemos a tomarnos el café con leche, Chema saca el tema de Silvia. Es al único que le dejo hablar de ello. Y con él me abro, soy sincero.

—Me da mucha rabia que esa tía te haya hecho tanto daño, Nacho. Le dije de todo a Toni, pero sigo queriendo insultarlo más todavía —dice Chema apretando los labios.

—Ya pasó. Pero sí, me está costando un montón. Y las redes sociales no ayudan. Me he quitado Facebook, Instagram e incluso Twitter, que no lo utilizaba, pero por si acaso. De hecho, voy a deshacerme de mi *smartphone* y a comprarme uno de los de antes.

—¿No es un poco exagerado?

—Puede. Pero es la única forma de olvidarme de Silvia. Es que veo

a mi madre y me pregunta por ella, mi hermana también, ahora tú, y así todos los días. Resulta insoportable, tío. Sé que la mayoría lo hacéis por mi bien, pero así es imposible apartarla de mi cabeza.

—Ya, eso es cierto. Lo siento, es algo que me sale inconsciente. ¿Y cuándo te vas?

—Mañana.

Chema deja la taza a medias y me mira.

—No jodas. Casi no me entero.

Me saca una risa .

—Qué va, este encuentro lo tenía más que planeado.

—Qué cabrón —vuelve a llevarse la taza a los labios—. Oye, Nacho, ahora en serio, llámame para cualquier cosa, tío. Sé que hay unas horas de viaje, pero me da igual. Si no es lo que esperabas, sabes que estaré ahí, y si tu vida mejora, pues también me tendrás, por supuesto.

—Lo sé, amigo.

Tras terminar de almorzar, nos despedimos, y siento un ligero frío en la nuca al ver marcharse a Chema. Un amigo del que nunca me he separado. Pero a la vez, siento alivio, voy a dejarlo todo atrás, y eso me emociona.

Me abrocho la chaqueta de plumas hasta arriba y cobijado en ella me dirijo a la parada de autobuses. El transporte público me lleva hasta la calle Toledo, una zona de Salamanca cercana a la Gran Vía pero de clase más humilde y bastante tranquila.

Vivo en un segundo sin ascensor, y la verdad es que hay días en los que subo y bajo las escaleras demasiadas veces, y las articulaciones me piden un adosado en un barrio residencial a las afueras. Cuando están cansadas, mis rodillas pueden ser de lo más cabronas.

Ya tengo la maleta hecha. Observo el piso, el lugar donde pensé que haría mi vida, y que sin embargo, estas últimas semanas ha resultado todo lo contrario. Solo estas paredes saben lo que he llorado; aquí toqué fondo.

Recibo una llamada. Es mi jefe.

—Dime, Carlos. —Sé por qué me llama.

—Oye, Nacho. ¿Qué es este correo? ¿Te vas?

—Sí. Siento avisarte de este modo, Carlos. Pero ha venido así.

—Pero hombre, llevas trabajando conmigo casi seis años. No puedes hacerme esto. Estamos hasta arriba. Al menos dame tiempo para buscar a alguien.

—Te pasé dos teléfonos. Nati es muy buena con el *AutoCAD* .

—Ya, bueno. ¿Estás seguro de lo que haces?

—Creo que sí, Carlos. Necesito alejarme de todo. —Se me hace un nudo en la garganta. Siento vértigo diciéndolo en voz alta.

Tras unos segundos, Carlos habla:

—Está bien, Nacho. Ya hablamos.

Y cuelga. No puedo culparlo de que se sienta en cierto modo traicionado. Tiene razón, su despacho de arquitectura está hasta los topes de trabajo, yo estaba haciendo jornadas de diez horas entre semana, y aun así, Carlos hablaba de contratar a otra persona. Ahora sólo le queda su sobrina Jésica, a la que contrató hace dos años a media jornada.

Me siento en el sofá y miro al techo. Es curioso cómo estoy pensando en dejarlo todo atrás y sigo tan preocupado del presente. ¿Llamará Carlos a mi antigua compañera de módulo Nati? ¿Cambiará el contrato de su sobrina a jornada completa y la exprimirá hasta hacerla aborrecer dibujar planos? Espero que no. En fin, me esfuerzo para entender que ese ya no es mi problema. Ahora sólo debo centrarme en tenerlo todo listo y controlar los nervios hasta mañana. Ni siquiera puedo ver la tele, ya que es de las pocas cosas que son mías en esta vivienda alquilada y he decidido llevármela conmigo. Supongo que donde voy habrá, pero esta es nueva y me he acostumbrado a ella.

2

Me despierto al día siguiente tras sonar la alarma de mi móvil. Son las ocho de la mañana de domingo. Me quedo tumbado boca arriba mirando al techo, me he despertado con sueño, pero este se ha disipado al instante en cuanto he recordado que hoy es el día. Tengo hasta las diez para cargar mi coche y marcharme. No me obliga nadie a cumplir este horario, pero me gusta ser organizado y planear las cosas.

Salgo del baño procurando estar tranquilo. Al contrario que la mayoría de veces, no he disfrutado de la ducha caliente, mi cabeza no deja de pensar, como si acabara de beberme un *RedBull* . He visto fotos del pueblo y de la casa en concreto donde me hospedaré. Las imágenes son preciosas, pero siempre hay una parte reticente cuando nos enfrentemos a algo nuevo en la vida, o al menos, eso creo yo.

Sigo pensando qué es esa condición que no quisieron explicarme en el correo. Mi contacto es un tal Pedro Ulloa, y por mucho que le insistiera, se negó a explicármelo, dijo que conocería este requisito en cuanto llegase a Santisoña.

Por supuesto, no nací ayer, sé que el mundo está plagado de estafas y de gente que se aprovecha de personas desesperadas. En este caso, quizá yo sea una de esas víctimas, aunque no sé si desesperación sería la palabra. En verdad, por cincuenta euros mensuales de alquiler, voy a arriesgarme a ir allí y comprobar qué coño pasa.

Mis rodillas vuelven a quejarse cuando bajo y subo las escaleras en dos ocasiones hasta dejar mi coche cargado de cajas y una maleta. No cabe mucho, he tenido que apretujarlo todo y copar los asientos traseros para conseguir cerrar el maletero. Es lo que tiene haberse comprado un Peugeot 208 de tres puertas. Por suerte, mi casero me permite mantener algunas cosas en el piso durante quince días, así, si hay algo más que quiera recoger, podré volver a por ello.

Antes de salir de Salamanca, aparco frente a una cafetería en el distrito de Pizarrales y entro en el local. De nuevo, me reconforta el aroma de la bollería casera y del café recién hecho. Tras un buen desayuno, salgo fuera y decido fumarme un cigarrillo. Fumar no es algo muy habitual en mí, lo hago bastante esporádico, pero en momentos como este, me apetece.

Tiro la colilla al suelo y vuelvo al coche. Justo en el momento en que voy a girar la llave para poner el coche en marcha, llama mi madre.

—Hola, mamá.

—¿Ya has salido?

—Sí. Bueno, ahora mismo iba.

—Llama cuando hayas llegado. Y si necesitas algo, habla con Elena.

Elena es mi hermana, nueve años menor que yo. Es la persona más sufridora que conozco. Siempre llama preocupada por todo. Ella vive con mis padres en un pequeño pueblo rural al sur de Salamanca. Trabaja a distancia en una empresa de calzados.

—Vale, mamá, lo haré. No te preocupes.

Ya había tenido la conversación pertinente con mis padres y Elena sobre mi decisión de dejarlo todo atrás y buscar una nueva vida apartada de la ciudad. Ellos no las tienen todas consigo, y quizá tengan razón, pero pienso intentar demostrarles que se equivocan.

Salgo de Salamanca y tomo la nacional rumbo al norte. Me tiemblan las manos, no sé si por los efectos del café o por los nervios del viaje; quizá por ambas razones. Llevo unos cuantos cedés en la guantera. Decido que *Fito & Fitipaldis* amenizarán mi aventura, al menos, durante un buen rato.

Una hora y media más tarde, ya con la música apagada, decido detenerme para comer en un restaurante a la altura de Fontanillas de Castro. Salgo de la autopista y aparco en un amplio parking de carretera. Al abrir la puerta del coche un viento frío me golpea el rostro, así que estiro el brazo tras mi asiento y alcanzo mi chaqueta. El restaurante es un bufet libre, aunque con poca variedad. Cinco minutos después estoy comiendo una ensalada de primero y unos macarrones de segundo. Un yogur de piña espera su turno. Tengo la sensación de que la gente me observa preguntándose: ¿Quién es ese loco que viaja solo? Levanto la cabeza y veo a otras dos personas comiendo solas, tan indiferentes a todo que las envidio. Yo estoy atacado, no me siento seguro fuera de mis hábitos rutinarios. A estas horas estaría comiendo en la oficina, cotilleando el Facebook y mirando vídeos en YouTube. La verdad es que eso de ver vídeos no es algo que quiera abandonar, pienso que ese tipo de entretenimiento jubilará a las típicas cadenas de televisión, cuyo formato impone la programación. Yo ya me he acostumbrado a elegir lo que quiero ver y cuándo. De todos modos, procuro quitarme este tipo de cavilaciones de la cabeza, ya que han de pasar a un plano mucho más secundario. Pretendo alejarme de mi zona de confort para nutrirme de otro modo, para encontrarme a mí mismo y el sitio que debo ocupar en este mundo. Suena filosófico, pero es que ahora mismo no encuentro sentido a nada.

Contemplo por el cristal del restaurante a una familia bajando del coche; un Audi Q5 nuevecito. Parece una familia sacada de un anuncio. Hasta que el hombre suelta una regañina al niño y descuelga

su *smartphone* . La mujer, a la vez, parece enfadada. Supongo que no hay que juzgar lo que uno ve sin profundizar en los detalles, pero me doy cuenta de que nada parece ser lo que aparenta.

Regreso al coche satisfecho por la calidad y precio que ofrece este restaurante, procuraré pasar por aquí en mis próximas idas y venidas.

Me reconforta subirme al coche y cobijarme del frío de ahí fuera. Una nube enorme acaba de tapar el sol, quizá haya suerte y llueva… me encanta la lluvia.

Cambio el cedé, ahora un poco de Nach, Raven y otros poetas raperos. Nada más sonar la base de *Ni estabas ni estarás* empiezo a sentirme mejor. El rap me produce un efecto motivador enorme, y además, este tema lo he escuchado bastante estas semanas, ya que resulta de lo más apropiado .

El viaje transcurre tranquilo, con mi móvil calladito y la música también tras ocho canciones seguidas. Ahora necesito pensar de nuevo, con el sonido de las primeras gotas de la lluvia que se avecina impactando contra mi parabrisas. Estoy a la altura de Astorga, en la provincia de León, y veo que el coche marca una temperatura preocupante en el exterior: siete grados centígrados. Enciendo la calefacción al mínimo. Espero que la casa a la que voy esté bien calefactada, o al menos, que mis mantas calienten lo suficiente.

Llevo dos horas y media de viaje cuando dejo atrás Villafranca del Bierzo para adentrarme ya en provincia de Lugo y en terreno agreste, verde como los ojos de Silvia. Me río solo en el coche, otra vez aparece ella en mi mente y como siempre, el rostro del imbécil de Toni, quien acabó camelándosela delante de mis narices. Cuanto más pienso en ello más rabia siento, ya que yo creía que simplemente se llevaban bien. Siempre había visto positivo que mi novia bromeara con mis amigos, que se sintiera cómoda con ellos. Jamás imaginé que Silvia se sentía demasiado cómoda con Toni. Que algunas veces él se ofrecía para llevarla a casa si yo había bebido o quería seguir de fiesta. Su engaño comenzó a partir de nuestro tercer año de relación. Ella se compró un segundo móvil con el que quedaba con Toni y se mandaban mensajes y fotos guarras. Al menos, eso me contó Chema cuando un día Toni pecó de confiado y se lo contó. Toni creyó que Chema le confiaría el secreto, pero se equivocó.

Aparto las escenas que vinieron a continuación: insultos, reproches; de hecho, Silvia actuó como si no hubiera tenido más remedio que engañarme. Me tiró en cara que me había acomodado, que ya no había esa chispa entre nosotros, que discutíamos mucho, que yo sabía que ya no me quería pero era demasiado cobarde para dejarla, y ella no rompió por lástima. Tiempo después me di cuenta de que Silvia

provocaba la mayoría de discusiones, intentaba que yo aborreciera la relación y la dejara.

Curvas, y más curvas tras salirme de la A-6 por una nacional. A pocos kilómetros he tomado un desvío y la carretera se ha convertido en un camino rural, una serpiente de asfalto que esta vez sí, me aleja de todo.

Minutos después, el navegador del móvil corrobora lo que me temía, he llegado a Santisoña.

La primera impresión que me produce ver el pueblo me gusta. Incluso más que en las fotos.

Las casas son de piedra y madera, y las calles estrechas y tortuosas. Ni semáforos, ni pasos de cebra. Rural, como yo quería.

Aun así, parece que debo seguir la calzada un tramo más hacia el norte. Me alejo de Santisoña sin pasar de la segunda marcha. Estoy observando cada loma, cada arboleda. Veo a un hombre camino abajo, con un perro atado a una correa demasiado corta. Levanto la mano a modo de saludo, pero su rostro pétreo ni se inmuta. El hombre sigue mirándome y yo bajo la mano avergonzado. Detengo el coche segundos después junto a la entrada de un camino. Es hora de llamar al teléfono que me facilitaron en el correo.

«¿Sí? ¿Quen es?», oigo una voz de hombre.

—Hola, soy Nacho Senabre. Ya he llegado a Santisoña. Vengo por lo del alquiler que hablamos.

«Ah, sí. Espérame á entrada da aldea. Vou» .

Y cuelga. Así que doy media vuelta con el coche y vuelvo a bajar a Santisoña.

El corazón comienza a latirme más rápido conforme me adentro en el pueblo. Bajo por la misma calle estrecha que he recorrido hace pocos minutos. No veo a nadie mientras voy fijándome en cada rincón, cada bocacalle. Paso por una plaza que parece abandonada de la mano de Dios, como suele decirse. Una señora con el pelo blanco se escabulle cual ratón temeroso. No hay señalizaciones, así que me arriesgo a meter el coche en otra calle donde parece que voy a dejar la mitad de la carrocería en la esquina angulosa. Entonces oigo algo por detrás, y al mirar por el retrovisor, descubro a un hombre al fondo levantando el brazo. Doy por sentado que es mi contacto.

Aliviado por no tener que meterme en esa garganta de adoquines, doy marcha atrás hasta que el hombre se acerca a mi ventanilla. Viste con una camisa a cuadros y unos pantalones marrones de pana, muy típico, me digo. Se asoma y me señala, a un palmo de la cara.

—*¿Es Nacho?* —me pregunta.

—Sí, le sonrío. ¿Y usted es?

Se aparta de la ventanilla, da un rodeo y se mete dentro del coche.

—*Volve atrás* —gruñe.

Obedezco.

Lo tengo al lado, pero no habla, simplemente señala con el dedo y mientras dice algo que no consigo entender, aunque sí hacerme a la idea. Tiene un acento muy cerrado, dudo de que haya hablado castellano en algún momento de su vida.

—Hace fresco por aquí, ¿no?

—Hm.

Vaya. Parco en palabras. Pero no me doy por vencido cuando nos alejamos lentamente del pueblo cuesta arriba.

—¿Qué? ¿Son futboleros ustedes?

El hombre me mira.

—No —dice.

Pues nada. Vuelve a señalar hacia un camino que tuerce a la derecha custodiado por arces, castaños y algún que otro roble.

—Es preciosa esta zona —digo sin poder contenerme.

—Sí.

El camino se vuelve algo traqueteante por momentos y luego mejora de nuevo.

—Ahí —me señala el hombre, que ha impregnado el coche de un aroma a macho que creo que se me ha pegado a la nariz.

Entonces la veo, la casa.

Se encuentra en lo alto de una loma, sobre una alfombra de musgo decorada por pequeñas rocas calizas que asoman como los tropezones en una galleta de chocolate. Es perfecta. Dejo el coche en una explanada de tierra y me bajo sin poder apartar la mirada de la casa. Está construida con piedra y de madera viva. Es pequeña, quizá de unos cuarenta o cincuenta metros cuadrados, de una sola planta. Observo un tejado bastante sólido cubierto por tejas mohosas pero diría que en buen estado. La puerta de entrada está situada un poco a la derecha de la fachada principal, decorada por dos pequeños jardines, uno a cada lado de la puerta, y de los que asoman unas plantas mustias.

—No puede ser más rústica —digo satisfecho—. Está restaurada, ¿verdad?

El hombre, que permanece de pie a mi lado asiente.

—*De hai uns días.*

En el momento en que intento entrar, el hombre me pone su brazo de barrera a la altura del estómago.

—*Espera, eu primeiro.*

Veo cómo me adelanta y se acerca lento, incluso temeroso, a la puerta de entrada. Ha sacado una llave de su bolsillo.

Lo observo en silencio. Entonces abre y se asoma desconfiado. Yo me quedo de pie, esperando, hasta que me indica que pase.

Al entrar, contemplo un pequeño comedor compuesto por una

mesa vieja de madera rodeada por cuatro sillas de mimbre. En la pared de enfrente veo una bancada, con su fregadero y un fogón de gas. Bajo la encimera de madera hay cajones y varios armarios. A mano derecha está el frigorífico y una pequeña despensa acristalada que guarda cubiertos y vajilla. A mi izquierda veo dos mecedoras acolchadas frente a una mesita y una chimenea repleta de leña, lista para encender. Tras los sillones hay una cómoda, y sobre ella, tres bandejas con figuras hechas a mano. Entre la cocina y la cómoda hay una puerta cerrada, que supongo conducirá a las habitaciones y el baño.

Veo cómo el hombre que me acompaña, de quien todavía desconozco su nombre, trastea unos papeles sobre la mesa del comedor. Me acerco. Ha sacado un bolígrafo.

—Firma —me dice.

—¿Es el contrato?

—Firma —repite mientras asiente con la cabeza.

—Espera, quiero leerlo.

El hombre bracea y dice algo incomprensible mientras sale despavorido de la casa. Me da igual. Ya soy mayorcito para saber que tengo que leer antes de firmar.

Me llevo los papeles a una de las mecedoras y me siento en ella. Miro la chimenea apagada e imagino lo cómodo que podré estar cuando la encienda esta noche.

Empiezo a leer el contrato. No conozco a la persona arrendataria, pero mis datos están todos correctos. Conforme voy avanzando, oigo voces fuera. Así que dejo los papeles sobre el otro balancín y salgo de la casa. El hombre que me ha traído aquí dialoga con otro más joven y aparentemente culto.

—Hola —saludo.

El más joven, que tendrá unos treinta y pocos años levanta la mirada bajo unas gafas que le hacen parecer sacado de un anuncio de moda, aunque demasiado delgado y con la cara un pelín estirada.

—Hola —me saluda—. Usted debe de ser Nacho Senabre, un placer.

Le doy la mano cuando me ofrece la suya.

—Siento no haber venido antes —dice—. He tenido que decirle a mi tío Julio que se adelantara —señala al hombre que me ha acompañado a la casa.

—Entonces usted es Pedro Ulloa —le digo.

—El mismo. ¿Ha visto ya la casa?

—Sí. Me había puesto a leer el contrato.

—Oh, bien. ¿Ha llegado al punto… raro?

No sé de qué me habla, así que niego.

—¿Me enseña el contrato, Nacho? —me pregunta.

—Claro. Pero, ¿y si lo vemos dentro, Pedro? Aquí fuera hace frío.

Para mi sorpresa, Pedro niega con la cabeza y lanza una furtiva mirada a la casa.

—Prefiero estar aquí fuera.

Veo que Julio asiente conforme.

Me encojo de hombros y voy a por los papeles. Se los entregó a Pedro y este los revisa detalladamente.

—Aquí está, mire. —Y entonces lee—. *«El precio del alquiler mensual de cincuenta euros más impuestos queda sujeto a la condición inmutable de que el inquilino jamás, bajo ninguna circunstancia, deje que se apague la vela».*

Pedro levanta la mirada y la fija en mí. Yo lo miro a él sin poder evitar una mueca.

—¿Qué vela? —pregunto confundido.

El joven mira a Julio.

—Enséñasela, os espero aquí.

Julio niega.

—*Está acesa*— dice Julio mientras mueve la cabeza.

—Tío, vamos —insiste Pedro.

A regañadientes, el hombre me indica que lo siga. Entramos en la casa y me lleva hasta la puerta que supuestamente debe conducirnos a las habitaciones y el baño. En cuanto la abre, veo un pasillo estrecho con una puerta cerrada a cada lado y otra al fondo. Julio abre la puerta de la derecha y entonces una cálida luz emerge del interior. Él no entra, sino que se queda en el umbral y me deja paso. En cuanto me asomo descubro una estancia pequeña, con una rendija de ventilación en lo alto de la pared de enfrente. A mano izquierda veo el mueble, del que procede la luz danzarina de una vela gruesa encendida, rodeada por todo tipo de figuras cristianas. Me produce un ligero escalofrío.

—¿La has visto? —pregunta Pedro desde el exterior.

—Sí —respondo sin apartar la vista de ese extraño santuario.

—Si abre las puertas que hay debajo de la vitrina de ese mueble, encontrará más velas. No deje que se apague la anterior para encender la siguiente, sino que debe encender las dos y a continuación apagar la que se está agotando.

—Sí, entiendo —respondo.

En cuanto me aparto, Julio se apresura a llevarme fuera de la casa, incluso me adelanta para salir antes que yo.

—¿Qué coño es esa vela? —pregunto completamente descolocado.

Pedro mira a Julio y luego a mí.

—Es una especie de juramento o promesa religiosa.

—No entiendo.

—Verá, no es nada extraño al fin y al cabo, Nacho. Pero la mujer

que vivía aquí era muy querida para los vecinos de Santisoña y cuando falleció, al no tener descendencia, la casa pasó a ser propiedad del pueblo, y decidimos, hace ya casi treinta años, mantener viva siempre una llama en su honor.

—¿Y qué pasa si se apaga?

—Pues que si has decidido vivir en la casa has firmado el contrato, que expresa claramente que… —y entonces vuelve a leer—. *«Si el inquilino, por dejadez, despiste, o cualquier otra razón, deja que la vela se apague, estará obligado a compensar con una cantidad de setecientos cincuenta euros por cada año que la vela ha permanecido encendida, además, abonará la compensación que hasta el momento haya podido ahorrarse en su pago mensual, el cual, sin esta cláusula de por medio sería de trescientos euros»* .

—Esto es una broma —digo riéndome—. Es imposible que yo pueda hacer frente a esas cantidades.

Pedro suelta también una risilla.

—No debe preocuparse, Nacho. Nosotros jamás hemos dejado que la vela se apague. Si usted está al tanto de la llama, no va a tener ningún problema.

Por un momento estoy a punto de subirme al coche y marcharme por donde he venido. Pero entonces multitud de imágenes aparecen por mi mente: Silvia, mis padres, Chema…No puedo regresar al día siguiente con el rabo entre las piernas. Además, y por poco soy capaz de reírme en la cara de estos dos que siguen a la espera, si la llama se me apaga por lo que sea, nadie se enterará, porque está en una habitación sin ventanas. Solo tengo que volverla a encender o cambiarla por una nueva y listo. Menudos iluminados los de este pueblucho.

Le quito los papeles de las manos a Pedro y me los llevo dentro de casa. Los firmo y se los devuelvo. Pedro me entrega una de las dos copias del contrato.

—Ha hecho bien, señor Senabre. Ya verá como la gente del pueblo es estupenda —dice Pedro con una sonrisa—. Aquí se vive muy tranquilo.

Julio tira de la chaqueta de Pedro y este asiente.

—Bueno, instálese —añade—. Yo debo marcharme a Lugo ahora mismo y entregar esto al abogado. Recuerde vigilar siempre la vela.

Esta última petición me suena a amenaza. «Tranquilo que no os enteraréis si se apaga, no soy tan lerdo», digo para mis adentros.

Son las seis de la tarde, llevo dos horas solo en la casa. He vaciado la maleta y las cajas y he ido guardando cada cosa en su sitio. He visto el baño y me gusta, un poco apagado el interior pero no es que me importe mucho. Hay dos bombonas llenas de gas butano fuera, donde se encuentra el calentador. He probado el agua caliente de la ducha y

funciona perfectamente. Hay toallas limpias en el pequeño armario de madera del baño, papel higiénico e incluso jabones por estrenar. El único dormitorio es el que hay al fondo del pasillo, más allá del baño y de la extraña habitación donde se encuentra la vela rodeada de figuritas. Me obligo a no pensar en ello mientras reviso los armarios de la cocina. Lo mismo, descubro paquetes de sal, de pasta, de arroz, dos botellas de aceite de oliva, estropajo, detergentes… en fin, de todo.

—Menudo chollo —me digo más que satisfecho por haberme trasladado a este rincón de Galicia. Ahora mismo es el mejor sitio que se me ocurre para cambiar de aires.

Recibo una llamada, y veo que es Chema.

—¿Qué pasa, tío? —pregunto con una sincera sonrisa.

—¿Ya te has instalado? ¿Has llegado bien? Cuéntame.

Le resumo el viaje y la escena con el raro de Julio y su sobrino Pedro Ulloa.

—Hay una condición que es para cagarse —le digo divertido.

—¿Cómo que una condición?

—He firmado un contrato que me advierte que para mantener el bajo alquiler debo procurar que una vela que hay en una de las habitaciones no se apague.

—¿Una vela? ¿En serio? ¿Y qué pasa si se apaga?

—Pues que deberé amoquinar pasta, y mucha, la verdad.

—No. Me refiero a qué ocurre si se apaga, en plan, no sé, físico. ¿Se cae la casa? ¿Te conviertes en zombi?

Sus ridículas hipótesis me sacan una carcajada.

—Qué va. No sucede nada. Se ve que la persona que vivía aquí era muy querida por los vecinos, y decidieron mantener viva la llama en su honor. O algo así.

—Joder, pues se toman los juramentos muy en serio —dice Chema —. Menuda chorrada.

Hablamos unos minutos más que aprovecho para describirle el hermoso paisaje otoñal del Souto de Agüeira y de lo rústico que es el pueblo.

—Me entran ganas de ir a verte, Nacho. Pásame algunas fotos.

—Vale. Pero mañana. Hoy estoy reventado. Quiero darme una buena ducha, encender el fuego y acostarme acurrucado en las mantas.

—Suena bien, amigo. Pues no te molesto más. Me alegro un montón de que todo haya empezado bien. Y llámame para lo que sea.

—Claro, está hecho. Gracias, Chema .

Me vuelve la nostalgia nada más colgar. Chema es un buen amigo, ahora me doy más cuenta todavía. Me quiere y se preocupa por mí. Qué pocos Chemas existen en mi vida.

La ducha ha resultado de lo más reconfortante. Me visto con el pijama y el batín. Aprovecho que la chimenea está preparada para encender el fuego. Creo que es la primera vez en mi vida que disfruto de una chimenea encendida para mí solo.

He cenado un pequeño caldo de pollo envasado con unos fideos frente al fuego, y contemplando el baile de las llamas empiezo a pensar en lo que haré al día siguiente. Quiero tomármelo con calma, visitaré Santisoña y me presentaré como el nuevo vecino. Me interesa mucho conocer a esta gente y ver qué puedo aportar a esta reducida comunidad.

Tras la cena cojo uno de mis libros de autoayuda que me he traído desde Salamanca y me acomodo en el sofá. Sin embargo, en pocos minutos empiezo a sentir el cansancio del viaje y los ojos se me cierran. Ya leeré mañana.

Mi habitación es fría, aunque ligeramente acogedora. La cortina está abierta y al acercarme a la ventana puedo ver la luna llena asomando por las montañas recortadas en negro. Me arrepiento de no haberme asomado cuando todavía clareaba el día, pero me prometo hacer unas fotos mañana mismo. Abro la ventana para cerrar las contraventanas de madera. Las bisagras crujen y justo en ese momento escucho algo fuera. Me detengo. Me han parecido unos pasos avanzando entre la hierba. No consigo ver nada. Se han detenido, si es que se trata de pasos. Estoy a punto de preguntar, pero luego me doy cuenta de que no tendría sentido que a estas horas alguien deambulara por la zona. Por si acaso, me aseguro de haberlo cerrado todo bien. Estoy en un lugar desconocido, rodeado de vecinos que tampoco conozco. No sería raro que en un pueblecito como este hubiera algún loco. Echo las cortinas y me meto en la cama. Aprovecho la luz de la lámpara de mi mesilla para hojear algunas revistas de *National Geographic* hasta que de nuevo, el sueño me atrapa. Me da el tiempo justo para apagar la lamparilla y cubrirme entero con el edredón antes de quedarme completamente dormido.

3

Cómo no, el canto de un gallo me despierta. Bostezo como un león africano y me desperezo como si con cuerdas intentaran estirar mis extremidades hasta arrancarlas. Vuelvo a bostezar y miro la hora en mi reloj: las ocho y media de la mañana. La habitación está completamente a oscuras. De pronto abro los ojos y me siento sobre la cama. ¡La llama!

Salgo de la habitación y abro la puerta de la otra estancia. Ahí está la vela, encendida. La llama se remueve cuando el aire que he producido al abrir la alcanza. Luego parpadea por un momento y me quedo congelado, como el que ve al delantero de su equipo corriendo con el balón en los pies, fuera de marca, hacia el portero contrario. Doy un respingo al escuchar algo en la concina. Suena metálico, como si se hubiera caído un cubierto. Me vuelvo hacia la puerta abierta que separa el pasillo del salón.

—¿Hola? —preguntó caminando descalzo. A pesar de llevar calcetines gordos, siento el frío del suelo—. ¿Hola?

Entonces me asomo. El salón está vacío, también la cocina. Me acerco a la encimera y observo cada centímetro de la estancia. Bajo la vista al suelo y entonces veo un tenedor entre la mesa del comedor y la propia cocina. Estoy completamente seguro de que fregué lo que había utilizado para cenar y lo deposité todo sobre la bayeta junto al fregadero, de hecho, todavía sigue allí, todo menos este tenedor. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando descubro un cajón abierto unos cinco centímetros. Respiro hondo al pensar que quizá no lo cerré bien. Me acerco a él y lo abro. Está todo en su sitio. Recojo el tenedor y siento el metal caliente, como si lo hubiera sacado del lavavajillas nada más terminar el programa de lavado. Dejo el cubierto en el interior de fregadero y me vuelvo para observar la casa una vez más. Corro las cortinas, tanto de la ventana del fregadero como la que está junto a la chimenea, en la pared del fondo. La luz baña la estancia y al ver el exterior neblinoso y verde, vuelvo a recuperar las buenas vibraciones. Qué maravilla.

Tras zamparme tranquilamente dos huevos revueltos y unas roscas de pan con tomate, me preparo un buen café con leche y me siento frente a la chimenea, cuyas brasas todavía crepitan moribundas. Me enciendo un cigarrillo para acompañar el momento.

A las diez de la mañana salgo de casa, apretujándome con el abrigo de lana y echándome una bufanda negra al cuello. Me he asegurado de que la vela seguía encendida antes de salir.

El paisaje es tan hermoso que decido ponerme las gafas que suelo usar para evitar que se me canse la vista frente al televisor o la pantalla del ordenador, así no me perderé ningún detalle del entorno.

El terreno húmedo cruje bajo mis pies mientras avanzo. El petricor me arranca una sonrisa, tal es su efecto embriagador. Me sorprende el silencio que envuelve esta zona salvaje y me doy cuenta entonces, de lo poco acostumbrado que estoy a no escuchar el bullicio.

Tras una caminata de unos diez minutos, descubro los tejados de Santisoña. Algunos pájaros se persiguen llenos de vida mientras otros los observan entretenidos picoteando las viejas tejas. A mano derecha tengo la primera calle, estrecha y con el asfalto agrietado y abultado, como si seres de ultratumba hubieran intentando salir a la superficie quedándose a medias. La imagen me produce una cierta congoja. Odio las películas de terror.

—¡Eh!

Doy un respingo y me vuelvo. Detrás de mí se detiene un anciano y me mira como si estuviera a punto de saltarme encima. Se apoya con un garrote seguramente hecho por él mismo, y una de las piernas le tiembla. Tiene unos ojillos azules escondidos tras unos párpados caídos y una cortina de pelo que le nace de las cejas.

—Buenos días, señor. ¿Cómo se encuentra? —lo saludo.

El viejo avanza un metro.

—¡Apágala !

—¿Cómo dice? —pregunto completamente descolocado.

—*¡Pai!*

Una mujer de unos treinta y pocos años aparece para agarrar al anciano de los hombros y obligarlo a volverse.

—Hola —saludo.

La mujer, de pelo castaño y ondulado, del mismo color que sus ojos, me mira, pero no me saluda.

—*Veña na casa, pai.*

El anciano sigue mirándome mientras la mujer lo obliga a volverse. Los veo alejarse hacia la casa que da inicio a la calle por la que me he metido. ¿Apágala? ¿Se refiere a la vela?, me pregunto mientras los veo marcharse.

—¿Tú debes de ser el nuevo inquilino? —Vuelve a hablar alguien a mis espaldas, así que aparto la mirada del anciano y la mujer y me veo frente a una pareja de hombres. Los dos de aspecto rudo y fornido a pesar de su avanzada edad. Cargan con bolsas de plástico.

—Sí, supongo —respondo.

—¿Para cuánto tiempo has venido a quedarte? —pregunta el de la izquierda.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Depende.

—¿De qué? —pregunta el otro.

—Pues…, de todo en general. ¿Saben dónde podría comprar? Necesito pan, leche, y algunas cosas más.

Los dos rostros pétreos me miran de arriba abajo.

—En casa de Elodia —dice el de la derecha sin cambiar un ápice su expresión. Señala calle abajo—. Primera calle a la *esquerda* .

—De acuerdo, gracias. Que tengan un buen día.

Paso por su lado sin esperar respuesta y me alejo a toda prisa. Vengo de un sitio acostumbrado a la buena educación, a la hospitalidad ante los desconocidos. No suelo tratar con gente tan huraña. Espero que esa tal Elodia sea más agradable.

Al cruzar por la calle que me han indicado esos vecinos, aparezco en otra más empinada. Me imagino a un niño tirándose por esta pendiente con un monopatín, cómo disfrutaría.

Obligado, tuerzo por una curva a la derecha. Un coche no podría maniobrar por este callejón, eso seguro. Una anciana riega la calle —ya mojada— con una regadera. Viste de luto, y lleva el pelo cano algo descuidado.

—Buenos días, señora —la saludo.

Ella levanta la mirada.

—*¿Quen es vostede?*

—He venido a pasar unos días a Santisoña —digo—. No soy de aquí, vengo de Salamanca.

Ella asiente.

—*¿Quén é a túia familia?*

—Oh, nadie, no son de aquí — insisto. Veo la expresión escéptica de la mujer—. Me estoy quedando en una casa a las afueras.

—*¿A casa de Antonila?*

—No lo sé. ¿Antonila?

—*¿A meiga?*

No entiendo lo que me dice, quiero irme porque su tono se vuelve más seco y perturbador. Miro calle abajo, intentando encontrar una vía de escape y entonces veo a otra mujer, más joven que esta, quizá de unos cincuenta años, mirándome desde la entrada ancha de otra casa. Hay un cartel sobre su cabeza, pero, a pesar de llevar puestas mis gafas de vista, no consigo descifrar lo que pone.

Me alejo de la anciana, que todavía me sigue con la mirada acuchillando mi nuca. El aroma a pan recién hecho y a bollería casera me reconforta; viene de donde se encuentra la mujer que todavía me observa desde el ancho portal. Justo cuando me encuentro a unos cinco metros de distancia, la desconocida se mete dentro de la vivienda.

Frente a la puerta, alzo la mirada y se dibuja una sonrisa en mi rostro en cuanto leo lo que pone en el cartel: *Forno de leña* . Al entrar,

una ristra de escritos en gallego sobresaltan en blanco el fondo oscuro de una pizarra de un metro de alta: *bollos, panes, cruasanes, café* —y algunas de sus variantes—. Veo mesas redondas, rodeadas por sillas metálicas. No tengo hambre, pero podría tomarme otro café. La mujer que había apoyada en la entrada se mete tras la barra, donde un cristal muestra algunos tipos de pan y bollos, empanadillas, bizcochos y otros tentadores manjares que me obligan a apartar la vista.

—Buenos días —saludo .

—Hola, señor. Buenos días. ¿Qué desea?

Por fin, alguien con educación que conoce la importancia de un buen trato. Agradecido, señalo la cafetera individual que la mujer tiene detrás.

—Por favor, ¿puede prepararme un cortado?

Ella asiente con una sonrisa de labios finos que fuerzan unas mejillas redondas.

Mientras se afana en prepararme el café, aprovecho para entablar una conversación insustancial.

—¿Siempre está tan tranquilo el pueblo?

—Solo en verano viene la gente. Como puede ver, la mayoría de aquí son ancianos. Sus hijos viven en pueblos más grandes, y sus nietos ya ni siquiera vienen por aquí.

—¿Usted siempre ha vivido en Santisoña?

—Sí.

Voy a probar suerte.

—He venido a pasar unos días para desconectar.

No obtengo respuesta, así que profundizo.

—Creo que pasar un tiempo solo en esa casita me vendrá bien.

Ella se vuelve justo antes de apretar la tecla que dejará caer el café dentro de la taza.

—¿Qué casita?

Su rostro ha palidecido, y la amabilidad ha desaparecido de sus ojos.

—La que hay a las afueras… la de la vela que nadie quiere que se apague. —A tomar por saco. No me apetece andarme con rodeos.

Tras unos segundos en los que la mujer parece haberse petrificado, recobra la compostura y sigue preparándome el café. Ya no dice nada hasta que me lo trae.

—¿Conoce la historia de esa vela? —pregunto.

Ella asiente.

—Parece ser que la señora Antonila fue una gran mujer —insisto.

Veo cómo frunce el ceño. ¿La he descolocado?

—¿O no? —preguntó—. ¿No es cierto?

Ella se vuelve y regresa tras el mostrador.

—Será un euro con veinte.

La observo durante unos segundos, preguntándome qué estará pensando. Finalmente asiento y bebo el café en silencio. Cuando me dispongo a pagarle, pido una barra de pan y una bolsita de cruasanes.

—Si necesita algo más, puede pasar por ese pasillo a la tienda —me dice la mujer.

—Claro, quizá esta tarde vuelva. Por cierto, me llamo Nacho Senabre.

Extiendo la mano y ella me entrega la suya.

—Elodia, pero todos me llaman Elo.

—Un placer conocerla, Elo.

Veo cómo me mira. ¿Es deseo lo que percibo? ¿O preocupación? Joder, estoy demasiado desentrenado para interpretar la mirada femenina.

En lugar de regresar ya a casa, decido dar un pequeño paseo cargado con la bolsa de la compra. Tras unos minutos deambulando por las cuatro calles de Santisoña, llego a la parte suroeste, donde una minúscula iglesia permanece abierta. Parece una casita de juguete. El tejado es estrecho, como si alguien lo hubiera achatado de los lados y estirado hacia arriba. En lo alto hay una pequeña campana cuya cuerda para hacerla sonar cae directa al interior de la iglesia. Fuera, un banco a cada lado espera que alguien se siente en él. Por un momento pienso en adentrarme en el minúsculo edificio, pero las iglesias no me llaman suficiente la atención para meterme dentro de ellas. Así que doy media vuelta y casi me doy de bruces con dos ancianas que me esquivan en dirección al edificio. Cuchichean algo tras sobrepasarme, pero no consigo entenderlas.

Es casi la una de la tarde, así que decido que ya he tenido suficiente trato con el vecindario y tomo el camino a casa.

De regreso me cruzo con pocas personas, todas me lanzan miradas curiosas, incluso incrédulas, me atrevería a decir. Supongo que aquí se conocen todos, y ver a un desconocido pasearse por sus calles como uno más, despierta sospechas. Sus miradas de ojos arrugados me incomodan. Al principio he saludado a un hombre algo barrigudo cuyos botones de la camisa deberían recibir un aumento de sueldo. El desconocido me ha mirado con el ceño fruncido. Le he dado los buenos días y simplemente ha alzado el mentón a modo de saludo. Con otra mujer rubia y flacucha no he tenido tanta suerte, pues ni siquiera me ha mirado.

Al pasar por delante del horno veo a Elodia asomarse con un trapo en las manos. Esta vez no se mete en la casa, creo que la curiosidad le puede.

—Bueno, ha sido un placer conocerla, Elo. Voy ya para casa —le digo.

Ella fuerza una sonrisa.

—Esta tarde me pasaré a comprar unas cosillas —añado—. ¿Qué horario tiene en la tienda?

Ella se encoge de hombros.

—Es mi casa, llame y le abriré. De todos modos, si pasa de tres a ocho, lo encontrará abierto.

—Gracias, muy amable.

Por un momento he pensado en volverle a insistir por la vela, ya que no consigo quitármela de la cabeza. Pero recordando cómo le ha cambiado la expresión, incluso el trato hacia mí al sacarle el tema, decido no tentar a la suerte, por ahora.

Subiendo la cuesta que me aleja del pueblo, suelto una risilla de disgusto. Cuando crees que algo bueno te sucede, entonces aparecen los fantasmas.

Por momentos me tienta la idea de apagar esa vela. Antes me aseguraría de que estoy solo en casa. Volvería a encenderla de inmediato, pero al menos, sabría si realmente pasa algo o no. Pero, ¿y si estos vecinos tienen algún modo de enterarse si se apaga? ¿Y si me descubren y echan mano a las cláusulas del contrato y las ejecutan? Si me tocara pagar toda la cantidad que se me pide en el contrato, me arruino.

A unos cincuenta pasos antes de llegar a lo alto de la loma donde se encuentra mi casa, veo bajar a la mujer que he visto cuando he llegado al pueblo esta mañana, la que se ha llevado a su padre casi a rastras justo cuando parecía que iba a decirme algo.

La desconocida avanza hacia mí echando rápidas miradas atrás. ¿Estará paseando al perro?, me pregunto. Pero entonces descubro al anciano tras ella; ha salido de la maleza y se está abrochando la bragueta del pantalón. Ella se vuelve y lo insta a apresurarse, quizá le esté repitiendo la orden durante todo el paseo.

—Vamos, papá —dice sin esconder la impaciencia .

El anciano levanta la cabeza y se percata de mi presencia. La hija actúa como si no me hubiera visto.

Es mi primer día en Santisoña, pero por esta mañana ya estoy cansado de aguantar miradas desconfiadas y muestras de indiferencia. Así que paso por el lado de la mujer e imito su comportamiento. No puedo evitar fijarme en que es casi tan alta como yo, y es guapa. Me habría gustado fijarme con más atención, pero me aguanto, no es el momento.

Al llegar a la altura del anciano este se detiene y me mira fijamente. Me señala hacia la casa y balbucea algo que no entiendo. A mis espaldas, la hija vuelve a instarle para que avance.

—Papá, deja en paz al hombre. ¡Vamos!

Me vuelvo hacia ella.

—No se preocupe, no me molesta —le digo. Sin querer vuelvo a

fijarme en ella; tiene los ojos castaños y grandes. Cada vez que la miro me resulta más interesante. Fuerzo mi voluntad y me giro hacia el anciano—. ¿Qué ocurre, señor? ¿Qué necesita?

Siento la tensión de la hija y escucho sus pasos en mi dirección. El anciano vuelve a señalar a la casa y vuelve a decir algo, pero resulta que de su boca solo sale un murmullo incomprensible. Cuando la mujer llega hasta nosotros tira del brazo de su padre y a punto está de hacerlo caer. Me fijo en ella. Viste anticuada, como las ancianas que he visto por el pueblo. Pero su cuerpo es esbelto y proporcionado. Tiene una nariz recta y unos labios finos pero bien estilizados. Su mirada de ojos castaños es penetrante y expresiva, pero transmite desconfianza, como si colgara de ella el cartel de peligro. Tiene unos hombros rectos muy atractivos y un cuello fino y femenino.

Los veo alejarse y me doy cuenta de que me he quedado intrigado con ella. No he venido al pueblo a conocer a una posible pareja, ni mucho menos, sino todo lo contrario. Pero desde que la he visto esta mañana, ha despertado en mí la curiosidad.

De camino a casa le doy vueltas a la cabeza. Siempre me han atraído las mujeres que en principio se muestran esquivas, calladas. Irónicamente, esa indiferencia hacia mí, consigue siempre intrigarme.

Me obligo a olvidarme del tema y a centrar mis cavilaciones en algo más importante. ¿Qué ha querido decirme el anciano al señalarme la casa? Supongo que lo mismo que todos: que no deje que se apague la vela. Me río solo mientras me detengo en la entrada. Nunca he sido de seguir rastros, ni tengo idea de las huellas que pueda dejar alguien a no ser que sea realmente evidente. Me acerco al coche y compruebo que continúa cerrado y que el interior sigue intacto. Lo está. Vuelvo a la casa, y nada más entrar, dejo la bolsa de la compra en la cocina y me dirijo a la habitación y para asegurarme de que la vela sigue encendida. Lo está. Al volver al salón me percato de que hay algo en el suelo. Es un papel plegado. Lo abro con cuidado, ya que parece desgastado. ¿Qué demonios es esto? Veo la foto de una mujer. Volteo la imagen recortada de algún viejo periódico y descubro que detrás solo hay parte de alguna noticia que no consigo averiguar, ya que la mayoría de frases y palabras han sido recortadas siguiendo la silueta del reverso. Me pregunto quién ha dejado esto aquí. ¿La mujer y el anciano con los que acabo de toparme? ¿Elodia la panadera? No tengo ni idea. Entonces me fijo en la foto y siento un ligero escalofrío. Es un rostro de mujer muy vieja, quizá la más anciana que haya visto jamás. La piel de su cara se asemeja a un mapa geográfico. Tiene una mirada muy perturbadora; sus ojos transmiten una sabiduría y una decisión inquietantes.

Cierro la puerta y mi estómago protesta; tengo hambre, así que dejo la foto sobre la mesa y antes de dirigirme a la cocina preparo la

chimenea —todavía quedan unos troncos al lado del hogar—. El fuego prende rápido, así que vuelvo a la cocina a prepararme unos macarrones con salsa boloñesa de bote.

Mientras hierve la pasta, vuelvo a estudiar la imagen recortada de periódico. Tiene el tamaño de la palma de mi mano, pero tras otro exhaustivo repaso tanto a la imagen como al dorso, sigo sin encontrar más información. Frustrado, me guardo el recorte en el bolsillo.

Aunque solo lleve un día en este pueblo, el hecho de no tener internet me está costando llevarlo. Es como si el mundo se hubiera reducido de tal modo que ni siquiera quepo dentro. Siento una necesidad imperiosa por marcharme ahora mismo y comprarme un móvil en condiciones, con su WhatsApp y todas sus aplicaciones que tanto enganchan. Suelto una risa que incluso a mí me resulta preocupante. Por primera vez, el no encontrarme activo en las redes sociales, me hace sentir menos vivo. Intentando apaciguar esa inquietud, me levanto nervioso de la mesa y recojo los restos de la comida. Me acerco al fuego y me siento en la mecedora centrándome de nuevo en el recorte que ha aparecido en mi puerta.

Parece que alguien intenta decirme algo, pero quiere hacerlo con tal disimulo que me está constando dilucidar lo que pretende realmente. ¿Y si pregunto a la persona equivocada? ¿Tiene algo que ver la foto con la vela? ¿Y el cubierto que encontré en medio de la cocina tras haberlo escuchado caer? ¿Está todo relacionado, o son paranoias mías que se acrecentarán si sigo viviendo solo sin objetivos futuros?

Cierro los ojos con la intención de descansar la mente. El crepitar del fuego me ayuda.

Un chasquido en la leña me sobresalta. Miro aturdido el fuego. Me he dormido. Veo que todavía son las cinco y cuarto de la tarde. Me asomo a la ventana de mi derecha y descubro un cielo gris. No tardará en llover, me digo. Es hora de regresar al pueblo y comprar unas cuantas cosas.

Esta vez, en cuanto salgo de casa, me fijo en el entorno. No escucho ni veo nada sospechoso.

Decido bajar con el coche. Sabiendo que la gasolinera más cercana se encuentra a más de media hora de viaje, intentaré no usarlo mucho. Pero no me apetece caminar, no sea que me pille la lluvia en mitad de trayecto, y encima cargado con la compra.

Aparco justo a la entrada del pueblo. Esta vez, no veo al anciano ni a su hija, aunque sé que viven en la primera casa a la izquierda de la calzada.

Voy directo a la tienda de Elodia. Son casi las seis de la tarde, así que me encuentro con la puerta que lleva a su panadería abierta. Entro y no veo a nadie.

Escucho pasos tras el pasillo que separa la zona de droguería de la cafetería. Avanzo y me meto entre los estantes. No hay mucha cosa, pero sí todo lo necesario para el día a día.

—¿Hola? —preguntó a modo de saludo .

Los pasos se acercan y entonces aparece Elodia.

—Hola, buenas tardes. ¿Le ayudo? —me saluda forzando una sonrisa.

Le devuelvo el gesto.

—No, gracias. Me gustaría echar un vistazo primero.

Decepcionada, se aleja hacia la caja.

Me aseguro de que Elodia y yo estamos solos, pero en ese momento entra alguien.

—Elodia, ¿has visto al nuevo? —pregunta la mujer que acaba de entrar. Escucho la voz de Elodia en susurros, pero la otra mujer se muestra tan excitada que no atiende a lo que le están diciendo y continúa—. Nos hemos topado con él cuando íbamos a la iglesia. Dicen que vive… —Ha bajado la voz, quizá siguiendo las señas de Elodia. En silencio me acerco—… en la casa de Antonila. Es el guardián de la vela.

De pronto, deja de hablar.

Al acercarme entre las estanterías distingo a una mujer moverse cual búho curioso. Ya sabe que estoy aquí. Así que valiéndome de la excusa de no saber qué llevarme de la tienda, merodeo paciente. Las he obligado a callarse, así que la mujer se marcha y volvemos a estar solos. Mientras, he llenado la cesta que he cogido de un rincón. Es hora de pagar.

Empiezo a depositar los productos sobre la cinta transportadora y aprovecho para entablar una nueva conversación con Elo:

—Parece que soy la comidilla del pueblo —digo divertido.

—Santisoña es pequeño. Se les pasará pronto.

—Hoy no me he dado cuenta y casi se me ha apagado la vela —suelto de repente.

Un bote de tomate frito se le resbala a Elodia de la mano y el sonido que produce contra la caja resulta ensordecedor. Ella recoge el recipiente intacto y me mira. Hay temor en sus ojos, incluso miedo.

—No sea descuidado, señor. El contrato dice bien claro lo que podría suponerle que la vela se apagase.

Poco a poco, Elodia vuelve a su tarea.

—Tengo la impresión de que hay algo más que os preocupa, Elodia.

Ella me mira .

—Para que todo esté bien, simplemente acójase a lo que ha firmado, señor Senabre.

Conoce mi apellido. Curioso.

Cuando saco la cartera aprovecho para mostrarle algo. Hago como que se me cae un papel del bolsillo, y al recogerlo, lo despliego.

—Ah, por cierto —digo—. He encontrado esto justo antes de alcanzar la loma donde se encuentra mi casa.

Le muestro el recorte de periódico con la foto de la anciana.

Ella lo coge y lo observa con recelo. Me fijo en su reacción. Abre los ojos más de la cuenta y luego me mira, como para asegurarse de que no he captado su cambio de expresión.

—No sé quién es —dice escueta.

Odio que me mientan.

—Su cara no dice lo mismo.

Elodia me devuelve el recorte.

—Mi cara no dice nada. No sé quién es, y punto.

—¿Es la mujer que vivía en mi casa? —pregunto.

—No es su casa.

—¿Es Antonila? —insisto.

—No.

¡La he pillado!

—Entonces sabe quién es.

Elodia me devuelve el cambio y se aleja.

—Tengo que atender la panadería —dice marchándose.

Por un momento me siento tentado de seguirla y comprobar que me ha mentido de nuevo. Pero creo que por hoy es suficiente.

De camino hacia el coche, el frío se intensifica. El sol ya ha desaparecido, y el cielo se oscurece cuando ya son casi las siete de la tarde. No me cruzo con ningún vecino. Cargo las dos bolsas en el maletero y entonces me vuelvo hacia la casa donde creo que viven la mujer y el anciano de esta mañana.

Me acerco a la vivienda mientras procuro que no me vea nadie. Aparto la persiana que esconde la puerta de entrada y llamo con dos ligeros golpes. Entonces me alejo hacia mi coche y espero. La puerta se abre y se asoma el anciano.

—Hola —lo saludo unos metros alejado.

Él me mira fijamente y luego se vuelve hacia el interior de su casa. Entonces, para mi sorpresa, sale y se me acerca garrote en mano.

Está tenso, o al menos lo aparenta. Aprovecho para extraer el recorte de periódico y le muestro la foto antes de esperar alguna reacción repentina.

—¿Lo ha metido usted por debajo de mi puerta?

El anciano asiente. Su mirada parece suplicante.

—¿Quién es? —pregunto.

Abre la boca, pero no consigue pronunciar palabra. Su dedo aprieta la imagen. Yo intento leerle los arrugados labios.

—¿Eva? —Intento acertar. Él niega—. Eli… Ela… Elvi… ¡Elvira!

Finalmente el anciano realiza un gesto como si fuese a aplaudir pero se contiene. Vuelve a intentar pronunciar algo más.

—¿Bue..., buena? ¿No? ¿U…ja? ¡Bruja!

Nuevamente, el viejo asiente enérgico.

Escucho la voz de la hija llamando a su padre desde dentro de casa.

El hombre da un sobresalto y me empuja señalándome el coche. Creo que no quiere que que su hija nos vea juntos. Pero esta aparece antes de que me meta en el vehículo.

—¡Pai! —grita ella.

El anciano me ha transmitido la congoja y me quedo quieto, como si me hubiesen pillado robando. La mujer se cruza de brazos y tensa como una serpiente a punto de lanzar su mordisco, espera a que el viejo regrese y entre en casa. Luego, los ojos de ella se clavan en los míos, pero no dice nada.

—Hola —me presento mientras me acerco—. Me llamo Nacho.

—Deje a mi padre en paz —suelta la mujer.

—Claro, no pretendía molestarle. —A tomar por saco, voy a probar suerte—. Mire, es que después de cruzarme con ustedes esta mañana cerca de mi casa…

—No es su casa.

—Ya, sí. Bueno. Ahora lo es. La he alquilado.

Antes de que siga contradiciéndome, extraigo la foto arrugada de Elvira. La mujer sigue mirándome, y sus ojos castaños de cejas largas y expresivas no cambian su rictus.

En cuanto baja la mirada a la foto, a pesar de que casi no queda luz diurna, algo en la imagen la hace retroceder.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta .

—¿La conoce?

Ella niega sin convicción.

Entonces, intuyendo que está a punto de atar cabos, y eso sería contraproducente para mi relación con su anciano padre, le miento.

—Sospecho que algún vecino lo ha pasado por debajo de mi puerta —respondo.

Veo cierto alivio en sus ojos.

—¿No lo ha visto? —me pregunta.

—Claro que no. Por eso se lo comento. ¿Podría ayudarme?

—No. No quiero saber nada de este tema. Usted aténgase al contrato que ha firmado si no quiere tener problemas.

Harto de la amenaza, doy media vuelta sin despedirme, me subo al coche y arranco el motor.

—Ya me han mentido lo suficiente hoy. Veremos para qué coño sirve esa dichosa vela.

Aparco en lo alto de la loma sin ser capaz de quitarme el malhumor.

Recojo las bolsas de la compra, cierro el coche y entro en casa. Dejo todo sobre la encimera y visito la vela en la habitación.

Sigue encendida, como era de esperar. Me cuesta creer que todo el pueblo está pendiente de esta chorrada. No entiendo por qué uno de los vecinos no se ha puesto a vivir aquí y así se asegura de que no se apaga.

Mientras ceno dos trozos de pechuga de pollo con un huevo frito, recuerdo que ayer, cuando firmé el contrato junto a Pedro Ulloa y su tío raro llamado Julio, ambos parecían reacios a permanecer dentro de la casa o incluso, a entrar en ella.

—¿Qué escondes? —le pregunto a la vela desde la mesa del comedor. La verdad es que no tengo ni idea de qué va todo esto.

La mujer de esta tarde aparece de nuevo ante mis ojos. Siento una punzada en el estómago al recordar su rostro y la sensualidad que despierta. Es muy guapa, y por momentos consigue que me olvide de Silvia. Ella no tardó en rehacer su vida con Toni. Es verdad que cuando estuvo conmigo su relación con quien fue mi amigo ya estaba avanzada. Me da mucha rabia imaginar que ella ha dado un cambio a su vida para mejor mientras yo me he quedado solo y rezagado. No es justo. Yo merezco encontrar a alguien, y ser tan feliz o más que Silvia. Me levanto de la mesa en cuanto termino de cenar, lo recojo todo y me siento frente al fuego.

Ahora mismo no estoy al día de las noticias. Me cambié el móvil por otro no inteligente, que ni siquiera tiene acceso a internet. Estoy completamente aislado, y por momentos, saberlo me produce un ligero vértigo.

Intento comprender qué hay detrás de esta vela. Luego está la foto que alguien me ha pasado por debajo de la puerta. ¿Por qué han querido que la vea? Supongo que a alguien le interesa que averigüe algo sobre la tal Elvira.

Necesito comprobar algo antes de irme a la cama, así que me levanto de la mecedora y voy a la habitación donde se encuentra la vela. La vitrina tiene un aspecto inquietante; repleto de figuras religiosas del tamaño de mis dedos. Veo ángeles, santos y una Virgen María. A la vela todavía le falta más de la mitad para consumirse, y teniendo en cuenta que estaba acabada de estrenar ayer, seguirá en pie mañana hasta más allá del mediodía.

La llama refulge vigorosa pero, ¿qué pasará si produzco un ligero viento y la hago danzar?

Muevo la mano rápida frente a la llama, pero esta ni siquiera se resiente. Así que repito el gesto, esta vez más cerca. Nada. Entonces repito por tercera vez. En el momento en que la mano pasa demasiado cerca de la llama, siento una congoja que me obliga a mantener los ojos pegados a ella. Se ha escondido como lo haría el ojo de un caracol

cuando alguien lo toca con el dedo. Para mi alivio, no llega a apagarse.

De pronto escucho algo, como si alguien hubiese susurrado cerca de mí. Me vuelvo sobresaltado y miro hacia la puerta de la habitación, pero no veo a nadie. Miro la llama y descubro que todavía se esfuerza por no apagarse.

¡Unos pasos!

—¡Eh! —grito asomándome asustado al salón. El fuego de la chimenea se ha reducido de pronto, y crepita débil. Busco al causante de los pasos, pero no veo a nadie. La casa no es tan grande como para que alguien pueda esconderse de mi vista. Sin embargo el salón, la cocina, y el comedor, están vacíos. No sé cómo lo noto, pero siento que hay alguien aquí. Es una sensación muy incómoda. Por momentos creo estar volviéndome loco, porque en verdad no consigo ver nada. Vuelvo a asomarme a la habitación y veo que la llama recobra fuerza y la sensación de que hay alguien en la casa se evapora.

Minutos más tarde, cuando ya he conseguido serenarme, permanezco sentado en la mecedora, frente al fuego. Intento encontrar una explicación a lo que he vivido. No me apetece estar solo, así que llamo a Chema.

—Nacho, ¿qué pasa? —me pregunta mi amigo con voz soñolienta —. ¿Va todo bien?

—Sí, sí.

—¿Seguro?

En ese momento me arrepiento de haberle llamado. Me lo imagino frente al televisor, viendo una serie o una película con Karen, por fin descansando de sus dos hijos. Y voy yo y le llamo a las diez y pico de la noche.

—Sí, Chema. Siento molestarte a estas horas. Es que estar solo aquí sin poder navegar por internet y sin contacto con nadie…

—¿No has ido al pueblo?

—Sí, pero la gente es muy cerrada, tío.

—Poco a poco irán abriéndose y serás como uno más. —Oigo la voz de Karen, parece que protesta—. Oye, hablamos mañana si eso, ¿vale?

—Sí, sí. No te preocupes, descansa, y saluda a Karen de mi parte.

Vuelvo a quedarme mirando al fuego. Por primera vez desde que he llegado, me siento completamente solo, desubicado. ¿Qué hago yo, un tío de cuarenta y dos años cumplidos, en una casa perdida de Galicia? Esto no va como esperaba, siento que me he quedado fuera de un engranaje donde todo el mundo parece haber encontrado su sitio menos yo. Y luego está el tema este de la vela. Hace un rato me he asustado de verdad. Es la segunda vez que siento que cuando la fuerza de la llama disminuye, pasan cosas raras. Y he visto demasiadas

películas de terror para imaginarme que pueda tratarse de algo bueno.

Me viene a la mente las ganas de fumarme un cigarrillo, pero paso de hacerlo dentro de casa, necesito salir y que el frío me despeje .

Cojo mi chaqueta y me la abrocho hasta arriba, me tiro la capucha por encima de la cabeza y salgo fuera.

Dejo la puerta ligeramente abierta y me enciendo el cigarrillo. La primera calada la saboreo como si hiciera días que no fumaba. La expulso mientras observo elevarse el humo hacia el cielo estrellado. La luna brilla con fuerza, y las nubes que la rodean parecen salidas de una película de miedo. Sin embargo, no es esa la sensación. La vegetación del Souto de Agüeira es increíble, y bañada por la luz plateada de la luna, resulta fascinante.

Un sonido a mi derecha me alerta y me vuelvo. Hay un hombre a unos treinta pasos. Se ha detenido, no sé si cree que no lo he visto, pero ahí está, con la mirada puesta en la casa, en mí. Espero con el corazón en un puño a ver si se aleja. Pero sigue inmóvil. Levanto un brazo, esperando cualquier respuesta. Me está poniendo nervioso.

Entonces veo que se acerca. Lleva algo sujeto en los brazos. ¡Joder, va armado! Por un momento estoy a punto de meterme dentro de casa antes de que se acerque más. Pero entrar y saber que el tío sigue fuera, me daría muy mal rollo. Así que espero mientras se acerca y voy distinguiendo sus rasgos. ¡Es Julio! El hombre que recogí en mi coche cuando llegué a Santisoña. Ese raro que estuvo con Pedro Ulloa cuando firmé el contrato. Tiene una expresión ceñuda, pero para mi alivio, lleva el arma apuntando al suelo.

—Buenas noches —saludo.

Como imaginaba, Julio no dice nada. Aparta la cabeza a un lado para mirar más allá de mi cuerpo, como si tuviera miedo de traspasarme con la mirada. Lanza un silbido que más bien parece un código. Entonces, otros pasos se acercan a mis espaldas. Al volverme, descubro a uno de los hombres con los que me he topado esta mañana al bajar al pueblo. También va armado, con una escopeta y un cuchillo en un lateral de la cintura.

¿Qué coño hacen aquí?, me pregunto.

—Deberías entrar en casa —me dice el hombre más joven.

Parece un leñador escocés de sesenta y largos años, pero todavía vigoroso, de hecho, creo que no necesita el arma para conseguir que me preocupe.

—He salido a fumarme un cigarrillo —respondo.

—Pues deberías hacerlo dentro .

—¿Pero qué estáis haciendo por aquí a estas horas? —me atrevo a preguntar.

Miro a Julio, pero este no parece dispuesto a responder a nada.

—Procuramos mantener alejados a los jabalíes.

—¿Jabalíes?

No estoy muy informado acerca de estos animales, pero mis padres, que siempre han vivido en pueblo, sí que contaron algunas anécdotas, y ninguna habla de que los jabalíes busquen el enfrentamiento si no los molestas primero.

—No creo que nos ataque un jabalí por las buenas —digo—. Ahí fuera tienen todo lo que necesitan para vivir.

El hombretón entrado en años levanta un poco su arma y me señala la casa con la cabeza.

—¿Qué hacías en casa de los Yuste? —me pregunta de repente.

—¿De quién?

—¡De Herminio! —exclama Julio como si me hubiera escupido.

Al ver mi cara, el hombretón entiende que sigo sin comprender.

—Te han visto hablar con un anciano y su hija Lucía, una arpía de mucho cuidado.

Ya, ahora sí que sé de quién hablan.

—¿Y qué? —pregunto.

—No vuelvas a hacerlo. Son peligrosos.

No puedo contener una risilla y señalo su escopeta.

—¿Más que vosotros?

—*¡É unha meiga!* —grita Julio.

—¿Una qué?

—Una bruja —aclara el grandote.

Me quedo congelado. Por un momento me olvido de estos dos y mi mente proyecta el rostro de Lucía ocupando toda mi visión.

—¿Qué? ¿Cómo que una bruja?

—Tienes prohibido acercarte a ella —amenaza el grandote—. Esa familia es la causante de todo.

—Oye, mira, no estoy entendiendo nada.

—No tienes que comprenderlo. Sólo ceñirte al puto contrato. Y ahora, entra en casa y deja de preguntar —me suelta este alzando la escopeta.

A pesar de la amenaza, no me apunta con el arma, pero diría que es su siguiente paso. Su expresión no admite réplica. Sin embargo, ahora no siento miedo, más bien, ira. ¿Quién se cree que es este imbécil para darme órdenes? Aun así, no tengo más remedio que obedecer.

Me meto dentro de casa a regañadientes, y nada más cerrar la puerta, me asomo por la ventana, pero no los veo. Cada vez siento más ganas de apagar la puta vela y ver qué pasa. Pero he firmado un contrato, del cual, ahora mismo me arrepiento. No he venido a este pueblo para esto. Sólo quería alejarme de todo y vivir un tiempo tranquilo, en modo contemplativo.

Cansado y molesto, decido marcharme a la cama. Por supuesto,

antes de entrar en la habitación compruebo que la vela sigue encendida. Ahí está, devorando la cera lentamente. Todavía le quedan unos cuatro centímetros para obligarme a sustituirla. Me pillará en medio de la noche, así que decido hacerlo ahora. Tras unas puertas del pequeño armario donde se encuentra la vela, veo al menos cuarenta velas más. Todas por estrenar. Cojo una y le quito el precinto de plástico. «Vela Santa», leo en el envoltorio.

Con sumo cuidado prendo la mecha de la nueva vela y una vez me aseguro de que la llama ha tomado fuerza, la sustituyo por la antigua. Bien, todo perfecto.

Acostado ya en la cama, miro al techo. Pensaba que tendría sueño, pero no consigo quitarme de la cabeza la palabra «Bruja». Eso no existe, me digo. Siempre he visto a las brujas feas, repletas de arrugas y de verrugas peludas. De pronto, algo me viene a la cabeza y enciendo la lámpara de mi mesilla. Cojo el recorte de periódico que encontré al entrar en casa y observo la imagen. La vieja de la foto tiene el típico aspecto de una bruja, o al menos en parte. Arrugada, de mirada inquietante y con un velo cubriéndole la cabeza. ¿Será una bruja? Estoy seguro de que esta foto llegó a mí a través de Herminio, el padre de Lucía.

Mañana tendré que visitarlos de nuevo. Necesito aclarar esto. Al menos, quiero saber qué estoy provocando manteniendo la vela encendida. Ahí fuera me vigilan con escopetas. Tengo la sensación de que si apagara la vela, de algún modo lo sabrían. Igual que cuando la llama ha decaído han pasado cosas extrañas, los vecinos lo percibirían. Niego con la cabeza, eso es imposible.

4

No sé en qué momento de la noche me dormí. Miro la hora: las ocho y cuarto de la mañana. Escucho el trino de los pájaros, y eso me anima. Al menos ahí fuera hay más vida que aquí dentro.
Necesito comer algo y beberme un buen café con leche, tan caliente que me obligue a sorberlo poco a poco, mientras disfruto del sabor de un cigarrillo.

Me tomo las tostadas con atún y unas aceitunas, acompañado de una Pepsi light. Mientras desayuno observo el salón, huele a chimenea y descubro que me encanta ese aroma. Tras beberme el café y fumarme el cigarrillo en plan contemplativo, lo recojo todo y entonces comienza a acelerárseme el corazón al pensar en lo que tenía planeado hacer.

Al salir de casa descubro que el canto de los pájaros me ha confundido. Pensaba que el día prometía soleado, de esos que merece la pena comer al aire libre y pasar la tarde en el campo. Sin embargo, el cielo muestra un tono gris, y la niebla esconde gran parte del paisaje. Vuelvo a entrar a por una chaqueta y aprovecho para echar un último vistazo a la vela. Todo bien.

El interior del coche está congelado, y tocar el volante es como rodear con la mano una cerveza dentro del frigorífico. El motor se enciende al instante, a pesar de que el Peugeot 208 ya tiene sus años.

Recorro el estrecho camino de asfalto hasta Santisoña, pensando en cómo abordar a Lucía y su padre. Ellos no tienen ni idea de mis intenciones, y no es que haya contado con su amabilidad en ningún momento. Así que todo el plan puede írseme a la mierda si la mujer ni siquiera me abre la puerta .

Aparco en la entrada del pueblo, a pocos pasos de la casa de Lucía. Bajo del coche y observo la calle. No veo a nadie, y sin embargo, tengo la sensación de que me observan.

Avanzo hasta meterme bajo la persiana que cubre la puerta de entrada. Golpeo la hoja tres veces y espero. Escucho unos pasos apresurados que se arrastran hacia mí. No me extraña que abra Herminio.

—Buenos días, señor Yuste.

El hombre asiente y echa una fugaz mirada a su espalda. Ambos podemos escuchar a Lucía preguntando quién es. Antes de que pueda pensar que conspiro contra ella, yo mismo respondo.

—Hola, soy Nacho, vuestro nuevo vecino.

Silencio. De pronto, Lucía aparece desde otra estancia.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta enojada.

—Tranquila, solo quiero hablar. No pretendo molestar.

—Pues lo está haciendo.

En lugar de venir hacia mí, Lucía coge una libretita de una cómoda y apunta algo con un bolígrafo sin dejar de hablar. De hecho, cada vez alza más la voz.

—No tenemos nada que decirle, por favor, váyase o llamaré a la policía.

—Oiga, necesito saber qué está pasando —insisto.

Ella niega con la cabeza.

—No sucede nada. Deje de molestarnos.

Arranca el papel de la libreta y lo pliega mientras se dirige hacia mí. Para mi sorpresa, Herminio sonríe.

—Guarde esto —me susurra Lucía—. Ahora voy a gritarle y a echarlo de mi casa. Sígame el juego.

Afirmo con la cabeza sin entender nada. Ella me indica que me aparte de la puerta, y una vez, de nuevo en la calle, vuelve a levantar la voz.

—Lárguese de mi casa. Usted sólo tiene una misión, que aceptó al firmar su contrato. Así que deje de molestar.

Me empuja hacia mi coche para luego entrar en casa y cerrar la puerta con fuerza.

Me quedo allí fuera, y al levantar la cabeza para mirar a mi alrededor, descubro a gente asomada a sus ventanas, contemplando la escena con disimulo. Son todo ancianos de mirada enojada.

Siento una necesidad imperante de saber qué ha escrito Lucía en la nota. Pero meterme en el coche y leerla aquí mimo podría levantar sospechas. Para disimular, me alejo de mi coche y decido dar una vuelta más por el pueblo. No tarda en acercárseme una desconocida que alza la mano para llamarme la atención.

—*¿Que facías na casa do Yuste?* —me pregunta en voz baja.

—Nada, solo quería preguntarles.

—¿Preguntar qué? —La mujer, de unos sesenta años, se esfuerza por hablar en castellano.

Otro hombre se me acerca. También viejo, de pelo completamente canoso. Tiene la espalda ancha. Se queda junto a la mujer y se pliega de brazos.

—Pues quería saber si habían visto jabalíes en los últimos días —explico—. Vi a Julio y otro hombre anoche cerca de mi casa, y me dijeron que vigilaban los alrededores por si aparecían estos animales.

La mujer mira al hombre que tiene al lado y a la vez este se dirige hacia mí.

—¿Y por qué has ido a preguntárselo a ellos?

—No conozco a nadie, solo a Elodia la panadera y a Lucía y su

padre. Así que, como ellos viven más cerca de mi casa, he parado a preguntarles primero.

No sé si me han creído. Pero tampoco pueden sospechar lo contrario.

—Esa no es buena gente —dice el hombre—. Más te vale que no vuelvas a juntarte con ellos.

—¿Es porque ella es una bruja? —pregunto.

—¿Quién te ha dicho eso? —gruñe la mujer.

—El hombre que se encontraba con Julio.

El desconocido de pelo canoso se me acerca medio metro más.

—Espero que seas listo y no vuelvas a llamar a esa puerta. Esa mujer es peligrosa, y el mudito de su padre también. ¿Está claro?

—Clarísimo —digo escondiendo mi suspicacia—. ¿Pero ustedes saben qué pasa si la vela se apaga? Solo quiero saberlo, y así ser más consciente todavía de que no debo dejar que eso pase.

—El contrato especifica muy claro que no debes dejar que eso suceda —dice el hombre—. Así que no las hagas.

—¿O qué? —pregunto procurando hacerlo con un tono lo más inocente posible. Pero no me funciona.

El hombre me golpea en el pecho con el dedo índice, parece que intenta clavármelo en el esternón.

—Lárgate y deja de molestar como una comadreja. Tienes un contrato, cúmplelo y te callas.

—¿Todos conocéis el contrato?

Ante la expresión desencajada del hombre, levanto las manos y dos unos pasos atrás.

—Vale, ya está, me marcho. No pregunto más.

Los rodeo a él y a la mujer y desciendo la calle en dirección a la tienda de Elodia.

Allí me encuentro a la dueña, tras la barra de la panadería.

—Has tenido un altercado —me dice sin dejar de reponer unos cruasanes que ahora mismo me zamparía uno tras otro.

—Esperaba más hospitalidad en este pueblo, la verdad —digo con total sinceridad.

Ella sonríe.

—Te estás saliendo de lo acordado, y eso no gusta.

Aunque habla como los demás, su tono me resulta más tratable.

—Lo sé. Pero están pasando cosas en casa y necesito respuestas. Además, se ve a la legua que escondéis información muy relevante.

Ella levanta la mirada.

—¿Qué información?

Me encojo de hombros.

—Si la supiera, no preguntaría.

—¿Qué deseas? —Elodia señala el muestrario de cristal. No quiere

hablar de la vela.

Ya he desayunado, así que decido hacerme un cortado descafeinado. Mientras espero, observó la pastelería. Veo que Elodia tiene buena mano para la repostería. Los cruasanes se muestran hinchados, con ese característico brillo en el hojaldre; algunos están rellenos de chocolate, o de crema. A su derecha hay un bizcocho de calabaza que de hincarle el diente seguro que no pararía de comer hasta acabármelo.

—Parece que tienes hambre —me dice Elodia con una sonrisa .

—Creo que me voy a llevar un trozo de ese bizcocho para merendar en casa. Tiene todo una pinta increíble.

—Gracias. La verdad es que hacía tiempo que no venían forasteros a Santisoña y no recordaba lo bien que sienta que alguien alabe mi trabajo.

—Supongo que nos acostumbramos a las cosas y dejamos de valorarlas.

Ella asiente.

—Tienes toda la razón, Nacho.

Entonces se queda en silencio.

—Aunque no lo creas, aquí hay buena gente —me dice.

No sé qué decir. La miro, esperando a que siga hablando.

—Necesitamos que mantengas la vela encendida porque si no, todos corremos peligro —añade.

—¿Yo también? —pregunto—. Si no he hecho nada.

—Tú también. Eres la pieza clave.

—¿Qué pieza?

Entonces entran tres clientas entradas en años que se detienen al verme. Las observo: dos de ellas parecen hermanas, y la tercera es más menuda.

—Buenos días, Elodia. Qué bien huele —dice la que parece mayor. Luego me mira—. ¿Eres el forastero?

—El mismo —digo forzando una sonrisa.

—Deberías estar cerca de la casa. Tienes una obligación.

—Sí, sí. Lo sé. Es imposible que se me olvide, teniendo en cuenta que todo el mundo aquí me dice lo mismo.

Las tres se sientan en otra mesa de la pastelería y se quitan los abrigos. Sus voces me molestan, las oigo parlotear de sus cosas, esperando que en algún momento se les escape algo interesante, pero cada vez, bajan más la voz. Así que miro a Elodia y le muestro cómo dejo un euro y medio sobre mi mesa. Me levanto y me despido de las mujeres y de Elodia.

Una vez fuera, noto que empieza a lloviznar. No llevo paraguas, así que corro ligeramente hasta mi coche. Nada más entrar en él, siento la necesidad de sacar la nota que me ha entregado Lucía. Pero estoy

seguro de que los vecinos siguen observándome. Por lo que he entendido, Lucía ha pretendido mostrarse tan inaccesible y borde como los demás vecinos lo hacen, así que lo más sensato es que no me ponga a mirar la nota aquí mismo, o la gente sospechará que estoy tramando algo.

De camino a la casa, doy vueltas a la cabeza preguntándome qué me habrá escrito Lucía. ¿Querrá advertirme de que me vaya? ¿De que no pregunte más? ¿Me dirá quién es la anciana del recorte de periódico?

Conduzco más rápido de lo habitual. Temo que me ocurra como en algunas películas, en las que está a punto de aclararse el misterio y de pronto sucede algo que trunca ese momento. No quiero que me suceda eso a mí. Espero que no salga ninguno de los vecinos raros y me dispare con su escopeta.

El camino está despejado hasta que llego a la casa. Aparco donde estaba mi coche antes de cogerlo. Bajo y miro a mi alrededor. La llovizna se intensifica y la niebla sigue cubriendo el entorno. Desde mi posición no se ve el pueblo, cubierto por el manto neblinoso.

En cuanto entro en casa, cierro con llave. En vez de sacar la nota de mi chaqueta y leerla ya mismo, me acerco a la chimenea y le meto un tronco grueso y varios más finos. Me ayudo de una pastilla de encendido rápido. El fuego prende al instante. Por fin, extraigo el papel arrugado que me ha dado Lucía. Lo despliego lentamente y leo.

"Deja de preguntar a la gente. No te van a ayudar. Esta tarde nos vemos a las cinco y media. Sigue el camino que sube más allá de tu casa y luego tuerce en el siguiente a la derecha. Cuenta doscientos pasos y me esperas."

Releo la nota dos veces más, palabra por palabra hasta asegurarme de que no hay ningún mensaje subliminal u oculto. Miro la hora: son la una menos veinte, así que me asomo a la habitación de la vela y veo que sigue encendida. Me preparo una comida en la cocina y me siento sólo a la mesa.

Antes de llegar a las dos de la tarde, recibo una llamada de mi madre. Sólo quiere saludarme y preguntarme qué tal me val. Le cuento que todo bien, que me estoy adaptando a la gente y al pueblo .

—¿Vas a buscar trabajo allí?

—No lo sé, mamá. Por ahora quiero pasar unas semanitas tranquilo y luego ya veremos.

—Como tú veas, hijo. Pero recuerda que el Paro se termina más rápido de lo que crees.

—Lo sé, mamá.

Tras preguntar por mi padre y mi hermana, cuelgo. Justo antes de meterme la primera cucharada de lentejas de bote en la boca, vuelve a

sonar mi teléfono. Sale el nombre de Chema.

—Hombre, qué sorpresa —digo contento.

—¿Qué tal estás, Nacho? ¿Todo bien por allí?

—Sí, claro. ¿Cómo están Karen y los niños?

—Bien, bien. Perfectos. Oye, ¿cómo va eso de la vela que has de mantener encendida?

Por un momento no quiero hablarle de lo que está pasando aquí. Y por otro, me muero de ganas por contárselo. Llevo muy poco tiempo en Santisoña, pero empiezo a sentirme demasiado solo.

—Está pasando algo muy raro, Chema. Pero no quiero preocuparte.

—¿A qué te refieres? ¿Qué sucede?

—Verás, esa vela que debe estar siempre encendida, parece que no solo es para mantener viva la memoria de la mujer que vivía aquí. Hay algo más.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es que me cuesta creer lo que voy a decir, pero creo que se trata de… brujería.

Chema no responde.

—¿Chema?

—Sí, sí. Estoy aquí.

Entonces empieza a reír, y su reacción me descoloca.

—¿Qué dices de brujería, Nacho? ¿Qué fuman en ese pueblo?

De pronto me siento ridículo. La risa de Chema me contagia y es como si en este momento fuese consciente de la gilipollez que acabo de decir. Así que me río yo también.

—¿Querías quedarte conmigo, no? —me pregunta todavía entre risas.

—Es que alguien me dejó un recorte de periódico por debajo de la puerta. Era la foto de una anciana con una mirada perturbadora, muy arrugada. Y tras preguntar en el pueblo, me han dicho que es una bruja.

—Joder, cómo se flipan ahí, ¿no? —dice Chema ya sin reír.

—Lo jodido es que todos parecen reticentes cuando les enseño la foto, y la miran intranquilos. Además, creo que vigilan todos mis pasos, tío.

—No jodas. ¿Los ves acechando como en las películas?

—Ya te digo. Y parece que se lo hablan todo. No hacen más que repetirme que cumpla el contrato, refiriéndose, por supuesto, a la vela. ¿Sabes que esta noche me he encontrado a dos viejos armados con escopeta deambulando por los alrededores? Bueno, prácticamente a la puerta de mi casa.

—¿Y qué hacían ahí?

—Según ellos, controlar que ningún jabalí se acercara demasiado a Santisoña. No sé, Chema, muy raro todo.

—Bueno, estate tranquilo. Seguramente, el no tener internet ni a nadie con quien puedas pasar el rato te está rallando más de lo normal.

—Puede ser. Pero es que también están las cosas extrañas que ocurren si la llama se tambalea, es decir, cuando muevo la vela o el aire a punto está de apagarla, en mi casa se oyen ruidos, caen cubiertos, y me siento raro, hasta que la llama vuelve a estabilizarse, y entonces todo vuelve a la normalidad.

Otro silencio largo.

—Tienes que tranquilizarte, Nacho. Olvídate de brujas y ruidos. Estamos en el siglo veintiuno, esas chorradas ya se han quedado anticuadas. Procura relajarte, hombre. Has ido aposta a eso, joder.

—He quedado con ella dentro de un rato —le digo.

—¿Con quién?

—Con Lucía, una mujer que tampoco parece que los vecinos le tengan mucho aprecio.

—¿Para qué habéis quedado? —pregunta socarrón.

—Quiero saber cosas, Chema. Y creo que está dispuesta a contarlas. Ya te digo que está pasando algo raro. Esta gente esconde algo chungo, y piensa averiguarlo.

Chema suspira .

—Bueno, tío, no te comas mucho la cabeza con esta historia. Seguro que si intentas mirarlo en perspectiva acabará siendo todo un mal entendido.

No insisto tampoco, dejo que la conversación termine, y tras colgar el teléfono, me quedo allí, sentado en la mecedora. Miro la hora, todavía quedan cuarenta minutos para asistir a la reunión con Lucía. Estoy intrigado, no sé si por fin averiguaré algo más acerca de la vela. Procuro organizar el rompecabezas que se ha formado en mi mente. Por un lado, la mayoría de vecinos conocen a la perfección el contrato que he firmado, y todos tienen en común la preocupación por que la vela no se apague. Luego, cuando la llama decae o está a punto de apagarse, en la casa pasan cosas extrañas. Por otro lado, Herminio, el padre de Lucía, lleva desde el primer día intentando decirme algo, pero no tiene voz. De su boca solo sale un sonido apagado que se arrastra renqueante. Tras intentar hablar con él, Lucía ha entrado en juego, y dentro de unos minutos, averiguaré si es una más de los vecinos que solo quiere intimidarme, obligarme de algún modo a que no haga más preguntas y que me ciña al contrato, o de lo contrario, pretende ayudarme. Es cierto que he firmado ese contrato, pero creo que me mienten sobre la finalidad de la vela. No me parece que sea un homenaje a nadie.

Con la intención de pensar un rato más en ello, me levanto de la mecedora y me pongo la chaqueta. Fuera sigue la niebla y el gris

apagado tintando el entorno. Salgo de casa con las manos en los bolsillos. No hace frío del todo, se está bien fuera. Aprovecho para alejarme ya y disfrutar con tiempo de un paseo reponedor.

Subo por la carretera más allá de la casa alejándome, a su vez, de Santisoña, siguiendo las indicaciones de Lucía. Me reconforta el aroma de la flora otoñal. El suelo del estrecho camino asfaltado está húmedo, y el petricor asciende hasta penetrar en mis fosas nasales y embriagarme con su aroma. A mi derecha me observan abedules, hayas, tejos ancianos…, un lienzo de tonos cálidos y verdes que contrasta con las expresiones hurañas de los vecinos de Santisoña.

Encuentro el camino que tuerce a mi derecha, más estrecho que el anterior por el que he venido. Las yerbas que lo bordean se estiran hacía mí con la intención de atraparme sin conseguirlo. Un silencio se apodera de la zona. A partir de este momento no sé exactamente dónde esperar a Lucía. Quizá el hecho de haber venido más pronto de lo acordado no haya sido tan buena idea.

Me arrimo a un lado del camino y me siento sobre una roca del tamaño de un taburete. Mi móvil no tiene internet, así que no puedo entretenerme con él. Sigo observando el paisaje, y no me imagino a una bruja deambulando por aquí; no es un entorno inquietante el que tengo ante mis ojos, sino todo lo contrario. De hecho, más bien parece un lugar idílico.

¡Una rama cruje cerca!

Me levanto y observo los alrededores. Si resulta ser uno de los vecinos que deambula armado, no se me ocurre una excusa suficientemente buena para justificar mi presencia aquí, tan alejado de la casa. No es que me hayan prohibido salir de ella, pero estoy seguro de que si hago cosas sospechosas, más desconfiados se mostrarán.

Otro sonido, y al volverme, me alivia ver a Lucía, que sale de la maleza con el rostro serio, incluso preocupado.

—¿Te ha visto alguien? —me pregunta con un susurro.

Es la primera vez que la veo sin su padre. Se muestra insegura, nerviosa.

—Creo que no. ¿Estás bien?

—No tenemos mucho tiempo —dice—. Mira, no queremos involucrarnos más de lo debido en este tema. Mi padre y yo ya hemos sufrido bastante.

—¿A qué te refieres?

—Somos los únicos a los que no nos preocupa que esa vela se apague.

—¿Por qué?

Lucía no responde. Me agarra del brazo y me arrastra fuera de camino. Me lleva al interior de la vegetación. El suelo es una alfombra de musgo y hojas caídas. Conforme nos adentramos más en la

espesura, los alrededores se tintan también de verde, y la niebla acaricia cada palmo de terreno.

—No tenemos nada que ver con aquello —insiste.

—Escucha Lucía. He venido a Santisoña porque creí que sería un lugar donde poderme encontrar conmigo mismo. Pero esto no está funcionando. Firmé un papel que me obliga a mantener la vela encendida. Pero nadie me explica por qué. Ahora me vienes con que a ti y a tu padre no os afectaría que la vela se apagase. ¿Es porque eres una bruja?

Lucía niega. En realidad, no tiene la clásica apariencia de las brujas de las historias que leí de niño, ni tampoco de la mayoría que salen en las películas. Sin embargo, puede que sea por la influencia de la gente de Santisoña, pero siento cierta perturbación con ella cerca, aunque le resto importancia.

—Es porque soy inocente de lo que pasó —responde.

Voy a preguntarle por ello justo en el momento en que suena un coche.

—¡Escóndete! —susurra tirando de mi brazo.

Nos escabullimos tras un fresno y esperamos. Ella reconoce el coche y a su ocupante.

—Es Tomás.

Ella gesticula con el dedo en los labios para que no hable.

—Nos está buscando —dice—. Alguien habrá ido a tu casa para asegurarse de que cuidas de la vela.

En cuanto me indica Lucía, salimos del escondite. A pesar de la tensión, me siento entretenido, incluso aliviado por contar con su compañía. Lucía es muy agradable de ver, su voz también me resulta cautivadora y sus gestos y expresiones me atraen. La rodea un halo de misterio que necesito descifrar. Pero también siento que me encuentro frente a una criatura asustadiza. Temo que si fuerzo las cosas, si le pido quedar o vernos de nuevo, la espante cual cervatillo temeroso. Así que me colmo de paciencia y decido que las cosas fluyan a su ritmo.

—¿Por qué has decidido hablar conmigo? —pregunto.

—Por mi padre. Está desesperado. Mientras mis vecinos se turnaban para mantener viva la llama de la vela antes de tu llegada, él había asumido que moriría sin verla apagarse. Sin justicia.

—¿De qué justicia hablas?

Ella niega.

—No estás preparado para saberlo. Hay una historia detrás muy inquietante. Ni siquiera me creerías si te la contara.

—Prueba, por favor. O juro que ahora mismo voy a mi casa y la apago .

—¡No! Ni se te ocurra. Desconoces las consecuencias que podría

acarrear ese acto, Nacho.

Me ha agarrado del brazo. Miro su mano, fina y de uñas desgastadas. Su cara de preocupación, incluso de dolor contenido, me turba.

—Vale, te haré caso, Lucía. Pero he llegado a un punto en que necesito averiguar lo que sucede. ¿Quién es la anciana de la foto?

—Una bruja.

Me quedo perplejo, esperando que ella me diga que se trata de una broma de mal gusto. Pero su mirada dice lo contrario. Parece necesitada de que la crea, así que aparto de mi mente la creciente risa escéptica y asiento.

—¿Y por qué me ha llegado a mí?

Lucía se mira la hora.

—Tengo que irme.

Esta vez soy yo quien la agarra del antebrazo.

—Respóndeme, por favor.

—Ella es quien creó el conjuro de la vela. Y solo ella puede deshacerlo.

—Joder.

Me aparto de Lucía y esta vez no puedo frenar una risa demasiado histérica de lo que pretendía.

—¿Dices que una bruja creó un conjuro que si lo rompe quien no debe, puede resultar peligroso? —pregunto escéptico.

—Exacto.

—¿Y qué conjuro es ese?

De pronto, los dos oímos a la vez otro vehículo.

—No hay tiempo, Nacho. Se están poniendo nerviosos. Si no se aseguran de que estás pendiente de la vela asaltarán tu casa.

—¿Mi casa? Eso es ilegal.

Por primera vez, veo reír a Lucía. Su risa es musical, y contrasta con el paisaje gris y apagado del otoño gallego. Asoman unos dientes blancos y bien alineados bajo unos labios rosados y ligeramente húmedos. Me veo sonriendo sin darme cuenta.

—Estoy segura que les va la vida con esa vela, Nacho. Así que vete ahora a casa y disimula si los ves pululando por allí.

—¿Y qué hay de este encuentro? —pregunto casi desesperado .

—¿A qué te refieres?

—Necesito que me lo cuentes todo. Me da igual si estoy o no preparado para saber la verdad. Quiero saberla.

Ella se queda unos segundos pensativa.

—Mañana por la mañana recógeme. Iremos a ver a la vieja —dice Lucía de pronto.

Unas cosquillas emergen en mi estómago. Me veo asintiendo como un autómata. No sé qué me alegra más, si visitar a la anciana con la

probabilidad que ello supone de averiguar más cosas sobre la vela, o pasar más tiempo a solas con Lucía.

Tras quedar a una hora, nos despedimos con la luz del día apagándose.

Regreso apresurado, con las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta alzado. El ocaso enfría Santisoña. Necesito darme una buena ducha caliente, incluso un largo baño y encenderme la chimenea.

El sonido de un coche me obliga a alzar la cabeza. Es un viejo Ford Escort blanco, con abolladuras en un lateral. Viene de mi casa, estoy seguro. Se detiene a mi lado y su ocupante baja la ventanilla.

—¿De dónde vienes? —me pregunta el hombre grande y moreno de la noche anterior. Por debajo de su camisa asoman largos pelos rizados. Debe de ser Tomás.

—De dar un paseo —respondo controlando mi nerviosismo.

—¿Y por qué no te he visto cuando he pasado por aquí antes?

No sé hasta qué punto estoy obligado a responder a este imbécil. Pero supongo que aquí impera la ley del más fuerte. No hay comisarías cerca, ni hospitales, y este tío tiene pinta de forzudo. Pregunta con una seguridad que ya me gustaría a mí poseer.

—Me apetecía meterme en el bosque —miro a mi alrededor—. Esta zona es una preciosidad. Vivís en un lugar increíble.

Mis palabras bajan su guardia, algo que agradezco.

—¿Estabas con alguien?

Me río por dentro. Pues claro, pero no te lo voy a decir a ti, gilipollas. Sin embargo, suavizo mi respuesta.

—He ido solo.

Él me mira bajo unas tupidas cejas negras, remueve su mandíbula como si acabara de descubrir que llevaba un caramelo, y asiente .

—Vete a casa. Quizá tengas que reemplazar la vela.

Lo ha dicho mirando a su alrededor, como si captara algo que a mí me está pasando inadvertido.

Asiento mientras lo veo alejarse con el renqueante coche.
Sus palabras me han preocupado. Espero haber conseguido que no sospeche que Lucía pudiera estar conmigo. Ahora mismo, lo que más deseo es que nadie estropee mi encuentro de mañana con ella.

En cuanto llego a casa observo los alrededores ya casi oscuros. La niebla todavía no se ha disipado, así que puedo ver poca cosa. No escucho nada entre la maleza que rodea la pequeña parcela, lo que es un alivio. Me dirijo a la puerta y desde que la otra vez encontré la foto en el suelo, ahora cuando abro, siempre lo hago esperando alguna sorpresa. Nada. Todo parece en orden. Voy directo a la habitación de la vela y compruebo que sigue encendida. Y el corazón casi se me sale del pecho al ver que Tomás estaba en lo cierto, debo sustituirla por otra. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Ha entrado en mi casa? No puede ser. He

comprobado la entrada, incluso he revisado si había huellas en el suelo, o cualquier indicio de presencia no deseada.

Mientras cambio la vela, sigo dándole vueltas a por qué Tomás ha sabido que la vela estaba acabándose.

Ceno una tortilla acompañada de unas roscas de pan y un poco de pechuga de pavo. Indiferente a lo que estoy comiendo, no hago más que calentarme la cabeza. Son las nueve y cuarto de la noche, y aprovecho en cuanto termino de cenar para llamar a mis padres. Tenemos una conversación intransigente, más protocolar que otra cosa. Por supuesto, han querido saber cómo me va por aquí, qué hago para entretenerme. He obviado lo que me está pasando, sobre todo, porque no tengo ni idea de lo que en verdad sucede. Por otro lado, llamaría a Chema y le contaría, pero no creo que cada paso que dé necesite saberlo él. Ya tendrá suficientes preocupaciones entre su trabajo y los dos hijos. Podría llamar a mi hermana, pero es que esto de la vela es tan inverosímil que lo más seguro sea que le produzca un ataque de risa.

Me levanto de la mesa, me preparo un cortado descafeinado y me lo llevo a la chimenea. Me encuentro cansado, y sólo pienso en acostarme para que amanezca lo antes posible. Me apetece mucho ver a Lucía, pero sobre todo, obtener respuestas. La gente de este pueblo me tiene intrigado, joder.

5

Suena el despertador de mi móvil a las ocho y media. Tras un largo bostezo y una sesión de estiramientos acompañados de berridos, abro los ojos. No eché las cortinas del todo anoche y la luz del día se filtra ligeramente por la ventana de la habitación. Hace frío, se nota que la lumbre se habrá apagado. Me vuelvo en la cama y parpadeo varias veces. Entonces mis ojos se abren al máximo y me quedo completamente inmóvil. Por el rabillo del ojo percibo que hay algo en el umbral de la puerta. Una silueta observándome. ¡Qué coño es eso! Me pregunto sintiendo un sudor frío subiendo por mis pies.

Soy una persona que de normal consigue mantener los nervios controlados. Tampoco soy de los que se asustan fácilmente, y cuando lo hago, procuro plantar cara con la mayor dignidad posible. Así que levantó la cabeza y miro hacia la puerta dispuesto a soltar un grito histérico. Pero no hay nada. Solo la pared del pasillo en penumbra. Sigo mirando, quieto como una estatua, esperando a que esa figura vuelva a aparecer en cualquier momento.

Enciendo la luz de mi mesilla y miro a mi alrededor. Nada.

Me levanto y me cubro con el batín. Salgo al pasillo como la víctima que sabe que el asesino se le ha colado en la casa. Pero como en las malas películas, soy incapaz de encontrar algo que sirva para defenderme.

No escucho nada mientras avanzo. Lo primero que hago, como de costumbre, es mirar dentro de la habitación de la vela. Descubro la llama luchando por seguir aferrada a la mecha, debido a que la cera líquida casi la cubre.

—¡Mierda !

Me apresuro en vaciar el espeso líquido en mi mano, sin ser consciente de lo caliente que está. Aprieto los labios para no soltar un chillido desesperado de dolor y aguanto como un campeón. Vuelvo a poner la vela en su sitio y compruebo que la llama cobra fuerza. Miro a mi alrededor esperando, deseando que esa figura no vuelva a aparecérseme. Y no lo hace.

Poco a poco, mientras me preparo el desayuno voy recuperando la compostura. Las preguntas se me acumulan en la mente, y no veo las respuestas por ningún lado. ¿Qué era esa figura? ¿Ha sido real o ha habido algo que me ha confundido? Si no ha sido cosa de mi imaginación, ¿la visión la ha producido de algún modo la vela? ¿Me estoy volviendo loco?

En cuanto desayuno recojo la mesa y me pongo mi abrigo gris. Me

he aseado para mi quedada con Lucía. Me gusta. Ella ni siquiera parece consciente de lo guapa que es. No he visto por el pueblo a gente de su edad. La mayoría son personas mayores, ancianas. Ella no creo que alcance los treinta y cinco. Tanto Lucía como su padre no se muestran muy sociables con los demás vecinos. Tengo la sensación de que viven aislados.

Decido coger el coche y bajar al pueblo. Todavía me queda una hora para verme con ella. Quiero hacer algunas preguntas a los vecinos.

Me doy cuenta de que las gomas del limpiaparabrisas están para renovar. Cada vez que una de las escobillas se mueve, traquetea sobre el vidrio y deja multitud de líneas de agua que dificultan la visión.

Aparco cerca de la casa de Lucía. No veo a nadie por la calle. Me bajo del coche y miro a mi alrededor. Silencio.

Me alejo calle abajo hasta llegar a la panadería de Elodia. Dos hombres de unos sesenta años entran antes que yo. Una mujer sale justo cuando entro yo.

—Disculpe —digo.

Ella alza la mirada y al verme, se tensa. Me aparto y sale cual gallina huye del gallinero porque ha entrado el zorro.

Dentro, descubro a los dos hombres sentados a una mesa alejada. Uno de ellos alza la mirada y deja de hablar. El otro también se fija en mí. Saben quién soy. Tras la barra aparece Lucía, y me dedica una leve sonrisa.

—Buenos días —saludo.

Pero sólo Elodia me responde con otro «buenos días». Me siento en la mesa que suelo utilizar y ella se me acerca.

—¿Qué te pongo? —me pregunta con las manos plegadas frente a su delantal.

—Un café con leche, por favor.

Ella se aleja.

Sentado de perfil a los dos hombres, descubro que me están mirando, y parecen con ganas de retomar la conversación que tenían antes de que yo apareciera.

—¿Son ustedes de aquí? —les pregunto inocente.

Uno de ellos, de profundas ojeras y una boina decorándole la cabeza, me mira con los brazos cruzados. El otro también me observa, pero aparta la mirada de vez en cuando.

El de la boina asiente, pero no dice nada.

—¿Conocen a la familia Yuste? —insisto.

El otro hombre, de mentón ancho y pelo ligeramente largo, asiente.

—Mala gente —dice—. Nos han dicho que os vieron hablando.

Me fijo en que Elodia no pierde detalle de la conversación.

—Sí —digo—. Coincidió que fue a los primeros que vi cuando

llegué a Santisoña. Y pensé que estaría bien conocer a alguien.

—Aquí cada uno va a lo suyo —dice el de la boina—. Herminio está loco, le falta un tornillo.

—Y la hija es una… —gesticula el de pelo ondulado intentando sacar la palabra de su garganta.

—Una lesbiana —acaba la frase el de boina, como si esa condición fuera algo malo.

—¡Eso! —añade el otro.

Miro a Elodia, quien asiente.

—¿Lesbiana? —pregunto descolocado—. ¿La han visto con alguna mujer?

—No hace falta verla con nadie para saber que es lesbiana —dice el de boina.

En realidad, que ella sea o no lesbiana no es algo que me importe. Al menos, a nivel social. Aunque reconozco que cada vez me cuesta más no pensar en ella.

—¿Es algo malo que sea lesbiana? —pregunto.

Necesito asegurarme de que todo el rechazo que los vecinos de Santisoña proyectan hacia la familia Yuste sea solamente porque Lucía pueda ser homosexual. Espero que no la estén tachando de bruja por ello.

—A ninguna persona normal le gustan los de su mismo sexo —dice Pelorrizado—. Las personas normales nacemos como toca, como Dios manda.

—Y si no la habéis visto nunca con una mujer, ¿por qué decís que es lesbiana? —insisto.

—Lucía es muy bonita, y sigue soltera. Todas las demás mujeres de Santisoña tienen marido.

Me cuesta morderme la lengua. Odio esos pensamientos casposos y retorcidos. Pero necesito averiguar todo lo que pueda. Me obligo a obviar mi opinión hacia estos imbéciles y decido seguirles la corriente.

—Sí, yo ya vi que algo raro tenía. Sin embargo, creo que es la única que todavía no me ha advertido sobre la vela.

Siento cómo la tensión se apodera de los dos hombres y de Elodia, que justo salía de detrás de la barra en dirección al horno y las bandejas donde reposan las barras de pan recién hecho.

—No necesitas saber nada —dice Elodia—. Sólo que son mala gente, y que hacen rituales muy peligrosos.

—¿Qué tipo de rituales?

Miro la hora, todavía me queda un cuarto de hora para recoger a Lucía. Puedo apurar la conversación. Pero Elodia se calla. Me encaro a los dos hombres.

—¿A qué rituales os referís? —insisto. Parece que se están poniendo nerviosos—. Esa vela no es conmemorativa, ¿verdad? Pasó

algo con la mujer que vivía en la casa, y lo estáis encubriendo.

—Sal de aquí —me ordena de pronto Elodia.

—Todavía no me he terminado el café.

—Ya has oído a la señora —dice el de la boina mirándome como un depredador. El otro lo imita.

Espero unos segundos. Quiero obtener información concreta, aunque quizá ya he tensado demasiado la cuerda .

Finalmente decido levantarme bajo la atenta y hostil mirada de los presentes.

—Y si vuelves por aquí, no se te ocurra sacar el tema —amenaza Elodia.

Salgo de la panadería resignado, como un perro al que echan de casa. Imbéciles. Qué gente más rara. Al volverme veo que el de la boina se ha asomado y se asegura de que me alejo mientras se enciende un cigarrillo.

Todavía faltan cinco minutos para verme con Lucía. Así que entro en mi coche y decido esperar allí dentro, resguardado del frío de la mañana. El parabrisas está repleto de pequeñas gotitas que caen esporádicas. En esta zona gallega la lluvia es la protagonista principal.

Los minutos pasan volando mientras cavilo sobre lo ocurrido en la panadería. Esta gente esconde algo jodido. He visto alguna que otra película de terror, a Silvia le encantaban, o le encantan todavía, supongo. En los argumentos de las películas que veíamos siempre había alguien relacionado con el suceso que daba vida a la trama. Pero es que aquí, en Santisoña, todo el mundo sabe algo que yo no. Y sin embargo, estoy obligado por contrato a seguir sus órdenes. No sé si ese contrato es vinculante o no, o si tan solo se trata de una chorrada que esta gente se ha inventado para amedrentarme, para que no me cuestione las cosas y, sobre todo, para mantenerme callado y obediente.

Enciendo el motor y me alejo calle arriba, en dirección a mi casa. Sigo el camino con lentitud, preguntándome en qué momento Lucía aparecerá desde algún lado. Pero no la veo, y llegó hasta mi parcela.

—Joder, ¿Dónde estás? —preguntó en voz baja, sin siquiera bajar el cristal de la ventanilla.

Una piedrecita golpea el lateral del coche. Miro a mi derecha, hacia una esquina de mi casa. Allí asoma una Lucía esquiva. Se señala uno de sus ojos y luego, con la mano y el dedo índice levantado, dibuja lo que bien podría ser una circunferencia puesta en horizontal. Repite el gesto y entonces lo entiendo. «Asegúrate de que no hay nadie espiándonos», imagino que me dice.

Tras comprobarlo, le hago señas para que venga. Al ver que reacciona, estiro el brazo y quito el seguro .

La veo entrar en el coche y sentarse a mi lado. Ni siquiera sé

cuándo fue la última vez que una mujer ocupó ese asiento.

Se agacha hasta que su cabeza no llega a la altura de la ventanilla.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Sé que no lo hace por mí. Pero por un segundo me he sentido un chaval que ha quedado para salir con la chica más popular y esta entra al coche avergonzada por haber accedido.

—Cuanto menos nos vean juntos mejor para ambos. Vamos, acelera.

—¿Y tu padre?

—Lo he dejado desayunando. Cuando se beba el vaso de zumo de naranja se sentará un rato a ver la tele. Supongo que luego se dormirá.

—¿Cómo va a dormirse si se habrá levantado hace un rato?

—Le he puesto dos Valium en el zumo.

Me quedo sin palabras. Lucía lo ha dicho sin remordimiento alguno. Como si esta práctica fuese de lo más habitual en ella.

—¿Y si cae aturdido al suelo y se golpea la cabeza? ¿Y si no se duerme tan rápido y sale a buscarte?

—Le he escondido la llave y he cerrado la casa desde fuera.

Joder, por un momento no sé si fiarme de ella. A ver si en realidad los vecinos desconfían con razón.

—Tranquilo, Nacho. Mi padre es un hombre de costumbres. Sin darle nada, suele dormirse después de desayunar. Ten en cuenta que en Santisoña hay poco que hacer cuando tienes ochenta años. Así que se aburre, y el mejor modo de matar el tiempo es durmiendo.

—Entonces, ¿No le has dado los Valium?

—Sí, también. Por si acaso.

—¿Y a dónde vamos ahora? —pregunto desesperado por cambiar a un tema menos perturbador.

—A Caralzos.

—¿Dónde está eso?

Lucía señala hacia delante.

—Tú sigue la carretera al menos durante media hora.

Permanecemos un rato sin hablar mientras me fijo en el paisaje. El día se presenta como ayer: gris y neblinoso. Allá donde mire veo lugares idílicos. Montañas altas, con paredes que harían esmerarse a fondo al mejor escalador. En mi cabeza rondan multitud de preguntas, pero Lucía todavía se muestra tensa.

Ha pasado media hora y no soporto este silencio. Es la segunda vez que nos vemos sin estar su padre delante. En cambio, ahora podemos hablar más tranquilamente que ayer.

—Tengo muchas preguntas, Lucía —empiezo—. Y necesito conocer las respuestas.

—Ella te las dirá.

—¿Quién?

—La señora Elvira.

—¿Es la de la foto?

—Sí.

Salimos a una estrecha carretera que nos lleva hacia el norte. El hecho de no conocer el trayecto y que la vía carece de andenes me obliga a concentrarme más de lo que acostumbro para conducir. Lucía permanece callada. Hasta que al final no puedo mantener este silencio.

—¿Por qué quieres que visite a la señora Elvira? —pregunto a Lucía, que observa la carretera con los brazos cruzados.

—Quieres respuestas.

—Ya, pero qué sacas tú.

Parece reacia a responderme. Ha vuelto la cabeza hacia la ventanilla. Aprovecho para encender el limpiaparabrisas al ver que empieza a lloviznar.

—Mi familia no forma parte de ese plan.

—¿Qué plan?

—El de mantener la vela encendida. No somos responsables de lo que ocurrió.

Aprieto el volante con las manos, deseo arrancarlo. Me estoy enojando por momentos y quiero gritar. Cuento hasta diez mentalmente y consigo serenar la creciente ira.

—Por favor, Lucía. Dime de qué cojones va todo esto. —Ella me mira, quizá sorprendida por mi tono—. Esta mañana me ha sucedido algo muy raro, casi me cago encima.

—¿A qué te refieres? —pregunta interesada.

—Cuando me he despertado, he visto una silueta, juraría que de mujer, observándome desde la puerta de la habitación.

Lucía abre los ojos sorprendida.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. La figura era oscura y perturbadora. Creo que vestía una ropa ancha, como un camisón. Me ha recordado a esas historias de la chica de la curva.

—¿De quién?

Me sorprendo de que no conozca esa leyenda, pero le resto importancia.

—Nada. Cosas que se cuentan en mi pueblo.

—¿Y qué ha pasado?

—En cuanto me he incorporado en la cama, ya no estaba. Estoy casi seguro de que cuando la llama se debilita, pasan cosas.

—Lo sé. Y esas cosas alertan a nuestros vecinos.

—¿Qué dices? —pregunto con una risilla nerviosa—. ¿Que son capaces de sentir si la llama pierde fuerza?

—Sí.

—Entonces, ¿si se apaga lo sabrán?

—Por supuesto. Si se apagase echarían la puerta de tu casa abajo y entrarían a encenderla. No dudarían en matarte, Nacho.

—¡Hostia puta!

Por un momento la carretera se me hace estrecha, y el deseo de no pisar Santisoña nunca más cobra fuerza en mi mente.

—Toma este desvío —me indica Lucía.

Entramos por una carretera más estrecha todavía, tanto, que si aparece un vehículo en sentido contrario, nos resultará imposible pasar.

—Quiero que visitemos a la señora Elvira porque creo que ha llegado el momento de enfrentarnos a esta maldición —dice Lucía, esta vez, sin que yo le pregunte.

—Ponme al menos al día sobre lo que significa esa vela. ¿De qué maldición me hablas?

Lucía vuelve a señalarme otro desvío y entonces veo un deteriorado cartel con el nombre de un pueblo: Caralzos.

La vegetación impide ver más allá de la carretera hasta que el espacio se abre y llegamos a una calle estrecha, con viviendas a ambos lados de aspecto desmejorado. Son casas de piedra y tejados con base de caña. Algunas chimeneas expulsan humo y ligeras chispas.

—Aparca ahí mismo —me indica Lucía.

Dejamos el coche frente a una fachada blanca deteriorada por años de humedades. Alguien asoma bajo la persiana de la entrada, pero no consigo ver a la persona. En cuanto señalo hacia allí, Lucía asiente.

—La gente que vive en los pueblos es muy cotilla. Te acostumbrarás, supongo.

—Buenos días —saludo al bulto de la persiana. Pero quien hay debajo no dice nada, se limita a observarnos—. ¿Dónde vive la tal Elvira?

Estoy nervioso, no sé a qué vamos a enfrentarnos. El hecho de que Lucía no haya querido informarme de casi nada, me produce una incertidumbre que me cuesta mantener enjaulada.

Ella me conduce por la calle hasta que torcemos por un estrecho callejón empinado. Un carromato con el volquete repleto de leña nos obliga a pasar pegados a la pared de nuestra derecha.

Entonces llegamos hasta un portal donde fuera esperan cinco personas, todas viejas menos una mujer que lleva de la mano a un niño. El pequeño nos mira, parece triste.

—¿Quién es el último? —pregunta Lucía.

La mujer del niño levanta la mano.

—Yo.

Lucía asiente y se vuelve hacia mí.

—En cuanto salgan ellos, entramos nosotros.

Parece que somos los únicos desconocidos, porque las cinco personas: dos mujeres y un hombre cabizbajo que rondará los cuarenta y cinco años, aparte de la madre y el niño, nos miran con creciente interés.

Casi hora y media más tarde, nos quedan el hombre y la mujer con el niño. Las otras dos mujeres ya han salido de la vivienda y se han marchado. Curiosamente, entraron con expresión abatida y han salido de lo más vivaces.

—¿Quién es la señora Elvira? —pregunto en voz baja, esperando que nadie más nos oiga.

—Una curandera, una mujer con un aura mágica .

En cuanto suelto una risilla contenida, Lucía me atraviesa con su mirada.

—Vamos, sé que en los pueblos quizá no estáis muy al día con el mundo, pero la magia, la brujería… todo eso no existe —le digo—. Espera, ¿tú crees en todo eso?

—Oye, no pretendo convencerte de nada. Júzgalo tú mismo. Solo quiero liberar a mi padre de esta tortura a la que lo están sometiéndolo nuestros vecinos.

—¿Has venido por eso? ¿No pretendes ayudarme a mí?

—Indirectamente te beneficiarás si consigo lo que quiero, Nacho. No te preocupes.

Al ver que estamos captando la atención del hombre que ya se adentra en la casa y de la mujer que lleva al niño, Lucía me chista para que me calle.

Finalmente, salen la mujer y el niño, que llora agarrándose el brazo. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa, pero entonces, su madre lo aparta hacia el otro lado de la calle en cuanto pasan por delante de nosotros.

—Vamos —me dice Lucía.

De pronto mi corazón empieza a acelerarse y la boca se me seca.

Accedemos a la casa que permanece en penumbra. Unas velas iluminan la entrada sobre una cómoda de aspecto milenario. Se escucha un cántico, como un rezo atávico que pone los pelos de punta. Me resulta una escena demasiado típica de brujería. Sigo a Lucía, que sabe exactamente a dónde dirigirse. Nos asomamos a una habitación también iluminada por varias velas y donde distintos símbolos hechos a mano decoran cada rincón. Algunas manualidades se asemejan a formas humanas, otras a figuras como los atrapasueños, otras parecen hechas con finos huesos, quizá de pollo. Todo resulta inquietante.

—Buenos, días, señora Elvira —saluda Lucía.

Al fondo de la habitación, frente a una mesa camilla, permanece cubierta en telas una figura encorvada, cuyo rostro extremadamente arrugado nos observa en silencio. Sus ojos producen un brillo que

jamás había contemplado antes. A pesar de la escasa luz, su mirada me atraviesa como si pudiera contemplar mi esencia.

—*A moza de Santisoña* —dice Elvira con una voz acartonada, seca.

Lucía fuerza una sonrisa.

—La misma. —Entonces me señala—. Traigo a un amigo.

—La has visto —me dice de repente la anciana en perfecto castellano. Yo miro acojonado a Lucía. Y ella asiente, invitándome a hablar con Elvira.

—¿A quién he visto?

—A ella. *Non hai que terlle medo* .

—¿No la entiendo? ¿A quién se refiere? —insisto.

—No quiere hacerte daño —responde en cambio Elvira—. Antonila rezuma maldad, *pero non por culpa de ti* .

—¿Y qué es la vela que mantengo encendida en casa? —pregunto, procurando contener mi nerviosismo.

—*Unha pechadura* .

Miro a Lucía.

—Una cerradura —aclara—. Por favor, señora Elvira. Debemos acabar con esto.

—¡No podemos! —exclama la anciana sin mover su cuerpo un ápice—. No sería justo para Antonila.

—Un día alguien cometerá un error y la vela se apagará —suplica Lucía.

Elvira, ignorando sus palabras, me mira.

—Has encontrado tu propósito. Lo que viniste a buscar.

Vuelvo a quedarme atónito y niego con la cabeza.

—No creo que eso sea cierto, señora. Ni siquiera yo sé qué vine a buscar. Bueno, sí. Pero es algo más abstracto de lo que me temía.

—No lo es. Es totalmente palpable y concreto.

Miro confundido a Lucía. Ella se encoge de hombros. Es verdad, qué va a saber ella sobre las intenciones que me llevaron a Santisoña.

—Pronto te darás cuenta, y mis palabras cobrarán sentido —sentencia Elvira de nuevo en castellano.

—Cuando dice que la he visto —vuelvo al tema que más nos concierne—, ¿se refiera a la mujer que se me ha aparecido esta mañana?

—Sí.

—¿Es Antonila ?

—Sí.

Me quedo congelado en la silla. No puede ser que Elvira sepa lo que me ha sucedido esta mañana. Ni siquiera yo me creo que esa figura no formase parte de mi imaginación, quizá obra de algún efecto de luces que mi cerebro ha malinterpretado.

—No era ninguna Antonila, señora —digo poco convencido—.

Cuando he vuelto a mirar ya no estaba.

—Intenta comunicarse. Pero su fuerza, mientras la vela no se apague, es muy débil.

—¿Y qué quiere ella de mí?

—Es obvio: que la liberes.

Un nuevo frío me recorre la espalda.

—¿Para qué?

Silencio. Miro a Lucía y su expresión me indica que conoce perfectamente la respuesta.

—¿Para qué? —insisto, harto de tanto misterio.

—Para vengarse.

La respuesta contundente de Elvira me deja atónito.

—Señora, se lo suplico —dice Lucía juntando las manos y entrecruzando los dedos—. Cierre esta conexión. Expúlsela del limbo donde se encuentra y que Santisoña recupere la normalidad. Mi padre…

—Tu padre, querida, jamás descansará hasta que la muerte se lo lleve.

—No es verdad, si la presencia de Antonila desaparece, él podrá vivir tranquilo.

—No, hija.

Lucía empieza a sollozar. Veo que por mucho que intenta evitarlo, las lágrimas afloran de sus bellos ojos castaños.

Apoyo la mano en su hombro. Al mirar a Elvira, veo que su rostro se arruga más todavía debido a una sonrisa que asoma de sus labios ultra finos.

—¿Quién es Antonila? —pregunto.

—Esa respuesta te la puede dar la niña —señala Elvira a Lucía.

No hay manera de conocer lo que hay detrás de esta historia.

—Apagaremos la vela —dice Lucía de pronto.

Miro a Elvira, esperando una reprimenda .

—Veo que por fin lo entiendes, niña. El destino de Santisoña solo es uno, como la muerte es el destino de toda vida. Sólo tú y tu desorientado padre sois capaces de acabar con esto. Y ahora, también tú —me señala.

Lucía permanece en silencio, sollozando.

—Mi padre morirá si apago la vela —dice.

—Así es.

La resignación está torturando a Lucía. Sin darme cuenta, me acerco más a ella y la rodeo con el brazo. Para mi agradable sorpresa, la mujer pega su cabeza a mi pecho y llora con fuerza. Miro a Elvira, quien vuelve a sonreír.

6

Ya en el coche, nos ponemos los cinturones y enciendo el motor. Lucía sigue cabizbaja.

—¿Qué edad tiene esa mujer? —le pregunto con el fin de apartar los tristes pensamientos de su mente.

—Entre ciento diez y ciento veinte años.

—No puede ser.

Lucía me mira con cara de pocos amigos.

—Bueno, o sí —digo para apaciguarla.

El camino de regreso transcurre la gran parte en silencio. Lucía parece sumida en sus propios pensamientos, mientras yo sigo aguantándome para no preguntar más sobre el tema de la vela, el cual se ha convertido en una tortura mental. No hay manera de averiguar más sobre ello y al parecer, muchas vidas dependen de que siga o no encendida.

—¿En serio quieres apagar la vela? —pregunto a Lucía.

Ella levanta la cabeza y mira a la carretera. Tiene los ojos enrojecidos.

—Sí.

—Pero, ¿no dices que tu padre morirá si lo haces?

—Él es el primero que quiere que lo haga, por eso nos viste el otro día cerca de tu casa. Se escapó y conseguí impedir por los pelos que la asaltara. Fue él quien dejó la foto de Elvira en la entrada. Sabía que ella podría convencerte.

—Creo que es a ti a quien ha convencido.

—Hace tiempo que sé qué hay que hacer, pero no me atrevo.

—¿Y por qué dices que tu padre morirá si apagamos la vela ?

—Los vecinos irán directos a por él. Saben que está obsesionado en ello.

He dejado a Lucía en casa y regreso a la mía. Necesito estar solo, pensar, incluso llamar a Chema y usarlo de confidente una vez más. Esto que me está pasando es tan fuerte como increíble. No entiendo cómo he podido visitar a una anciana que se hace pasar por curandera, o peor, por bruja, y haberla creído. Cómo puede ser que una vela sea capaz de contener a un espíritu. Joder, si es que me entra la risa cuando lo pienso. He vivido toda mi vida en un mundo realista, alejado de supersticiones y esoterismos. Creí que vivir en Santisoña me aportaría simpleza, que eliminaría la complicación de la vida capitalista y ajetreada de la ciudad. Y en parte, así ha sido, pero

irónicamente, estoy sintiendo más ansiedad y estoy descubriendo un mundo oculto me que quita todavía más el sueño.

Entro en casa y la encuentro fría. Lo primero que hago es asomarme a la habitación y comprobar que la vela sigue encendida. Lo está, y siento cómo inmediatamente mi mente se relaja. Estoy seguro que, de haber sido Chema quien hubiese venido a Santisoña, habría apagado la vela el primer día, acompañando la acción con la frase: *"A tomar por culo todos"* . Ese tío no teme a nada, es increíble. Él habría lanzado la vela por la ventana. Pero he de reconocer que cuando uno está solo, la cosa cambia. Me recuerda a cuando veía con Silvia esas horribles películas de terror; en el cine me reía al llevarme los sustos, de regreso a casa comentábamos las escenas y seguíamos riendo por lo chungas que eran. Sin embargo, me acuerdo que cuando me quedaba asolas, pasaba un tiempo de lo más acojonado. Cualquier sonido, lavarme la cara y luego mirarme al espejo, todo me asustaba. Ahora estoy en casa solo, sin nadie a quien llamar y que pueda venir en un minuto. Y eso me produce ansiedad, y cierta congoja. Así que procuro mantener la mente ocupada. Dejo en el microondas un preparado de fideos chinos y caliento el agua que le he echado. Mientras, aprovecho para encender el fuego.

Fijándome en la leña guardada al lado de la chimenea tropiezo con la mecedora. Aprieto los labios para no soltar un grito de dolor y camino dando círculos ¡Cómo duele! Al momento empieza a mitigar el dolor y miro la mecedora. La he movido. Cuando me acerco para dejarla como estaba, algo en el suelo llama mi atención. No hay casi luz, así que enciendo la del salón. Me arrodillo en el suelo y veo un surco que se esconde bajo el sofá. Aparto el mueble y entonces llama mi atención una marca: cuatro líneas formadas en la madera, como si alguien hubiese clavado las uñas para no ser arrastrado. Una mancha oscura casi imperceptible nace donde acaban los surcos. ¿Es sangre?

¿Alguien quiso esconder estas marcas bajo el sofá? ¿Por qué?

Casi se me sale el corazón del pecho cuando llaman a la puerta. Me pongo en pie y me quedo mirando la hoja de madera.

—¿Quién es?

—Soy Lucía, Nacho. Ábreme, por favor.

Al abrir, veo el bello rostro de Lucía sumido en un mar de lágrimas.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre. No está en casa.

7

—¿No dijiste que se quedaría dormido hasta que regresáramos?

—Sí —responde Lucía mientras entra desesperada en la casa—, pero creo que esta vez ha sospechado. No se habrá bebido el zumo con los Valium dentro. Ha sido él quien me ha engañado a mí.

Viéndola tan preocupada decido no contarle, por ahora, que he descubierto una mancha en el sofá y marcas de algún forcejeo. Por supuesto, no creo que tengan que ver con su padre. Estas marcas llevan tiempo aquí.

—Siéntate, Lucía —le digo—. Voy a preparar el fuego. Intenta tranquilizarte y pensarás con más claridad.

Ella permanece en silencio. Le he preparado una infusión y aprovecho para zamparme rápidamente los fideos. No ha querido cenar, dice que no tiene hambre. Pero, joder, yo sí.

—¿Tu padre no tiene algún amigo o amiga en el pueblo? —le pregunto preocupado al verla tan inquieta— ¿Has mirado en la iglesia?

Ella niega.

—Aquí nadie lo quiere, Nacho. Todos tomaron una posición contraria a la suya con respecto a Antonila.

—¿Una posición?

—Sí.

La imagen de esta mañana de la figura observándome se materializa en mi mente.

—¿Qué posición es esa? —pregunto.

—Te lo contaré, Nacho, en serio. Pero ahora no. —Se pone en pie —. Mira, si mi padre se ha escapado de casa, ha sido para venir aquí. Pero no lo ha conseguido, o la vela estaría apagada, créeme. Por tanto, algo lo ha detenido.

Me pongo en pie nervioso señalo el suelo.

—No quería decirte nada para no preocuparte, Lucía. —Ella se levanta y me mira suplicante.

—¿Qué ocurre?

Entonces baja la mirada hacia donde señalo.

—Me he fijado en esto al entrar. Hay manchas de sangre reseca y marcas de un forcejeo o algo parecido. Mira.

Ella se encorva y contempla el suelo.

—Eso hace mucho tiempo que está.

No me dice nada más al respecto.

—¿Y fuera? ¿Has visto huellas? —pregunta olvidándose de las marcas.

—Pues no me he fijado.

Nada más decir eso, Lucía se aleja como si la hubieran empujado y sale de casa. La sigo.

—Espera, encenderé una luz.

Me he puesto la chaqueta para salir. El frío, una vez se esconde el sol, resulta incómodo. Espero no encontrar nada fuera y volver a cobijarme frente a la chimenea.

—¡Aquí! —señala Lucía el suelo, ya fuera del portal.

Miro donde me indica y descubro dos surcos además de unas manchas oscuras.

—¿Es sangre? —pregunto.

—Mierda —solloza Lucía.

—Tranquila. Vamos a seguir las marcas, a ver a dónde nos conducen.

Las huellas se alejan de la casa en dirección opuesta al camino. Llegamos a un talud natural donde comienza el bosque. Bajo la abrupta pendiente nace un mar de abedules, fresnos y algún que otro tejo anciano. Las huellas que forman los dos surcos sobre la tierra nos obligan a bajar por la pendiente, donde casi no llega la luz que he encendido en el portal de la casa. Para mi sorpresa, Lucía extrae una pequeña linterna. Los dos seguimos cada punto que enfoca.

—Aquí se pierden las huellas. Hay demasiada roca —me quejo señalando el talud .

Lucía me transmite su preocupación. Estoy seguro de que estos surcos no estaban esta mañana. Con la luz del día me habría percatado de ellos.

—Le han hecho algo a mi padre, lo sé —dice volviendo a sumirse en un desesperado llanto.

—No lo sabemos, Lucía. Tranquilízate. Quizá se haya asustado por algo y se ha escondido.

Su mirada me dice que mejor será que cierre el pico si pretendo volver a decir alguna estupidez. Me enerva su reacción. No tengo ni pajolera idea de lo que pasa aquí.

—Mira, Lucía —le digo—, creo que ya va siendo hora de que me cuentes de qué hostias va todo esto. Desde que he venido todo es un enigma. Me hicisteis firmar…

—Yo no te hice firmar nada. Debiste dar media vuelta y desaparecer de Santisoña en cuanto te presentaron esos papeles. Aquí la gente es mala.

Mientras hablamos, Lucía ha bajado la pendiente y se adentra en el bosque. No tengo más remedio que seguirla, arriesgándome a resbalar y caer rodando. Ella enfoca con la linterna cada punto, cada recodo y cada árbol que nos encontramos.

—¿Cómo iba yo a saber lo que escondíais? —pregunto

enfurruñado.

—¡Ahí! —exclama ella sin hacerme el menor caso. Se ha detenido.

La sigo hasta descubrir, bajo la luz de la linterna, un bulto en el suelo.

—¡Papá! —grita corriendo en esa dirección.

Me acerco, recojo la linterna que acaba de tirar al suelo. Con mano temblorosa enfoco la escena. Allí está Herminio Yuste, tumbado boca abajo, con la cabeza tintada de sangre seca y completamente inmóvil. No hace falta comprobarlo para saber que está muerto. Lucía intenta levantarlo y acunarlo. La ayudo. El cuerpo pesa una barbaridad, y manipularlo resulta complicado.

Ella ha perdido la compostura y llora, repitiéndose una y otra que vez que le ha fallado.

—No debí dejarte solo.

—Mierda, Lucía. Lo siento.

No se me ocurre qué decirle para consolarla. Realmente apenas la conozco, y lo último que deseaba en este viaje era verme involucrado en algo semejante. No hago más que repetirme que yo solo quería pasar un tiempo solo, tranquilo. Y esto está resultando todo lo contario.

De todos modos, ver a Lucía abrazada a su padre muerto me rompe el corazón. Hay que ser muy cabrón para hacerle esto a un hombre como Herminio. Tampoco lo conocía a él más de las dos veces que nos habíamos visto, pero podría jurar que no era una mala persona. Siento lástima por esa familia que, al parecer, solo se tenían el uno a la otra. El recuerdo de mis padres inunda mi mente. Pagaría lo que fuese por tenerlos delante, abrazarlos y decirles que les quiero. Tanta nostalgia me duele, así que vuelvo a acercarme a Lucía. He tomado mi decisión.

Me acuclillo a su lado y pongo mi mano sobre su hombro.

—¿Qué quieres hacer? Te ayudaré.

Ella me mira, y para mi sorpresa, ya no brotan lágrimas de sus ojos. Su expresión es distinta. Está enfadada.

—Supongo que deberíamos llevarlo ahí arriba y llamar a Don Fernando, el cura —me dice—. Él sabrá qué pasos dar, aunque tampoco me fío de él.

No me entusiasma la idea, pero le he dicho que voy a ayudarla, y lo haré.

Como ya lo había comprobado minutos antes, el cuerpo sin vida de Herminio pesa una burrada. Lo tengo que arrastrar de los pies, y en dos ocasiones se le ha salido un zapato. Lucía no deja de repetirme cuando el cuerpo recibe algún golpe que no pasa nada. Ella lo intenta alzar de la chaqueta sin éxito, así que lo llevo a rastras. Subir la pendiente me resulta un esfuerzo titánico. Me he tropezado más de diez veces. Lucía intenta quitar las rocas que me voy encontrando en

mi ascenso, pero el problema es que la tierra está suelta y me resbalo.

Exhaustos llegamos por fin a la cima de la loma donde se asienta mi casa. Hemos arrastrado a Herminio hasta casi la entrada, donde la luz ilumina parte del exterior.

Me quedo sentado mirando el cuerpo del anciano muerto. Lucía también lo observa.

—Le han golpeado la cabeza con algo —dice—. Una piedra, supongo. Tiene el cráneo aplastado por ese lado .

Lo señala, pero no lo toca. Los tres tenemos la ropa manchada de sangre.

—¿Por qué lo habrán matado? —pregunto.

—Está claro. Porque lo han seguido hasta tu casa y han deducido, seguramente con acierto, que pretendía apagar la vela.

La dichosa vela, gruño mentalmente.

—No quiero separarme de él, Nacho —vuelve a sollozar Lucía ¿Podrías ir tú a buscar a don Fernando?

—¿El cura?

—Sí.

—Vale, no te preocupes. —Aunque más bien hubiera querido decir: «No, llámalo si eso y que venga él».

No me gustan las iglesias, y mucho menos los curas. Pero no puedo escurrir el bulto, teniendo en cuenta que no hace ni diez minutos le he dicho que la ayudaría.

Conduzco hasta el centro de Santisoña, y para ello paso por delante de la panadería de Elodia. Me pregunto si ella estará al corriente de lo que acaba de suceder. Quisiera saber si el pueblo entero se habrá enterado. Es como si esta gente formara parte de una secta; de un grupo de personas que actúan como una sola, siguiendo los dictámenes de algún líder, o de varios.

Aparco enfrente de la pequeña iglesia situada al final de la calle que baja desde lo alto del pueblo, donde Lucía y Herminio tienen su casa. No veo a nadie, pero estoy seguro de que el sonido de mi coche ha llamado la atención de más de uno. Nuevamente, me imagino siluetas perturbadas asomándose desde las ventanas y puertas; todas observándome, como cuervos esperando la muerte anunciada para darse un merecido festín.

La iglesia, menuda como las casas que la rodean, pero diferenciada por el revestimiento blanco de cal y las cruces a ambos lados de la puerta de dintel curvo, me espera como un monstruo dormido.

Llamo tres veces, y el sonido suena más fuerte de lo que esperaba. Miro a mi alrededor, con la sensación de haber despertado al vecindario entero. Pero nadie se asoma. Todo sigue tranquilo.

Escucho dos pestillos, y luego un tercero, hasta que una mujer de avanzada edad abre el portón de madera. La desconocida anciana

viste un camisón azul .

—Buenas noches, señora —saludo levantando la mano con torpeza —. Ha sucedido algo, y necesito hablar con don Fernando.

—Está durmiendo.

—Sí, supongo. Pero es que ha muerto Herminio Yuste. No sé si lo conoce usted.

La expresión de la mujer cambia y desaparece todo atisbo huraño.

—¿Cómo puede ser eso? —dice sorprendida—. Lo he visto esta misma mañana. Era temprano, pero estaba perfectamente.

—Sí. Bueno. Es complicado, señora. ¿Podría avisar a don Fernando? La hija de Herminio lo necesita.

—Claro, claro. Espera aquí.

La mujer cierra y me deja fuera, a la intemperie. No puedo evitar volverme hacia las sombras donde tengo la sensación de que me espían. Quizá, incluso, se trate de los asesinos.

Casi diez minutos después, un hombre de unos cincuenta largos, alto y de nariz grande, vuelve a abrir la puerta mientras se pone una chaqueta.

Lleva el cuello clerical a la vista. Así que este debe de ser don Fernando. Está calvo, aunque una mata de pelo rodea su cabeza por encima de las orejas, lo que le da un aspecto anticuado, a lo Homer Simpson.

—Buenas noches ¿Qué sucede? —me pregunta bajo unas gafas de fina estructura.

—Han matado a un hombre —le digo sin rodeos.

Don Fernando se tensa.

—¿A quién?

—A Herminio Yuste.

—¿Dónde está?

—Fuera de mi casa, su hija está con él.

—Vamos.

Nos metemos en mi coche y me mantengo callado. No conozco a este hombre. No sé si él forma parte de los vecinos que odiaban a Herminio o se mantiene neutral.

—¿Sabes quién lo ha matado? —me pregunta.

No se muestra nervioso, lo provoca que me inquiete yo. En un pueblo pequeño como Santisoña, un suceso como este debería marcar de por vida a su gente. Pero don Fernando parece de lo más habituado.

— No lo veo muy sorprendido —le digo—. ¿Esperaba que sucediera esto?

El hombre me mira curioso y sonríe.

—Herminio no estaba bien —dice—. Su hija lo trajo una vez a la iglesia para que rezara a Dios ante mi presencia. Le advertí que el

Padre no comulgaba con su comportamiento. Que atraería la maldad y esta acabaría con él. Pero su obsesión pudo más que su raciocinio, y continuó obcecado con apagar esa vela; la que nos protege a todos.

—¿A usted también? —le pregunto.

Don Fernando se ha percatado de mi apreciación.

—Me refiero a los vecinos en general. Antonila hizo mucho por todos, y juramos perpetuar sus recuerdos gracias a la vela que…

—Déjese de bobadas, Fernando —ya ni me pasa por los cojones mostrarle respeto a este mentiroso.

—¿Cómo dices?

—Que no me cuente milongas. Esa vela no se encendió para homenajear a nadie. ¿Se cree que soy gilipollas?

Mi tono ha sorprendido al cura, que me mira sin pestañear mientras asciendo ya por la loma que conduce a mi casa.

—Creo que deberías contener tu lengua. No es cristiano soltar obscenidades.

—No se inmiscuya con mi personalidad, no soy un analfabeto como sus feligreses. Yo me he criado en ciudad y conozco a los farsantes vende humos a la legua.

No es verdad, pero acaba de mentirme a la cara, y no creo que sea porque a él le contaran esta versión y no sepa nada más.

Don Fernando se ha quedado en silencio, con una sonrisa congelada que para nada transmite diversión.

—¿Está usted metido en el ajo o no? —insisto cuando el tejado de mi casa ya puede vislumbrarse en medio de la noche.

—Sólo soy un cura que viene a llevarse el cuerpo de quien fue un vecino de Santisoña. No quiero problemas, joven.

Dicho esto, no habla hasta que detengo el coche y descubrimos que Lucía no está sola. Tres hombres la rodean. Ella sigue sentada en el suelo junto al cadáver de su padre. En cuanto me ve, grita mi nombre. Los demás ni se inmutan. Dos llevan escopeta, mientras que el otro me observa con los brazos a la espalda. Uno es Julio, el segundo es Tomás, el que merodeaba con su coche el día que quedé con Lucía en un camino; y el tercero, más joven, creo que es uno de los que hacían guardia cuando salí a fumar la noche anterior. Ninguno me saluda. Lucía parece contener su alivio al verme llegar. Mi casa permanece cerrada.

El cura don Fernando saluda a los tres hombres, que asienten como robots. Luego se acuclilla junto al cadáver de Herminio y mira a Lucía.

—Te acompaño en el sentimiento, bonita.

Ella asiente y don Fernando acerca su dedo pulgar a la frente de Herminio y realiza la señal de la cruz, luego repite el gesto en el pecho. Recita un rezo casi inaudible y alza la cabeza para mirar de nuevo a Lucía.

—Debo llevármelo. ¿Tienes alguna carreta? —le pregunta. Ella se encoge de hombros y luego me mira.

—Yo tengo una, don Fernando —interviene el joven.

—Tráela, Ricardo.

Este asiente y se marcha ilusionado por poder ser de utilidad.

Lucía sigue mirando a sus vecinos con cara de pocos amigos. De hecho, se muestra muy incómoda, como si mentalmente estuviera ordenándoles que se marcharan.

—Lucía, en cuanto puedas, pásate por la iglesia y hablamos, ¿de acuerdo?

En lugar de responder, ella se pone en pie dejando el cuerpo de su padre completamente tumbado en el suelo y mira a los tres hombres.

—Vosotros sabéis quién lo ha matado.

—No montes un numerito de los tuyos, y menos teniendo a tu padre de cuerpo presente —le dice el cura.

—Usted no me ordena nada —lo desafía Lucía para luego mirarme con los ojos anegados de lágrimas. Señala a don Fernando—. Él lo permitió, Nacho. Sabía lo que le hacían a Antonila y no lo impidió. Seguro que usted también le puso sus pecaminosas manos encima. Son todos unos enfermos.

Tomás da un paso hacia delante y se interpone entre don Fernando y Lucía.

—Ya vale, tranquilízate —le dice a la mujer.

Ella intenta apartarlo para seguir desahogándose. Entonces, me acerco.

—Ya está, Lucía. —Procuro tranquilizarla en lugar de alterarme yo también—. Entremos en casa y descansemos. Estás agotada.

Se zafa de mis brazos y me señala.

—No te unas a ellos. No me trates con paternalismos.

Sorprendido, levanto las manos como si me estuviera apuntando con una pistola.

—No es mi intención.

—Esta gente no ha venido porque mi padre o yo les importemos. Están aquí solo para asegurarse de que no cometemos ninguna estupidez, ¿verdad? —Ninguno objeta nada al respecto.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, aunque me huelo la respuesta.

—A qué va a ser. A la dichosa vela. Todo gira alrededor de ella.

Don Fernando se me acerca y me rodea con el brazo. Por un momento siento la necesidad de apartarme y pedirle que no se pase, pero esa reacción tensaría más la situación. Así que dejo que me aleje del reducido grupo.

—Nacho, no le hagas caso —me dice en voz baja—. Tú no conoces a esta familia, pero Lucía es más complicada de lo que aparenta. Que no te ciegue su belleza. Tengo la sensación de que eres una persona

responsable, así que en ningún momento desconfiamos de ti. Sin embargo, ella ha perdido a la persona más importante de su vida. Necesito que la vigiles, que la controles del modo más sutil pero efectivo que puedas.

—¿A qué viene tanto miedo porque se apague la vela? —insisto, sintiéndome como un loro que no deja de repetir la única frase que conoce— ¿Por qué os tomáis tantas molestias?

—Antonila merece mucho más que el sacrificio que conlleva mantener encendida una vela.

Me río y llamo la atención de los dos hombres que controlan a Lucía.

—¿Qué ocurre? —me pregunta ella.

Niego con la cabeza.

—No es nada, tranquila .

Al mirar al cura, le digo:

—Como le he dicho antes, a estas alturas ya sé que esa vela no simboliza ningún homenaje, sino más bien lo contrario. Es una cerradura, cuyo objetivo es evitar que algo no aparezca en nuestro plano existencial, ¿verdad?

Don Fernando ha palidecido por un momento. Luego carraspea y vuelve a la conversación.

—No necesitas saber para cumplir el contrato —dice amenazante.

Ya estamos con lo del puto contrato, me digo.

Nuestra charla parece disgustar a Lucía. La veo agotada, con la moral destrozada. Abandono a don Fernando y me acerco a ella.

—Entra en casa y deja que yo me ocupe de esto —le digo.

—No, Nacho. Es mi padre, debo encargarme yo.

Don Fernando suelta una risilla silenciosa y dice:

—Nosotros nos llevaremos el cuerpo de Herminio. Lucía, haz caso a Nacho y aprovecha para descansar. Puedo preparar el entierro para mañana a las seis de la tarde.

Finalmente, Lucía asiente y como si le faltase energía, se pone en pie temblorosa. La veo adentrarse en la casa con los hombros caídos.

—Ve con ella —me dice el cura—. No me gustaría verla cometer una estupidez.

—Ya viene Ricardo —anuncia Tomás señalando en la noche.

Así es, el joven vecino de Santisoña ya regresa llevando consigo una especie de carretilla.

Yo lo espero para asegurarme de que la vista no me ha fallado.

—No la encontraba —dice el chico nada más llegar, completamente exhausto—. Es culpa de mi padre, que nunca deja las cosas en su sitio.

—Llevémonos a Herminio de aquí —dice el cura—. Dejemos que a la hija en manos del forastero.

Espero a que se lleven el cuerpo con la carretilla y en cuanto me quedo solo allí fuera, decido que es hora de entrar en casa.

Frente al fuego se encuentra Lucía, pensativa y triste. Me acerco a ella.

—¿Te apetece una infusión?

Ella asiente, así que me dirijo a la cocina y pongo agua a hervir. Me gustaría hablar con ella, pero tengo la sensación de que quiere estar sola. La observo mientras preparo las dos tazas, el azúcar y las cucharillas.

—¿Por qué estaba tu padre tan obsesionado con apagar la vela? —le pregunto sin poderme aguantar.

Lucía tarda unos segundos en responder, manteniendo la mirada perdida en sus recuerdos. Luego dice:

—Desde que perdió a Antonila, y conocedor del conjuro de Elvira, mi padre sólo ha tenido en la cabeza liberarla.

—¿Pero por qué?

—Fueron grandes amigos.

En cuanto tengo las infusiones preparadas, las acerco en una bandeja y las dejo sobre la pequeña mesilla que hay frente a la chimenea. Lucía agarra la taza con ambas manos, dejando que el envase cerámico le transmita el reconfortante calor. Yo hago lo mismo.

—Lucía, creo que ya va siendo hora de que me cuentes qué pasó en Santisoña con Antonila.

La mujer se mantiene en silencio, mirando a la nada y soplándole a la humeante bebida.

—No estoy de humor para contar historias.

—Me da igual que estés de humor o no. Soy el único pringado que no sabe qué está pasando aquí. No encuentro sentido a tener que proteger una puta vela encendida que hay metida en esa habitación —señalo con el índice—. Tú y tu padre sois los únicos que no estáis obsesionados con que este plan, al menos no en que permanezca viva la llama. Y no entiendo por qué.

Tras unos segundos en que Lucía se lo piensa, dice:

—Está bien. Toma asiento, Gorven, esto irá para largo.

8

Me tiemblan las manos. Estoy muy nervioso. Frente al fuego, sentada en el sofá se encuentra Lucía. Tenerla en casa me resulta de lo más interesante. Es una mujer preciosa, aunque no parezca darse cuenta de su atractivo. Ojalá pudiésemos hablar de otras cosas, de temas que pudieran descubrirnos a nivel personal. Me encantaría haberla conocido en otras circunstancias, donde la única preocupación fuese si nos gustamos o no.

Dejo la taza de la infusión ya vacía sobre la mesilla y me siento a su lado, evitando mirarla y fijándome, en cambio, en las danzantes llamas de la chimenea.

—Hace tan solo cuarenta y seis años, en esta casa vivía una mujer llamada Antonila —empieza Lucía—. Yo todavía no había nacido, así que no llegué a conocerla, pero mi padre decía que era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto. De adolescente, la belleza de Antonila se incrementó hasta el punto de volver locos a los hombres. Tenía unos cabellos rojos como ese fuego, y una piel fina y blanca como el mármol. Jamás en Santisoña se ha visto un cielo tan azul como sus ojos. Y su cuerpo… —niega incrédula Lucía—, increíble. Era la envidia de las mujeres.

—La gente siempre exagera —digo.

Lucía, ríe.

—Eso es exactamente lo que le dije a mi padre cuando me la describió. Y te aseguro, Nacho, que estas descripciones se quedan muy cortas. Mi padre decía que Antonila era un ángel. Pero los demás no la vieron así. A diario, ella rechazaba insinuaciones, propuestas de noviazgo, de matrimonio. Los hombres venían de los pueblos de los alrededores cuando se corrió la voz de que la mujer más hermosa de Galicia vivía en Santisoña. Incluso se acercaron hombres de las ciudades para conquistarla. Ella se escondía, no estaba interesada en nadie, al menos a nivel romántico.

—¿Por qué no?

Lucía se encoje de hombros y da un pequeño sorbo al té.

—No lo sé. La cuestión es que, un día, corrió un rumor que lo cambió todo. Cuando alguien la tachó de bruja.

—¿Y eso por qué?

—Decían que de ángel no tenía nada. Que en realidad era un demonio que había aparecido en Santisoña para hacer sufrir a hombres y mujeres. A ellos por mostrarles el fruto y no dejar que lo probaran; a ellas por sumirlas en un mar de celos.

»La cuestión es que los hombres se cansaron de pedirle atención y otras cosas por las buenas. Unos pocos se reunieron para acordar secuestrarla.

»Cuando Antonila alcanzó los diecisiete años, su padre tuvo una fuerte pelea con cuatro vecinos que habían decidido llevársela a la fuerza. El padre recibió tal paliza que murió tendido allí mismo, en medio de la calle. Dicen que Antonila lloró desconsolada, y que la madre la culpó a ella, tildándola, como lo hacían sus vecinos, de demonio y bruja.

»Sin la protección de su padre, Antonila quedó al amparo de los vecinos, que no dudaron en ponerle las zarpas encima y someterla.

Una lágrima aflora en los bellos ojos castaños de Lucía.

—Sin siquiera llegar a los dieciocho años, Antonila se convirtió en el juguete de los hombres. Además, algunas mujeres que todavía quedan vivas, le dieron la espalda. La repudiaban y la insultaban, culpándola de que llamaba la atención de sus maridos.

»Mi padre me contaba esta historia sumido en lágrimas. Fue el único que jamás se propasó con ella, y se hicieron amigos. La ayudó en lo que pudo, dadas las circunstancias. Me contó que Antonila llegó a dormir varias veces en mi casa, en secreto. Los violadores la buscaban, pero mi padre les mentía, incluso tuvo que hacerse pasar por un violador más para no levantar sospechas.

»Pero ya has visto que este pueblo tiene muchos ojos, así que acabaron descubriendo que la protegía. Por poco lo matan el día que rompieron la puerta de casa y descubrieron a Antonila dentro de la vivienda.

»Tanta violación le produjo a la mujer todo tipo de enfermedades físicas, y mentales. Estas últimas fueron las peores. Antonila empezó a perder el brillo de sus ojos y sus cabellos, siempre lisos, se enmarañaron y encresparon. También su ropa acabó convirtiéndose en harapos desgastados y repletos de manchas que no me atrevo a imaginar de qué serían.

»Ya ni siquiera protestaba cuando se la llevaban a rastras. Esta casa se convirtió en un templo de la tortura para su cuerpo y su mente. Los violadores acudían y ella les abría la puerta con la indiferencia de un espectro. Mi padre venía y la lavaba, la peinaba y la aseaba. Ella se dejaba hacer, ya no le importaba si el trato hacia ella era violento o afectuoso, todo llegó a darle igual.

»Haberla tildado de bruja llamó la atención de alguien que lo cambió todo. Cuando Antonila cumplió los veinticuatro años, llegó a Santisoña una carreta tirada por dos burros. Tres hombres ayudaron a bajar del vehículo a una mujer coja de mirada profunda y perturbadora. Era Elvira.

—¿La curandera?

—Sí, la misma. Elvira es conocida por todo Souto de Agüeira como una mujer capaz de hablar con los muertos, con los espíritus. También se la considera una bruja auténtica, sin embargo, al contrario que sucedió con Antonila, a ella la temían.

»Mi padre me contó que Elvira ni siquiera necesitó que le indicaran dónde vivía Antonila, sino que bajó de la carreta y subió la cuesta hasta aquí. Mi padre se encontraba con ella en el momento en que Elvira llamó a la puerta. Me contó que nada más verla, Antonila se echó a sus brazos sin siquiera conocerla, que lloró y suplicó que la salvara. Pero Elvira descubrió que una enfermedad consumía a Antonila, de hecho, la pobre mujer ni siquiera podía andar erguida. Sufría fuertes dolores, y Elvira le dijo que iba a morir.

—Joder. —Entiendo profundamente las lágrimas de Lucía. Esta historia me está resultando desgarradora—. ¿Y qué pasó?

Lucía vuelve a beber de su té.

—En lugar de caer en un pozo más profundo si cabía de tristeza, Antonila pareció aliviada ante la noticia. Sonrió, porque había decidido que no moriría sin vengarse en vida. «Eso es imposible», le dijo Elvira. Añadió que si lo intentaba, la matarían antes de llegar ni siquiera a hacerles un rasguño a sus torturadores. Que sólo tras la muerte obtendría su venganza, si así lo deseaba.

»Esa misma noche, desesperada por aliviar sus dolores y sus penas, Antonila cogió un cuchillo y salió de casa en busca de los violadores. No tardó mucho en encontrarlos en el bar. Ella se había lavado, peinado y vestido como antaño, recuperando gran parte de su incomparable belleza y su angelical atractivo. En cuanto los hombres, que a esas horas ya habían bebido más de la cuenta la vieron asomarse en la taberna, dejaron lo que estaban haciendo y fueron a por ella, como perros que han olido a una hembra en celo.

»Una vez más, creo que fueron siete hombres, la violaron, y en el proceso, Antonila sacó el cuchillo y apuñaló en la cara al que la montaba en ese momento. Al parecer, poseída por el frenesí de su venganza, la joven les dijo que Elvira había preparado un conjuro, y que si la mataban, regresaría desde el Más Allá para vengarse. *«¡Os mataré a todos!»* , les gritaba. Mi padre dice, según escuchó, que Antonila se volvió loca. Empezó a apuñalar a todo el que se le acercaba, pero duró poco. Golpearon su cabeza con una piedra y entre chanzas, siguieron profanando su cuerpo incluso después de muerta.

La dejaron allí tirada, tras el patio trasero de una casa en las afueras de Santisoña, donde ella misma los había llevado para consumar su venganza, la cual todavía sigue pendiente.

Los hombres, a pesar de estar ebrios, se preocuparon por las amenazas de Antonila, y sabedores de que Elvira seguía en la casa de la joven, fueron a buscarla. Entraron destrozando la puerta para luego

abordar a la curandera, que permanecía sentada en el sofá junto a los tres hombres que la escoltaban. Mi padre estaba con ellos. Los vecinos amenazaron a Elvira con matarla allí mismo si no deshacía el conjuro con el que Antonila los amenazó. Elvira dijo que no podía deshacer lo que ya se había cerrado. Al parecer, consiguieron que la bruja, en última instancia, se creyera sus amenazas, así que accedió a crear un segundo conjuro para mantener el espíritu de Antonila encerrado.

—La vela —digo .

—Así es. Mi padre me dijo que Elvira todavía sentía que debía vivir más tiempo. Había mucha gente que la necesitaba. Por eso accedió a encerrar el espíritu de Antonila, para más sufrimiento de esta si cabe.

Niego con la cabeza y suelto una risilla que nada tiene de divertida.

—¿Qué pasa? —me pregunta Lucía—. ¿No me has creído?

—Reconozco que esta historia es difícil de creer. No te digo mentirosa, Lucía, en serio. Pero tengo la sensación de que los años la han tergiversado. De todos modos, restándole ese aire folclórico de historia de pueblo, da que pensar.

Veo la mirada molesta de Lucía. Pero quiero seguir con mi reflexión.

—¿Cuántas veces las personas hemos destrozado la vida de otras, tan buenas y diferentes todas ellas, sólo por nuestro afán acaparador y egoísta? —Luego añado—: Me viene a la cabeza Marilyn Monroe. Una mujer que deslumbró en vida a todo hombre. Era la imagen personificada de la belleza, del atractivo femenino. Su voz, su mirada, todo en ella era cautivador. Y la explotaron, la exprimieron hasta acabar con todo su jugo. Acabó automedicándose, tomando de todo, dejó de ser feliz hasta morir demasiado joven, quizá incomprendida, como Antonila.

»En lugar de proteger a quienes más lo necesitan, los explotamos y destruimos. Es asqueroso y perturbador.

Parece que Lucía comprende mis sensaciones. Asiente y se termina el té.

—¿No has creído mi historia?

—Creo que hay algo de cierto en lo que cuentas —respondo—. Yo mismo he sido testigo de lo que sucede con esa vela si la llama simplemente mengua. Incluso he visto cosas en esta casa que solo puedo explicar si considero que me falta algún tornillo.

De pronto llaman a la puerta. Lucía y yo compartimos una mirada extrañada. Al abrir me encuentro a Ricardo, el chico de veintimuchos que casi dos horas antes se ha llevado el cuerpo de Herminio junto al cura y Tomás. Se asoma sin entrar, buscando a Lucía.

—Tu padre ya está listo.

Ella se levanta .

—Espérame fuera, ahora voy —le dice.

Yo cierro la puerta de nuevo y ella y yo nos quedamos asolas.

Lucía deja su taza en el fregadero y se vuelve para mirarme.

—Me he quedado sola en este pueblo, Nacho. Mi padre era lo único que tenía.

—Yo estoy aquí —le digo sorprendiéndome a mí mismo—. No dejaré que te enfrentes a ellos sola.

—¿Entonces me acompañas?

—Sí.

9

Son las dos y cuarto de la madrugada, y Lucía y yo nos encontramos sentados en uno de los bancos de la minúscula iglesia. Para mi sorpresa, a pesar de las horas, estamos rodeados de vecinos, todos ancianos. No creo que me equivoque mucho si digo que la media de edad de la gente de Santisoña supera los setenta años.

Los rezos suenan como un murmullo, mientras el cuerpo de Herminio permanece a los pies del altar, en el interior de un ataúd abierto.

Hacía tiempo que no asistía a un velatorio como este. Yo suelo acudir a tanatorios, donde los familiares más allegados visitan a los seres queridos, les dan el pésame por su pérdida y luego se marchan. Aquí siguen con la costumbre de quedarse en vela toda la noche. Lucía, a pesar de ser la hija del difunto, parece la más desubicada de todos. Tiene la mirada perdida, como si acabara de entrar en un trance. En dos ocasiones le he preguntado si se encuentra bien y entonces asiente con la cabeza. Con disimulo observo a la gente que nos rodea y descubro que nos lanzan miradas de soslayo. Veo a Elodia, la panadera, tres asientos delante de nosotros; se ha vuelto a mirarnos en dos ocasiones. Finalmente, me levanto y me acerco a ella sorprendiéndola.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—He venido a saludar. ¿Podemos salir un momento fuera?

—Pues no. Estamos en mitad del rezo.

—Me da igual. Si no sales ahora conmigo levantaré la voz y diré que has estado incitándome para que apagase la vela.

Estas últimas palabras las digo casi sin voz, y para mi satisfacción, la mujer niega con los labios apretados.

—No lo harás.

Le muestro una sonrisa retadora y me levanto del asiento. Carraspeo y todas las miradas se posan en mí. No negaré que me recorre un escalofrío. Entonces Elodia tira de la manga de mi chaqueta. Su mirada preocupada me atraviesa. Me hace un gesto para salir.

Fuera de la iglesia sólo hay dos hombres fumándose un cigarrillo en la calle. Hablan de algo relacionado con unos almendros. Elodia se me pone enfrente.

—¿Qué quieres? No es bueno que me relacionen contigo.

—Siempre puedes decir que te debía un poco de dinero e insistía

para pagártelo aquí y ahora.

No sé si la he convencido, pero se ha quedado en silencio, a la espera de que diga algo más.

—¿Quién ha matado a Herminio? —pregunto directamente, asegurándome de que los hombres que tenemos a unos diez metros no me escuchan.

—No lo sé. Además, dicen aquí que ha sido un accidente.

—Tú y yo sabemos que no es cierto. A uno no le abren la cabeza y lo arrastran hasta el bosque por accidente.

Reconozco que Elodia no tiene pinta de saber algo.

—Sé que Lucía y Herminio no gozaban de la simpatía de sus vecinos —insisto.

—Son gente muy rara —dice Elodia.

—No te ofendas, pero en Santisoña todos sois bastante raros —digo sin poderme contener—. ¿Y bien? ¿No has escuchado nada?

—¿Ahora qué eres, detective? —me pregunta con tono retador.

Dos hombres acaban de salir de la iglesia y se mantiene a distancia, sin dejar de mirarnos. Son los mismos que estaban sentados este mediodía en las mesas de la panadería. Han salido a vigilarme.

—¿Por qué lo han matado? —repito en voz más baja. Pero Elodia ya ha visto que la están protegiendo.

—Te equivocas de persona —dice con más seguridad—. Si quieres respuestas, búscalas en otro lugar.

Dicho esto, regresa al interior de la iglesia. Uno de los dos hombres, alto y de pelo negro se me acerca.

—¿Pasa algo? —me pregunta con el cigarrillo en la boca.

—¿Te parece poco? —respondo—. Han matado a un vecino vuestro y aquí estáis todos, en el velatorio como si Herminio os hubiera importado.

—¿Qué vas preguntando por ahí?

—¿Tú qué crees? Quiero saber quién y por qué lo han matado.

—Ha sido un accidente, ¿O es que no has escuchado al padre Fernando?

—Sabéis que esto no tiene nada de accidente.

Este hombre me inquieta. Es más alto que yo, y su tono frío me paraliza. Pero también sé que esa es exactamente su intención. Si me asusto, se vendrá arriba.

—He escuchado al cura —continuo—, pero también hemos sido Lucía y yo quienes hemos encontrado el cuerpo tirado en el bosque. Alguien lo ha matado, no nos tratéis como si fuésemos estúpidos.

—Nada de esto te incumbe, forastero. Vuelve a la casa de Antonila y vigila la vela, que para eso firmaste un contrato vinculante.

De nuevo, el tema de la vela en la conversación. Todos conocen su existencia y a todos les interesa que siga encendida. La situación no

puede ser más perturbadora.

Veo cómo el hombre vuelve a adentrarse en la iglesia. Paso de volver a entrar. Me sabe mal por Lucía, pero no soy creyente, y hace tiempo me prometí a mí mismo que jamás volvería a pisar un antro de estos. Hoy lo he hecho pensando que no me molestaría, pero volver a escuchar la voz del cura y sus sermones, ha despertado en mí viejos recuerdos.

Espero a que vayan saliendo los vecinos una vez termina la misa. En cuanto veo que ya no queda prácticamente nadie, entro. Estoy preocupado por Lucía.

La encuentro de pie, junto al ataúd ya cerrado de su padre. Frente a ella está don Fernando, con la mano apoyada en su hombro. Al verme entrar, el cura se torna serio y deja de hablar. Lucía levanta la mirada, y al verme, fuerza una ligera sonrisa que desaparece casi al instante.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Necesito tumbarme un rato, Nacho .

—Hemos estado hablando —dice don Fernando, todavía con el tono de orador que los curas suelen utilizar en sus sermones—. Lucía me ha dicho que te preocupas mucho por la vela. Que ha estado en casa contigo y estás muy pendiente de que no se apague.

Cuando miro a Lucía capto algo; me ha guiñado un ojos. Ha sido un gesto casi imperceptible, muy sutil, pero lo he visto.

—Sí, por supuesto —digo siguiendo el juego de la mujer y adoptando un tono sumiso—. He firmado un contrato, y no tengo intención de incumplirlo. De hecho, creo que es un gesto hermoso que decidierais homenajear a la señora Antonila por la gran labor que desarrolló en Santisoña.

Igual me he pasado. Don Fernando me mira, como si quisiera ver más allá de mis palabras. Pero por suerte para mí, todavía no han inventado nada para escuchar los pensamientos. Eso sigue siendo privado de cada uno, menos mal.

—Así me gusta —dice el cura—. Descansad los dos. Yo me ocupo del sepelio. Eso sí, Lucía, tráele unas cuantas flores a tu padre.

Ella asiente, se besa la yema de los dedos y luego apoya la palma de la mano sobre el ataúd.

—Adiós papá. Sabes lo que te quiero. No lo olvides.

Dicho esto, da media vuelta y se aleja hacia la salida.

No me gusta que actúe de ese modo, como si yo no estuviera. Salgo de la iglesia y veo la encuentro allí fuera. Está de brazos cruzados y visiblemente helada. Al oírme se vuelve.

—Perdona por haber salido así, pero no aguanto a don Fernando.

—Yo no pienso utilizar «don» para nombrar a ese tipo —digo enfurruñado.

—Me ha dicho que Dios ha tenido que llevarse a mi padre por traicionar a sus vecinos.

—¿De qué traición habla?

—¿Tú qué crees? Santisoña se ha convertido en una secta. Aquí, o eres de los que quiere que la vela siga encendida o ya has visto lo que pasa.

Lucía se dirige hacia mi coche, así que la sigo. No sé si pretende dormir en mi casa o que la acompañe a la suya.

—Recuerda que toda esta gente que se preocupa para que la vela no se apague, está involucrada en las violaciones que acabaron con la vida de Antonila.

—Pero no todos son ancianos, es decir, no todos la conocieron. Ricardo, ese más joven que estaba con Julio y Tomás, no tendrá ni treinta años. ¿Cómo puede estar involucrado?

Llegamos al coche y abro el seguro. Para mi sorpresa, Lucía entra y se sienta en el asiento del copiloto. Me quedo mirándola.

—¿A dónde te llevo? —le pregunto confuso.

—¿Te importa si duermo en tu casa? Ahora mismo no me apetece estar sola. Esa gente ha matado a mi padre porque lo ha visto husmeando alrededor de la antigua casa de Antonila. A mí ya me relacionan contigo, si supieran que estoy sola en mi casa… No sé qué podría pasar.

—¿A qué te refieres?

—Quizá crean que mejor será eliminarme a mí también del mapa y asegurarse, así, de que no cometo ninguna estupidez, o intentando convencerte a ti para para que la hagas.

—Entiendo.

Vuelve a lloviznar mientras conduzco en dirección a mi casa.

—¿Crees en serio que si apagásemos la vela, esos vecinos correrían peligro?

—Sí, supongo.

—¿Qué podría pasarles?

Lucía niega con la cabeza.

—No lo sé, Nacho. Nadie lo sabe. Puede que no suceda nada. Pero Elvira goza de gran reputación, y todos conocemos los milagros que ha conseguido realizar. Hay algo en esa mujer que en verdad, da que pensar.

—Sí. Reconozco que transmite un halo de clarividencia que al menos, en mi caso, dio en el blanco.

Llegamos arriba de la loma y aparco donde siempre. La lluvia empieza a empapar el suelo y las gotas atraviesan mi pelo hasta tocar mi piel.

Entramos en casa y agradezco haber metido algún tronco más en la chimenea para evitar que el fuego se apagara. Al menos el calor de la

casa nos reconforta. Lucía parece al borde del derrumbe, se mueve lenta .

—¿Estás cansada? —le pregunto.

Ella se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de una silla. Asiente mientras camina hasta sentarse en la mecedora del pequeño salón.

—Puedes dormir en mi cama —le digo—. Yo lo haré en el sofá.

—No te preocupes. Yo me quedaré en el sofá.

Me río, porque por mucho que insista ella, no pienso consentirlo.

—Eres mi invitada, así que dormirás donde yo te diga. Y será en mi cama.

Ella tuerce una sonrisa.

—Muchas gracias, Nacho.

—Voy a comprobar la vela.

—Espera, voy contigo.

Nos asomamos a la habitación y vemos que todo está correcto. La llama refulge con fuerza. Quizá mañana por la noche me toque cambiar la vela. Lucía vuelve al salón y se acerca a la nevera.

—¿Por qué los vecinos no quieren entrar en la casa? ¿Por qué han tenido que buscar a un forastero para que se ocupe de la vela? —pregunto a Lucía.

—Creo que aquí dentro hay una amenaza implícita. Como si un halo de maldad los avisara del peligro que corren si se acercan.

—¿Y por qué nosotros no lo sentimos?

—Quizá porque no somos objetivo de la maldición.

—Sigo sin poder creer que si apagásemos la vela pudiera suceder algo físico, palpable, capaz de dañar a la gente, no sé.

—Pues entonces apágala y saldremos de dudas —suelta de repente Lucía.

Me quedo de pie junto a la mesa de la cocina, viendo cómo ella se sirve un vaso de agua fría y se apoya en la bancada, mirándome.

—No puedo hacer eso. El contrato que firmé me amenaza con pagar mucha pasta.

—Además, estoy segura de que si la apagamos, los vecinos se enterarán. Todo está ligado. La llama actúa como cerradura de un portal, supongo. Si esta se debilita, también lo hace la barrera que impide que suceda la maldición. Aunque reconozco que todo son conjeturas. Diría que esta casa es el foco del embrujo, así que quienes viven bajo la amenaza del juramento de Antonila, sienten su presencia conforme mengua la llama.

—El hecho de que no sintamos el peligro cuando la llama se debilita, será positivo, ¿no? —comento esperanzado.

—Eso creo, sí. De algún modo, gente como Ricardo, que es joven y no vivió aquella época, también podrían correr peligro si de algún

modo siguen colaborando para que Antonila no pueda ejecutar su venganza. La omisión convierte en cómplice, leí una vez.

No puedo evitar soltar una risilla nerviosa.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Lucía un tanto ofendida.

—Perdona. Pero es que todo esto que estás analizando… Sigo sin poderme creer que pudiera suceder algo así, joder. Es descabellado. Parece sacado de un cuento de campamento.

Lucía se encoje de hombros.

—Me estoy poniendo en el peor de los casos, en que la maldición exista. ¿Quién sabe?

—¿Y cómo podríamos terminar con ella? —pregunto confuso, de nuevo, aceptando la hipótesis de que la maldición sea real y posible.

—No hay otro camino que apagar la vela de una vez y ver qué pasa —sentencia Lucía—. Quizá tengas razón y esta brujería no sea más que una chorrada.

Niego con la cabeza. Me siento un cobarde.

—No puedo seguir con esto. Me tienen bien cogido.

Lucía se queda unos segundos pensativa.

10

—Ya lo tengo —dice ella chasqueando los dedos—. Diles que necesitas revisar el contrato. Que hay algún punto que no tienes claro, y a cambio, fortalecerás más tu implicación firmando una cifra más alta con respecto al incumplimiento del acuerdo, como muestra de responsabilidad y de compromiso.

Lo pienso por un momento.

—No sé si me creerán.

—¿Con quién has negociado todo esto?

—Con un abogado llamado Pedro Ulloa.

—Pues llámale, y preséntale el cambio. Así podrás acceder al contrato y romperlo delante de sus narices.

Sonrío.

—Muy fácil lo pintas.

Ella se lleva la mano a la cabeza y se frota los ojos.

—Vámonos a dormir —le digo—. Estoy sufriendo de verte tan agotada. Ya continuamos con esto mañana.

Me acerco a ella, incapaz de mantener la distancia. Lucía me gusta mucho. Le cojo las manos y le dedico una cálida sonrisa.

—Siento haber sido tan dura y fría contigo —me dice.

—Tranquila. Conociendo lo que habéis sufrido en este pueblo, no me extraña que te mantuvieras a la defensiva.

Ella me sonríe y para mi sorpresa, me abraza. Al apartarse me besa en la mejilla. Un beso dulce, tan suave, que me eriza la piel. Giro ligeramente la cabeza dejando mis labios a un centímetro de los suyos. Puedo verlos, y me parecen perfectos. Antes de acercarme a ellos, lo hace Lucía, y me besa.

Jamás pensé que el roce de unos labios pudiera transmitir tanta calidez, y la sensación de encontrarme donde debo estar. Siento una conjunción con Lucía que creo no haber experimentado antes con otra persona, ni siquiera con Silvia, cuando todo nos iba bien. Me aparto de sus labios y la miro. Sus ojos vivaces y su nariz recta me hipnotizan de nuevo. En cuanto vuelve a sonreír me siento el hombre más afortunado del mundo. Ahora sí me siento capaz de dejar atrás todo: mis inexistentes expectativas de futuro, mi familia y mis amigos, todo. Volvemos a besarnos y esta vez, aumenta la pasión. Ella tira de mi jersey y yo la ayudo levantando mis brazos. Hago lo mismo con su ropa. Yo mismo me desabrocho los pantalones. Sin embargo, me detengo de repente cuando llaman a la puerta.

Lucía se aparta de mí, como sacada de un trance. Veo la frustración en su cara.

—¿Quién llama, joder? —pregunto sin poder contener mi fastidio.

Miro la hora y descubro que ya son las dos de la madrugada. Vuelvo a vestirme mientras Lucía se esconde en mi habitación. Al abrir me encuentro frente a Tomás y el cura don Fernando. El primero sujeta una escopeta. Por cómo me mira, tengo la sensación de que solo viene de acompañante. Y para confirmar mi suposición, es don Fernando quien habla.

—¿Todavía estás despierto, Nacho?

—Sí. Me está costando dormir —miento—. Han sido muchas emociones.

—Ya. ¿Está aquí Lucía?

—¿Qué os importa a vosotros?

Tomás intenta asomarse por encima de mi hombro. Me aparto con una sonrisa pícara.

—Tranquilo, estás en tu casa —le digo—. Pasa y compruébalo tú mismo.

Don Fernando lo mira. Pero Tomás aprieta los labios. Tiene miedo.

—¿Por qué no entras, Tomas? —insisto—. ¿Qué relación tuviste con Antonila que no te atreves a pisar dentro de la casa?

El nombre pone en tensión a mis visitantes.

—Ten cuidado con lo que puedas decir, Nacho —me amenaza don Fernando.

Veo otra silueta tras ellos, vigilando a unos diez metros, entre las sombras de la noche.

—Cada día que pasa más gente estáis en el ajo —les digo, sintiéndome protegido dentro de casa.

Tomás se tensa, los nudillos de sus dedos se han blanquecido mientras aprieta cada vez más su arma.

—Ya habéis matado a mi padre. Estaría bien que me dejaseis en paz de una vez. —Oigo la voz de Lucía detrás de mí. Me vuelvo para verla asomada desde mi habitación.

—No deberías estar aquí —protesta don Fernando.

—¿Y dónde debería estar?

Don Fernando da un paso hacia mí, pero se detiene justo al ver a Lucía abrir la puerta de la habitación donde se encuentra la vela.

—Si entras, juro que la apago —amenaza.

En sus ojos veo determinación, estoy seguro de que cumplirá la advertencia.

Al instante, Fernando retrocede y les cierro la puerta en las narices.

Me vuelvo todavía nervioso hacia Lucía. Ella también procura recuperar la compostura soltando un largo suspiro. Se apoya en la pared del pasillo. Me acerco a ella.

—¿Qué querrán ahora? —le pregunto.

—Supongo que asegurarse de que no te estoy influenciando para

que apagues la vela. Entrar en la casa les produce un malestar insoportable, como hemos podido comprobar.

—No sé si hay algo real en todo esto, pero la verdad es que he vivido momentos perturbadores en esta casa —digo mientras me asomo por las ventanas del salón—, y los vecinos están muy preocupados. Todo parece una broma de mal gusto, la verdad. Están pululando por ahí fuera.

—Tienes que llamar a Pedro Ulloa mañana por la mañana, Nacho. Hay que terminar con esto de una vez —me suplica Lucía.

—Lo sé.

Ni ella ni yo podemos aguantar más despiertos. Ha desaparecido la magia que había nacido entre nosotros minutos antes cuando nos besábamos, resultaría incómodo retomar ese momento ahora, así que me despido y me acuesto en el sofá mirando el fuego de la chimenea. A pesar de la montaña rusa de emociones experimentadas a lo largo del día, las danzantes llamas hacen divagar mis pensamientos y relajan mi mente hasta que me duermo.

11

Me despierto con el brazo derecho dormido. Tengo a Lucía acostada a mi lado. Huelo su pelo, su cuerpo, y estoy encantado.
A las cinco de la mañana ha venido al sofá y me ha despertado de un modo que jamás lo había hecho nadie antes. Ni siquiera ha hecho falta hablar. Hemos hecho el amor sin preámbulos, decididos. Conforme he conocido sus intimidades más atraído me he sentido, y por su respuesta al verme desnudo, juraría que el deseo ha sido mutuo. Puedo decir ahora mismo que la amo. Quiero estar siempre con ella. Es una mujer increíble.

A pesar del dolor del brazo, sigo un rato más acostado, complacido por cómo hemos terminado la noche. Sé que hay temas mucho más apremiantes que tratar, pero me da igual.
Finalmente miro la hora: las nueve y cuarto de la mañana. La manta que nos cubre no nos aísla del frío de fuera. La chimenea se encuentra bajo mínimos y ya no transmite nada de calor. Me levanto con cuidado de no despertarla y voy directo a la ducha.

No me importa el rato que estoy bajo el chorro de agua caliente, este momento me lo merezco, es tan reconfortante… Salgo vestido, y para mi sorpresa, escucho ruido en la cocina. Supongo que Lucía ya se ha despertado y prepara la mesa para el desayuno. Me asomo con una sonrisa. Entonces un frío existencial recorre mi cuerpo. Me quedo de pie, inmóvil.

Frente a mí contemplo la mesa destrozada, cubiertos por el suelo, la comida sacada de las despensas, la fruta espachurrada en el suelo.

Me vuelvo hacia el sofá y veo que Lucía no está. Voy a llamarla cuando me la encuentro sentada en el suelo, pegada a un rincón de la casa abrazándose las rodillas. Su expresión aterrada contrasta con la que me ha mostrado haciendo el amor. No parece la misma persona. Veo un miedo descontrolado en su rostro.

No necesito preguntarle para saber qué está pasando. Me vuelvo hacia la habitación de la vela y entonces lo entiendo todo. Está apagada.

Oigo pasos, pero no vienen del salón. No son de Lucía. Me asomo hacia mi habitación pero no veo nada.

—Está aquí —dice Lucía desde su rincón.

Salgo y voy hasta ella. Todavía sigue con ropa interior, pero sé que sus temblores no son por el frío que pueda sentir. Y eso me preocupa.

—Está aquí —vuelve a decir aterrada.

No sé qué decirle. Así que intento ponerla en pie.

—Tenemos que irnos, Lucía.

—Nos encontrará.

Tiro de ella con fuerza hasta que consigo alzarla. A pesar del miedo que sentimos, Lucía se viste rápido sin dejar de mirar a su alrededor. Escucho puertas abrirse y cerrarse. Las sillas se arrastran, y el frío se vuelve insoportable.

—¿A dónde vamos? —me pregunta Lucía—. Yo no tengo nada más que Santisoña.

—Pero yo no. Te vienes conmigo a Salamanca. Allí tengo amigos y familia. Mi hermana nos ayudará.

Salimos de la casa con lo mínimo, directos al coche. Pero entonces nos encontramos de frente con al menos veinte ancianos armados. Están todos los que he conocido hasta hoy y otros más. El cura Fernando se encuentra entre ellos, vestido con la toga y acompañado por dos hombres ataviados con sobrepelliz y ciriales. Incluso algunas mujeres los acompañan. Todos van armados con escopetas y cuchillos y vienen directos hacia nosotros.

12

Lucía y yo nos detenemos, sin saber cómo reaccionar. La escena me recuerda a esas películas donde los vecinos se reúnen llevando consigo todo tipo de armas rudimentarias para dar caza al ogro. En este caso, nosotros.

Distingo por delante a Tomás, Julio, el joven Ricardo, a Elodia la panadera y varias mujeres junto a ella. El cura don Fernando encabeza la marcha. El grupo se detiene frente a nosotros, dedicándonos miradas enojadas.

—Has incumplido el contrato —dice don Fernando.

No tengo más remedio que asentir con la cabeza.

—Nos acabas de arruinar la vida a todos.

—Yo diría que por fin vais a pagar por lo que le hicisteis a Antonila —salta Lucía desafiante.

Se oyen murmullos entre los presentes.

—Tú no te metas, zorra —suelta Tomás—. Al parecer matamos a la persona equivocada. Debimos abrirte la cabeza a ti.

Lucía se lanza contra él, pero la detengo justo antes de que sus manos lo alcancen. Tomás levanta la escopeta y nos apunta con ella. Le tiemblan las manos.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lucía con una sonrisa desafiante—. ¿Tenéis miedo? Antonila ya está aquí, y no hay barreras que la detengan.

La gente comienza a compartir miradas inquietas, como si la amenaza se hubiera mezclado entre ellos.

—Han ido a buscar a la bruja Elvira —dice el cura—. Si Antonila no nos ha hecho nada todavía es que no es lo suficientemente fuerte. Parece mentira, Nacho —añade encarándose a mí—, que sabiendo lo que firmaste, hayas sido capaz de apagar la vela.

—Yo no he apagado nada. Puede que una corriente de viento lo hiciera —me defiendo.

—De eso nada. Las ventanas siguen cerradas —protesta el joven Ricardo—. No creo que en plena madrugada, a menos de cinco grados de temperatura, hayas abierto la casa para ventilarla.

—No lo hice. Estaba durm…

Entonces me vuelvo hacia Lucía. Ella, que me está mirando, aparta la vista.

—¿Has sido tú? —le digo. No responde. Tiro de su brazo y la fuerzo para que me mire —¿Por qué? Habíamos hablado de renovar el contrato primero para protegerme.

Don Fernando ríe.

—Parece que te ha utilizado. Lleváoslos de aquí.

Encañonados por las escopetas, Tomás y varios hombres más nos invitan a alejarnos de la casa. Los demás se quedan mientras el cura da órdenes de rodear la propiedad.

—¡Esperad! —salta Elodia la panadera—. ¿Por qué Nacho no vuelve dentro y enciende la vela de nuevo? Quizá todo vuelva a restablecerse.

—La bruja fue clara. Si la vela se apaga, no habrá vuelta atrás —dice Tomás.

—Puede que estuviera equivocada. No cuesta nada intentarlo.

Las voces no tardan en protestar, nadie quiere acercarse a la casa.

—Que la encienda Nacho —me señala una mujer que se encuentra al lado de Elodia—. Él estaba dentro hace un momento y no ha sufrido daños.

—Ricardo, acompáñalo —ordena el cura al chico.

—¿Por qué yo? —protesta este.

—Tu padre ya murió, y no creo que la maldición pase de padres a hijos.

El chico protesta varios segundos más, señalando a otros vecinos que según su criterio, son más apropiados para llevar a cabo el plan. Pero no consigue nada más que acrecentar la decisión tomada.

Me lleva por delante, con el cañón de su escopeta pegado a mi espalda. Miro a Lucía con la intención de que se sienta culpable por haber propiciado esta mierda de situación. Mueve los labios pronunciando un silencioso «lo siento».

Nos dirigimos a la casa. Abro y observo el interior en penumbra, a pesar de que son casi las once de la mañana. Miro también a Ricardo, que observa el interior con la congoja pintada en su rostro. Sin más, me meto en el salón y escucho los pasos apresurados de Ricardo siguiéndome.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta al ver parte de la vajilla, los cubiertos y las sillas por el suelo. Hace un frío intenso, más incluso que fuera.

El vahó sale de mi boca al respirar. Estoy seguro de que aquí dentro no llegamos ni siquiera a los menos diez grados. El rostro de Ricardo está desencajado, parece no saber ni qué hacemos aquí dentro. Me acerco a la habitación donde se encuentra la vela. Es la zona más fría de la casa, y con diferencia. Estoy seguro de que si escupiera contra una de las paredes, la saliva se congelaría en pleno vuelo.

Escuchamos un correteo en mi habitación, que permanece con la puerta cerrada. Ricardo se altera y apunta con la escopeta.

—¿Quién hay ahí? —pregunta levantando la voz.

Desde la entrada, varios vecinos nos observan, sin atreverse a entrar.

—Venid —los llama Ricardo con voz temblorosa.

—Tranquilo —responde un anciano de ojos casi cerrados por las arrugas—. No hay nadie.

De pronto, la puerta de entrada se cierra con fuerza. El sonido nos sobresalta a mí y a Ricardo que, por un momento, temo que se le dispare el arma que apunta a mi espalda. Mi corazón se acelera como un caballo desbocado. Ricardo desvía el cañón del arma hacia la puerta, pero no vemos a nadie.

—Joder, mierda —dice con un sollozo.

Yo también estoy asustado. No sé qué está pasando.

—¿Dónde está? —pregunta el chico.

Aunque Lucía y yo buscábamos el momento para apagar la vela, ahora mismo sólo desearía que estuviera encendida. Siento algo muy perturbador, un miedo existencial y primitivo que va más allá de cualquier raciocinio.

Una esquina del salón, a la derecha del sofá, se ha ensombrecido por completo. Ricardo no parece ser consciente de ello, sigue apuntando a ningún sitio mientras camina lento hacia la puerta cerrada. Cuando llega hasta ella, intenta abrirla, pero aunque el picaporte se mueve con normalidad, algo sujeta la hoja e impide que se mueva.

—¡Abrid, por favor! —grita el chico.

Pero creo que ambos sabemos que el impedimento no viene de fuera, sino de dentro.

—¡Tomás, no tiene gracia! ¡Abrid! —insiste Ricardo.

De pronto, un sonido metálico y agudo a la vez nos obliga a volvernos hacia las sombras.

Al principio no distingo nada, hasta que oigo la voz de Ricardo.

—No puede ser. ¿Qué es eso? —pregunta aterrado.

Me fijo y veo formarse una silueta oscura, idéntica a la que vi la otra mañana observándome desde el umbral de mi habitación. Es la figura de una mujer, pero no distingo su rostro. No sé qué viste porque es como una proyección de la propia oscuridad.

De nuevo, mi corazón a punto está de salírseme del pecho cuando Ricardo dispara.

Oigo gritos fuera. Están preguntando qué sucede. Como era de esperar, el disparo no ha frenado a la figura que sigue avanzando hacia nosotros. Mi respiración se acelera, jamás he sentido este miedo. Ni siquiera pienso en alejarme de ella, consciente de que no hay escapatoria.

—Yo no he hecho nada —llora Ricardo volviendo a apuntar a la figura.

Le tiemblan demasiado las manos. Un chillido que suena como a freno de tren antiguo y el de un ave rapaz enfurecida juntos, se adentra en nuestra mente sumiéndonos en una terrorífica desesperación. La figura acelera y se lanza sobre Ricardo. El chico cae al suelo gritando de miedo y dolor. Contemplo la dantesca escena completamente paralizado. La figura ha envuelto a Ricardo y se me hiela la sangre al ver cómo le despelleja el rostro y le rompe los huesos de las articulaciones. Ricardo no deja de gritar de dolor. Suplico a la figura que pare, pero esta me ignora hasta asegurarse, segundos después, de haber matado al chico.

Estoy jadeando, las piernas casi no me sujetan. Poco a poco, la figura se endereza y se me acerca. Voy a morir. Vine a Santisoña para encontrarme a mí mismo y vivir una nueva vida, e irónicamente, me topo la muerte.

Veo un rostro que se asoma por debajo del cabello negro y enmarañado de la mujer, si es que se la puede llamar así. Distingo dos ojos profundos, de iris ligeramente rojizos y los globos oculares inyectados en sangre. Huele a rancio, a podrido.

—Vete —dice la figura con una voz rota y desgarrada. A pesar de la orden, no me muevo. Temo que se me abalance como al pobre Ricardo—. Vete o sufrirás —señala con un brazo esquelético la puerta de entrada.

Finalmente me alejo sin dejar de mirarla. Justo antes de salir, veo que esa cosa se vuelve y empieza a devorar el cuerpo de Ricardo.

Al salir cierro la puerta y corro hacia Lucía, con los ojos de todos los vecinos observándome.

—¿Qué le ha pasado a Ricardo? —pregunta una mujer encogida.

Niego con la cabeza.

—¡Mi hijo! —rompe a llorar la mujer.

Don Fernando se me acerca seguido de Tomás y algunos otros.

—¿Qué hay ahí dentro? —me pregunta el cura.

—Un demonio.

Nadie se atreve a entrar en la casa. Elodia sujeta a la madre de Ricardo, que protesta por rescatar a su hijo.

La gente me mira esperando más aclaraciones, pero sigo en shock, no puedo concebir lo que he visto ahí dentro. De pronto, don Fernando ordena regresar al pueblo a todo el mundo.

—¡A mi iglesia! —dice en voz alta, lanzando furtivas miradas a la casa.

—¡Mi hijo está ahí dentro! —protesta la madre de Ricardo. Elodia sigue sujetándola, pidiéndole que no entre. Pero la madre acaba zafándose del agarre y se aleja del grupo. La veo entrar en mi casa, y acto seguido, sus gritos inundan la loma. Inquietos, todos compartimos miradas aterradas, pero entonces, la mujer sale

apoyándose de la pared, llorando desconsolada.

—Está destrozado —grita. Me señala—. Has sido tú, forastero. Ahí no ha entrado nadie, sólo tú.

La gente empieza a mirarme desconfiada .

—Es cierto —dice un anciano—. Nadie ha visto nada, y tú eres el único que se ha metido ahí dentro con Ricardo.

Miro a Lucía, y para mi alivio, ella no parece pensar lo mismo, de hecho, se me ha acercado.

—Carmen, ¿qué has visto? —pregunta un vecino a la madre de Ricardo.

—A mi hijo —sigue llorando—. Le han arrancado la piel del rostro, y le han roto los huesos de los dedos, y las extremidades. Está medio devorado. —Se echa en brazos de Elodia y llora desconsolada.

—¿Tú has visto algo más? —me pregunta Tomás.

Ese hombre, cada vez que se me acerca siento que me va a soltar un puñetazo. Su porte es amenazante, y también el tono de su voz.

—Algo oscuro. Una mujer, creo —respondo.

—Es ella —señala un vecino—. Antonila.

—Por supuesto que lo es —dice don Fernando—. ¡Vamos a la iglesia! Si es un demonio, allí no podrá entrar.

Parece una conclusión lógica, así que todos lo seguimos.

Lucía y yo nos hemos apartado a un lado del grupo. Como desconfían de ambos, nos han dejado bastante solos.

Veo en la expresión de Lucía que tiene preguntas, aunque yo también y me adelanto.

—¿Por qué has apagado la vela sin decírmelo?

—No podía esperar más, Nacho. Estos cabrones han matado a mi padre, y estaban desconfiando demasiado de nosotros. Al juntarnos, estoy segura de que pensaban que yo iba a incitarte a hacerlo.

—Pero me has metido en un problema del que no puedo salir —protesto—. El contrato tenía cláusulas muy perjudiciales para mí si lo incumplía. Y lo he hecho gracias a ti.

—Ya veremos si en el futuro se cumple algo de ese contrato manipulado por esta chusma.

Siento el odio de Lucía hacia sus propios vecinos. La entiendo. A cualquiera que matara a mi padre, lo justo sería que lo pagara con la misma moneda. Ojo por ojo, diente por diente.

Ya hemos entrado en el pueblo. Don Fernando parece nervioso. No deja de echar furtivas miradas a nuestras espaldas. El camino hasta mi casa está vacío. Al parecer esa cosa no nos ha seguido. De hecho, ahora mismo me resulta difícil pensar que lo que he visto hace un momento haya sucedido.

Tiro sutilmente del brazo de Lucía y nos apartamos un poco más

del grupo.

—¿Por qué quieren que vayamos con ellos? —pregunto.

—Ni idea. Oye, Nacho. He querido preguntártelo desde que nos hemos alejado de tu casa. ¿Qué ha ocurrido con Ricardo?

—Ha aparecido algo desde un rincón del salón, y ha ido directamente a por Ricardo. Lo ha destrozado.

—¿Antonila?

—No lo sé. Y es la pura vedad. Lo que sí tengo claro es que de humano, no tenía nada. Es imposible que esa criatura sea una persona como tú o como yo.

—¿Y qué es entonces? —insiste Lucía.

—Mantengo lo que he dicho antes, un demonio. Huele a podrido y devora personas. Joder, no me creo que esté diciendo esto, pero es que lo he visto.

—¿Y por qué no te ha matado a ti también?

—No lo sé. Pero he tenido la sensación de que no ha dudado en su decisión. No me ha matado porque no le interesaba, no era su objetivo. No creo que haya sido por haberle caído bien.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Tomás acercándose.

Parece nervioso, aunque menos que otros vecinos. A pocos metros detrás de nosotros, la madre de Fernando sigue llorando desconsolada. Repite que su hijo no ha hecho nada. Y en verdad, diría que tiene razón.

En cuanto Tomás vuelve a alejarse, se lo pregunto a Lucía.

—¿Por qué habrá matado a Ricardo? Era joven, no coincidió con Antonila.

—No lo sé. Supongo que el hecho de haber colaborado con esta gente en lo que a mantener la vela encendida se refiere, Antonila lo habrá señalado como uno más de sus enemigos.

—¿Un espíritu es capaz de discernir entre esos detalles? Joder.

Don Fernando se nos acerca seguido por Tomás, otros dos hombres más y una mujer de unos sesenta años.

—Descríbeme, con pelos y señales, lo que has visto dentro de la casa.

No es una petición, sino un mandato, y no me gusta su tono. Pero me trago el orgullo y respondo.

Vuelvo a narrar todo lo acontecido, y recordándolo, vuelve a invadirme el miedo. Sigo muy asustado, aterrado, más bien. No quiero volver a toparme con esa cosa, y si para ellos tengo que unirme a esta gente, lo haré.

Mientras informo de mi vivencia, Lucía permanece en silencio, atenta también a mi narración. Cuando termino, don Fernando niega con la cabeza.

—Es un demonio.

—¿Ha visto uno alguna vez? —le pregunto.

Él me dirige una mirada ceñuda bajo sus gafas cuadradas.

—El mundo está lleno de ellos, Nacho. Muchas de las muertes sucedidas por causas extrañas son producidas por demonios. Que no te quepa duda.

Pues sí que me caben dudas ante esa afirmación tan abstracta. Qué suerte que la Iglesia no tenga el poder que poseía en el medievo, con la Santa Inquisición en pleno auge.

Veo el rostro enojado de Lucía. Va a hablar, y por su expresión, no va a decir nada bueno de esta gente. Así que me la llevo de allí mientras digo:

—Creo que necesitamos descansar. ¿Os importa que sigamos luego?

Don Fernando levanta la mirada y señala enfrente, hacia la iglesia, que ya aparece ante nosotros.

—Hablemos dentro.

Una vez en el interior, el cura nos forma en semicírculo y él se queda en el centro.

—Antonila ha aparecido, amigos míos —nos dice con tono de sermón—. Lo que parecía que íbamos a evitar a toda costa, ha acabado sucediendo. Todos los aquí presentes conocemos la finalidad de esta presencia.

—Debimos haberla encerrado cuando matamos a su padre —dice Tomás mirando a Lucía con odio.

Ella le lanza una sonrisa burlona .

—¿Qué pasa? ¿Te arrepientes de algo? Pues no haber abusado de Antonila, que sois unos enfermos —dice desafiante.

La mirada de Tomás echa chispas.

—¿Por qué no viene a por nosotros? —pregunta una mujer.

De pronto, todos me miran, esperando que yo responda.

—Y yo qué sé —digo encogiéndome de hombros.

—Puede que todavía esté devorando el cuerpo de Ricardo —dice alguien.

—Si nada más matar a Ricardo lo ha devorado, es porque necesita fortalecerse —concluye don Fernando—. Todavía está débil.

—Entonces no debimos de habernos marchado, padre —protesta Tomás—. Podríamos haberla matado antes de que recuperar fuerzas.

—¿Y cómo se mata a un espíritu? —pregunta otro anciano.

—No os preocupéis —dice el cura—. Como demonio que es, no podrá entrar en la iglesia.

Dicho esto, don Fernando ordena a tres personas que lo ayuden a encender velas, todas las que puedan encontrar, y mientras lo hacen, rezan a Dios. Veo a Lucía negar con la cabeza.

—Hay algo que no me encaja —dice.

—¿A qué te refieres?

—Don Fernando insiste en que ese espíritu es un demonio, pero no creo que lo sea.

—¿Y qué es entonces, un ángel?

Ella se encoje de hombros y dice:

—Antonila es la víctima. Puede que esa cosa haya matado y devorado a Ricardo, pero al fin y al cabo se está vengando.

Lucía levanta la cabeza y susurra en voz muy baja.

—Son ellos los demonios. La iglesia no impedirá que el espíritu entre.

Aquella reflexión me deja perplejo, porque tiene todo el sentido del mundo.

Han pasado casi tres horas. Todos estamos hambrientos, teniendo en cuenta que Lucía y yo hemos salido de casa sin desayunar. Son las doce y cuarto de la mañana, y seguimos encerrados en la iglesia. Nadie tiene planes.

Don Fernando aparece con la cara completamente pálida bajo sus gafas de cristales rectangulares.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Elodia.

—La curandera ha muerto.

Un silencio recorre la parte central de la iglesia, donde nos encontramos sentados en los bancos. Varios ancianos que permanecen de pie vigilantes se acercan.

—¿La han matado? —pregunta alguien.

—No. La han encontrado muerta, con una sonrisa marcando su cara.

Lucía y yo compartimos una mirada extrañada. Ella me agarra del brazo y dice:

—Estoy agotada. Necesito tumbarme, Nacho.

Me ha guiñado un ojo. Así que le sigo el juego y nos retiramos hacia un banco de la entrada.

A solas, ella me abraza y me besa en la mejilla.

—Te echaba de menos —me dice.

A pesar de la situación, me río.

—Pero si no nos hemos separado.

—Ya me entiendes. Estar con esta gente hace que me sienta como un ratón rodeado de gatos.

Cuando apoya su cabeza en mi pecho, vuelve a levantarla al instante.

—Estás muy nervioso, ¿Qué ocurre? —dice preocupada.

Estoy a punto de responderle que no pasa nada, que todo va bien. Pero no es cierto. Quiero ser sincero con ella.

—No quiero volver a ver a esa cosa, Lucía. Jamás había visto una mirada que albergara tanto odio, tanta… ¿maldad? No, no era

maldad, o sí. No sé, puede que solo fuera odio, pero muy primitivo, muy visceral.

Ella me masajea el hombro.

—Tranquilo. Ya has estado con ella solo y sigues vivo. Estás a salvo.

De pronto, recuerdo que todavía guardo mi móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo que ir al baño —le digo a Lucía.

Ella asiente, aunque su expresión parece intranquila.

—¿Te acompaño? —me pregunta .

—No, tranquila.

—Vale. Pero mantente alerta, gritaré si saltan las alarmas.

El baño está alejado de la cámara principal, donde se agrupan los vecinos. Recorro un estrecho pasillo frío con suelo de mármol y encuentro la puerta que me han indicado.

Entro y me encierro pasando el pestillo.

No dudo en sacar mi teléfono y buscar el contacto de mi madre. Pero tras varios pitidos, no descuelga. Lo intento con mi padre, y tampoco. Deben de estar juntos y como siempre, se habrán dejado los móviles en cualquier sitio. Llamo a mi hermana, pero antes de que pueda hablarle me dice que me llamará luego, que está en una reunión.

Sólo me queda alguien a quien acudir. Llamo mientras suplico en susurros que me coja la llamada.

—¡Nacho! —exclama mi amigo. Por fin te dignas en llamarme. ¿Cómo te va por allí?

—Hola Chema, ¿puedes hablar?

—Sí. Dime.

Doy un largo suspiro y siento cómo el aire sale entrecortado de mi boca debido a la fuerza con la que palpita mi corazón.

—Tengo que ser rápido. Está pasando algo muy chungo, tío.

—¿De qué hablas? ¿Va todo bien, Nacho?

—No, no va bien. Oye, escucha. Solo quiero que le digas a mi familia que he encontrado lo que buscaba.

—¿A qué te refieres? ¿Y por qué hablas tan bajo?

—No hay tiempo, Chema. Escucha, por favor.

—Vale.

—He encontrado a alguien, y me gusta. Creo que la quiero. Pero seguramente, va a pasar algo aquí y no creo que pueda volver jamás a Salamanca.

Chema se ha quedado en silencio.

—¿De qué coño estás hablando, Nacho? ¿Qué pasa, joder?

—No me creerías, Chema. Pero de todos modos ya es tarde. Solo quiero que sepas que has sido un amigo excelente estos últimos años,

y también necesito que me asegures que le dirás a mi familia que la quiero, los quiero a todos. Dales un fuerte abrazo de mi parte .

—¿Llamo a la policía?

—No servirá de nada —respondo resignado.

—Pues voy para allá.

—No, no vengas. Correrías peligro. No te preocupes, Chema. Está bien así.

Y cuelgo.

Siento un nudo en la garganta. Sé que cabe la posibilidad de salir vivo de esta. Puede entre todos consigan matar a esa cosa si al final entra en la iglesia. O lo contrario, que esta mate a quien sea su objetivo y Lucía y yo salgamos ilesos. Pero sería mucha casualidad que sucediera algo así. Por si acaso, ya me he despedido.

Salgo del baño y me encuentro de frente con el anciano que me ha indicado dónde estaba el baño.

—Ya era hora —me dice.

Me aparta y entra él, encerrándose también.

Me alejo pensativo y regreso a la cámara central. Levanto la cabeza y veo al cura don Fernando sentado junto a Lucía. Ella parece intimidada. Me apresuro hasta llegar a ellos.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Lucía no dice nada. Así que es don Fernando quien me habla.

—Le estoy diciendo que sois vosotros quienes podéis salvarnos.

—¿Y eso por qué?

—Antonila no te ha hecho daño.

—Puede que ahora me lo haga.

El cura niega. La gente se está acercando, interesada por la conversación.

—No. Creo que no —dice don Fernando.

Sonrío. Me estoy imaginando que esto es una partida de ajedrez y quiere arrinconar a mi rey.

—Dime, don Fernando ¿Por qué no nos hará daño a nosotros? —Juguemos pues.

Le cuesta responder. Y ahora, el jaque mate.

—Yo os lo diré. Porque nosotros —nos señalo a mí y a Lucía— no le hicimos ningún daño. En cambio, todos los aquí presentes estáis involucrados directa, o indirectamente en la tortura que sufrió Antonila, por eso os ha estado obsesionando la vela. Era la única cerradura que mantenía a ese espíritu, demonio, o lo que sea, encerrado.

Don Fernando se levanta enojado.

—¿Y qué? Ya hemos expirado nuestros pecados. Rezamos por su alma y pedimos perdón a Dios.

Me entra la risa. Es Lucía la que interviene.

—¿Creéis que pedir perdón de un modo tan egoísta os salvará? —pregunta ella tensando su cuerpo—. Ese espíritu no es ningún demonio, pero vosotros sí.

—Yo veo algo muy claro, don Fernando —digo—. Esa… alma ha venido para asegurarse de que pagáis por el dolor que le causasteis en vida.

—Por favor —interviene el hombre alto con boina que vi en la cafetería—, si podéis pararle los pies, hacedlo, Nacho. Si ese demonio nos mata, Santisoña se quedará vacía.

—Mi hijo era inocente —protesta llorando la madre de Ricardo.

Las imágenes de la cosa matando al chico vuelven a mi mente con toda su fuerza. Me quedo unos segundos paralizado.

—Nacho, ¿estás bien? —me pregunta Lucía.

Salgo de mis recuerdos y asiento. Miro a la madre de Ricardo.

—Oiga, señora. Siento lo de su hijo, pero nosotros no tenemos ni idea de lo que pretende ese espíritu. Le he visto los ojos, y les juro que no quiero volver a llamar su atención.

—Pero podrías salvarnos —insiste Tomás.

Ese hombre es una parodia del bravucón que he conocido hasta ahora. No le tengo ningún aprecio.

—Que os den —suelta Lucía.

—No estáis en condiciones de decidir si nos ayudáis o no —suelta Tomás de repente, recuperando parte de la chulería que le caracteriza. Levanta su arma y apunta hacia nosotros—. Vais a pedirle al demonio que se marche, u os vuelo la puta cabeza.

—Todo fue por culpa de esa sanadora —dice una mujer al lado de Elodia—. Accedió a la petición de Antonila y no sé qué magia negra realizó que le ha permitido volver para atormentarnos.

Nadie parece interesado en el comentario, pero sí en la escopeta que nos apunta. De pronto, alguien se asoma desde el exterior y grita:

—¡Está aquí !

Tomás señala a algunos vecinos y juntos salen a toda prisa de la iglesia. Lucía y yo echamos a correr detrás.

Al asomarnos, vuelvo a sentir el mismo frío existencial que me ha envuelto esta mañana. Siempre me he imaginado las situaciones de terror con escenas nocturnas; todo oscuro, sin poder discernir la realidad de una imaginación distorsionada por la falta de visión. Pero esta vez sucede de otro modo. En medio de la calle, a la luz del día apagado, como flotando a medio palmo del asfalto, se acerca una figura negra y difusa. Entre exclamaciones, Tomás y otros vecinos toman la iniciativa y se sitúan delante del grupo. Apoyan la rodilla en el suelo y disparan sus escopetas. El sonido es ensordecedor. La figura, vestida con telas negras y el cabello encrespado tapando su rostro, se acerca inexorable, ajena a los efectos de los perdigones.

—No le hacemos nada —solloza un vecino que superará los setenta años.

Tomás vuelve a disparar mientras don Fernando y otros rezan sin descanso: «Padre nuestro, que estás en los cielos…»

La escena no puede resultar más surrealista. Veo el rostro preocupado de Lucía. Me agarra la mano.

—Vamos a morir todos —dice asustada.

No sé qué responder a eso. Porque he sido testigo de lo que puede hacer esa cosa, y sé que si desea matarnos, no podremos impedírselo.

—Tranquila.

Vaya mierda de consuelo se me ha ocurrido, pero juro que no sé qué decirle.

—Vosotros —nos dice el cura abandonando el rezo—. Poneos delante e intentan hablarle. —Dicho esto, indica a todos los demás que lo acompañen al interior de la iglesia.

En cuanto Lucía y yo procuramos seguirlos, los vecinos que llevan escopeta nos apuntan con ella.

—¿Qué hacéis? —pregunto esperando un tiro en cualquier momento.

—Quedaos aquí fuera. Convencedla de que se vaya a tomar vientos y nos deje en paz —dice Tomás—. Vosotros sois los responsables de que se apagase la vela.

—Eso es injusto —protesta Lucía—. Fuisteis vosotros quienes la torturasteis y le hicisteis todo tipo de salvajadas. De haberla tratado bien…

—Cállate, joder. Y convéncela para que se marche o te mataré, lo juro.

Dicho esto, las puertas de la iglesia se cierran, dejándonos a Lucía y a mí, a merced de esa cosa.

Por un momento siento que es la muerte personificada. Hasta la fecha, jamás había visto algo tan aterrador, superando cualquier imagen de las películas más terroríficas. Se encuentra a quince metros de distancia y su aura nos alcanza, inundándonos de desesperación y miedo. Vuelve el olor a podrido.

—Antonila, ¿Eres tú? —pregunta Lucía con un hilo de voz.

La figura sigue acercándose. Los vecinos han cerrado con llave las puertas de hierro que dan acceso al patio delantero de la iglesia. Nosotros permanecemos detrás de ellas.

Unas manos esqueléticas con la piel necrosada asoman de la figura y agarran los barrotes de las puertas. Los abren con una facilidad inusitada. Tanto Lucía como yo retrocedemos instintivamente.

—Antonila, por favor. Soy la hija de Herminio. No nos hagas daño, por favor.

De pronto, la figura se detiene y gira lenta la cabeza hacia Lucía.

De algún modo sé que esa criatura no está viva, al menos, no como lo estamos nosotros. Es como si se encontrase en un limbo entre la vida y la muerte. El hedor que desprende es insoportable. Mi estómago amaga con vomitar, lo que me obliga a cerrar la boca y cubrirme la nariz.

—No… hay… perdón.

Veo cómo Lucía palidece y sus piernas pierden fuerza hasta que no son capaces de sujetarla hasta caer sentada en el suelo.

Ha hablado. Esa criatura ha hablado. Su voz carece de tono, de personalidad. Es apagada, rasgada, como sacada sin la intervención de la fuerza del propio cuerpo. Tampoco tiene nada de femenina, ni de masculina. Es el tono más extraño que he oído en mi vida.

—¡Convencedla! —escuchamos la voz de Tomás al otro lado de la puerta.

—No les hagas daño, Antonila —digo de pronto, con la sola intención de que la cosa aparte la mirada de Lucía .

Se vuelve hacia mí. Otra vez esos ojos de pupilas dilatadas inyectados en sangre. Veo la piel ennegrecida bajo cabellos semejantes a un estropajo sucio.

He pronunciado esa petición sin pensar. Cuando los ojos de la cosa se posan sobre mí es cuando soy consciente de mi error. No siento lo que he dicho, y así me lo hace saber la criatura con tan solo mirarme.

—Espero que alcances tu paz —digo temblando. Solo quiero que se aleje, que su atención se centre en otro sitio.

La criatura se vuelve y se dirige hacia las puertas de madera. Se oyen voces desde el otro lado.

—¡Ya viene! ¡Todos atrás! —grita Tomás.

La cosa empuja las puertas, que poco pueden hacer para soportar la presión. A pesar de que desde el otro lado intentan mantenerlas cerradas, las hojas son arrancadas de los pestillos que las atrancan. El anclaje de la cerradura se rompe y la madera cruje, astillándose por todos lados.

Desde fuera, Lucía y yo nos convertimos en meros espectadores de una escena digna del cine más crudo. Disparos, gritos, súplicas. El miedo ha inundado la iglesia. Todos corren, los tiros se suceden, y escucho el sonido del dolor, de la desesperación. Lucía sigue sentada en el suelo, incapaz de tomar los mandos de su propio cuerpo inmóvil.

Entro en la iglesia y contemplo cuerpos esparcidos por el suelo. A Tomás le han arrancado el rostro y las manos. Tiene el abdomen abierto como si un oso lo hubiera atacado con su zarpa. El cuerpo de una mujer permanece tendido sobre el respaldo de un banco, la sangre gotea de sus extremidades, formando un charco de sangre en el suelo. Está lleno de cadáveres. Todavía escucho correteos, sollozos en forma de súplica, gritos agonizantes. Crujidos. En un rincón veo a Elodia,

sentada abrazándose las rodillas. Su mirada desesperada me suplica en silencio. Gesticulo para que venga hasta mí. Ella mira a su alrededor y empieza a gatear. De pronto se detiene y me mira. El miedo vuelve a sus ojos enrojecidos. Levanto la mano para indicarle que siga avanzando, pero de pronto, un frío extremo me inunda, y por mi izquierda aparece la figura, directa hacia Elodia. Ella niega en silencio, con un llanto sordo nacido de la desesperación. Una vez la cosa se encuentra delante suya la observa mientras yo, impotente, me temo lo peor.

Entonces la criatura retrocede. Me doy cuenta de que el hedor ha desaparecido, de que el aura de maldad se ha disipado por completo, pero no la figura en sí. También su ropa empieza a cambiar, a tomar un tono blanquecino. Al parecer, Lucía ha sentido lo mismo que yo, porque su cuerpo ya le responde y se sitúa a mi lado, observando incrédula a la figura.

—Eres tú —dice Elodia a la criatura—. Antonila.

El pelo de esa cosa mejora hasta convertirse en una cascada de tono rojizo que proyecta unos reflejos dorados preciosos. Las manos que asoman bajo la tela se han vuelto completamente humanas, limpias y perfectas. Ella se gira hacia nosotros y me quedo embobado. Frente a mí se encuentra la mujer más hermosa que he visto jamás. Tan contraria a la imagen que he presenciado cuando la he visto frente a la iglesia o en mi casa esta mañana.

—Antonila —susurra Lucía—. Sabía que mi padre no exageraba.

La mujer, envuelta ahora en telas blancas, se nos acerca, y de su boca de labios rosados y dientes blancos asoma una sonrisa.

—Gracias por liberarme, Lucía —dice con una voz dulce y suave—. Cuidaré bien de tu padre.

Las lágrimas afloran en los ojos de Lucía, que asiente. Luego Antonila me mira y vuelve a sonreír.

—¿Eres un demonio o un ángel? —le pregunto, sintiendo que el peligro ya ha pasado.

—Soy un alma liberada —señala el estropicio de cuerpos que ha dejado a su paso—. Los demonios eran ellos, por mucha iglesia y rezos que profesaran. La bondad o la maldad está en la esencia de cada persona, no hay envoltorio que lo esconda a ojos de la verdad.

De pronto, el rostro de Antonila empieza a deshacerse, como si estuviese hecho de arena. Unos microgramos se desprenden de su cuerpo con un sonido siseante. La sonrisa no desaparece hasta que sí lo hace el cuerpo entero, convertido en un polvo gris.

13

Por fin, cuando consigo apartar la mirada del montón de polvo que segundos antes era Antonila, vuelvo a contemplar la carnicería que este espíritu ha dejado a su paso. Hay sangre por todas partes, cuerpos tendidos completamente irreconocibles. Tomás, Julio, el padre Fernando, cuya sotana está completamente teñida de rojo, alguna de las mujeres, y todos los hombres, están muertos.

—Qué locura —comenta Lucía con un hilo de voz.

Escucho un sonido frente a mí y veo a Elodia acercarse todavía con las piernas temblorosas.

Dos mujeres se asoman desde los bancos.

—¿Se ha ido? —pregunta una.

Elodia le responde que sí. Ellas sueltan sollozos de alivio y se abrazan.

—¿Qué hacemos con este desastre? —pregunta Lucía.

—Llamar a la policía, supongo —respondo.

—¿Y qué les decimos, Nacho? ¿Qué un espíritu ha venido del Más Allá a matar a nuestro vecinos?

En eso tiene razón Lucía. ¿Qué pruebas tenemos? Extraigo mi teléfono del bolsillo.

—Sea como sea, hay que avisar a las autoridades. Somos testigos de lo ocurrido, y debemos contar la verdad —insisto—. Que se la crean o no, es problema suyo.

Lucía asiente y comparte una mirada preocupada con Elodia y las dos mujeres más que han sobrevivido.

Quien atiende mi llamada al 091 se ha puesto muy tenso en cuanto lo he informado que ha habido un asesinato múltiple. Me ha insistido en que no nos movamos de aquí.

Las carreteras hasta Santisoña son estrechas y repletas de curvas. No sé exactamente desde qué comisaría acudirá la policía, pero al menos, contaremos con media hora hasta que vengan las autoridades.

Hemos salido de la iglesia. Descubrimos que el pueblo está prácticamente desierto. Vemos a una mujer salir de casa completamente espantada. Grita y llora a la vez, diciendo que algo ha entrado en su casa y ha matado a su marido. Antonila debe de haberlo matado antes de venir a la iglesia. Por lo que veo, nadie se ha salvado de la quema.

—¿Por qué estamos vivas? —pregunta una anciana de pelo blanco y pocos dientes.

—Porque somos inocentes, Mari Cruz —responde Lucía—. Ha matado a todo aquel que la maltrató. Al parecer muchos, la mayoría, estaban involucrados en las torturas que Antonila sufrió en vida.

Me encaro a Elodia.

—Pensaba que tú también estabas en contra de que la vela se apagase.

—Siempre me he mantenido al margen —dice la panadera—. Culpables o inocentes hemos vivido siempre bajo la amenaza de don Fernando, Tomás y otros. Yo fui quien se encargaba de mantener la vela encendida antes de que vinieras, hasta que no pude cargar más con el sentimiento de culpa y comencé a revelarme. Entonces, lo intentaron con Lucía.

Miro a mi nueva… ¿amiga?

—¿Tú también tuviste que hacerlo? —le pregunto sorprendido.

—No. Me negué, y como mi padre era quien más quebraderos de cabeza les daba, me amenazaron con matarlo si no conseguía mantenerlo alejado de allí.

—Entonces decidieron buscar a un completo desconocido para que viviera en la casa y firmase un contrato a cambio de un alquiler ridículo —me señala Elodia—. Así se asegurarían de que esta persona cumpliera su cometido. Era un plan perfecto.

—Lo que no pensaron fue en la propia naturaleza humana —señala Lucía—. La curiosidad, ¿verdad, Nacho ?

—Sí, supongo. La verdad es que nada más firmar el contrato y asomarme a la habitación, vi la vela. Y al instante supe que no pararía hasta averiguar su significado.

Nos hemos dividido en reducidos grupos. Por un lado, Lucía y yo; y por otro los demás vecinos, una decena en total, todo ancianas completamente abatidas por sus pérdidas. Hablan entre ellas, intentando explicarse de qué modo sus maridos habían estado involucrados en la tortura a Antonila, cuarenta y seis años atrás.

Mantengo a Lucía rodeada con mi brazo. Ella ha pegado su cabeza a mi pecho. Parece más tranquila, y eso me hace sentir bien, teniendo en cuenta que soy yo quien la relaja. Le beso la cabeza y ella se apretuja contra mí.

—¿Qué va a pasar ahora? —me pregunta—. Si es que no salimos esposados de Santisoña.

—No sé, la verdad.

—¿Te irás?

—¿Quieres que me vaya?

Ella levanta la cabeza y me mira. No puedo sentirme más esclavo de sus ojos.

—No, claro que no. O si lo haces, quiero irme contigo.

Le sonrío y la beso.

14

Escucho unas sirenas a lo lejos. Miro la hora y veo que son las tres y cuarto de la tarde. Ya viene la policía. Oigo al menos dos sirenas distintas.

La quincena de vecinos que permanecemos todavía fuera de la iglesia miramos hacia la calle que da entrada al pueblo, esa que también conduce a mi casa alquilada.

—Estoy nerviosa —dice Lucía poniéndose en pie.

Yo también lo estoy, pero no se lo menciono, tampoco serviría de mucho.

Llegan tres coches de la Guardia Civil y una ambulancia, todos con las luces encendidas. Han apagado las sirenas en cuanto han entrado en el pueblo. Vienen a toda leche y se detienen frente a nosotros. Bajan ocho agentes, tres de ellos mujeres, que acuden directas hacia Elodia y cuatro vecinas más que la acompañan. Dos agentes se acercan a mí y a Lucía.

—Buenas tardes —me saluda un hombre alto con una gorra algo pequeña para el tamaño de su cabeza rapada.

—Hola.

—Hemos recibido una llamada sobre un posible asesinato.

Me fijo y veo que tras el agente, los otros tres guardias civiles que lo acompañan llevan ametralladoras sujetas en las manos. La escena me preocupa.

—Oiga, ¿Me ha escuchado? —chasquea los dedos el agente.

—Sí, perdone. He llamado yo.

—¿Y bien?

—Están ahí dentro —señala Lucía hacia las puertas de la iglesia.

—¿Quiénes están ahí dentro? —pregunta el agente .

—Los cadáveres.

Esa palabra provoca que los ocho guardias civiles miren a Lucía como cazadores que han oído removerse un arbusto. Todos se acercan a nosotros.

El agente que nos habla se encara a sus compañeros.

—Ortega, Cortés, Ramos, a la iglesia —ordena sacando su arma. Pero antes de marcharse, me mira.

—Espero que no se trate de una broma —nos dice.

—No lo es, agente.

El hombre afirma con la cabeza y se aleja junto a sus siete compañeros, todos con el arma bien sujeta en las manos.

Lucía y yo esperamos fuera junto a los demás vecinos. Elodia se

nos acerca acurrucada en su jersey.

—¿Qué harán cuando lo vean? ¿Nos detendrán?

—Ni idea —responde Lucía.

—Supongo que nos llevarán a comisaría. Tendrán que interrogarnos. Somos los únicos testigos.

—¿Y qué les decimos? —pregunta otra vecina que nos escucha. Poco a poco, a nuestro alrededor se forma un corro.

—Hay que decir la verdad —dice Lucía—. Que algo ha matado a nuestros vecinos y después se ha convertido en cenizas.

—¿Pero decimos que era Antonila? —pregunta otra.

—No —intervengo yo. Entonces bajo la voz—. No van a creer nada de lo que les digamos, pero tampoco pueden probar que hemos sido nosotros. Así que, hagan lo que hagan, no encontrarán la verdad si no abren la mente.

—Pero eso ya será su problema —dice Lucía—. Nosotros sí que sabemos lo que ha pasado. Si esta gente tiene que encontrar una lógica para poder explicar un suceso completamente surrealista e ilógico, creo que les va a llevar un tiempo bastante largo.

Nos volvemos hacía la puerta de la iglesia para ver salir a los ocho agentes con la cara pálida, uno de ellos vomita en un lateral de la fachada. Una de las mujeres se apoya en su compañera, ambas sufriendo arcadas. El agente que me ha preguntado regresa. Camina incómodo, como si estuviera aguantándose para no hacérselo encima.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto .

—¿Qué cojones ha pasado ahí dentro?

Miro a Lucía y veo la cara de preocupación que la embarga. Ha llegado el momento de soltar la verdad, supongo.

—Algo ha matado a esas personas, eso es evidente —digo sin querer especificar más. Por supuesto, y como me temía, mi explicación no resulta del agrado del agente.

—Dígame quién lo ha hecho y acabemos pronto con esto.

—No sabría decirle. Porque quien lo ha hecho, no era... digamos…, algo que tenga explicación.

Los demás agentes se acercan. Lo último que quiero es ser el centro de atención de estos guardias civiles. Por un lado, quisiera que Lucía me echara un cable, pero es que no hay nada que podamos hacer para ayudarles a esclarecer lo sucedido.

—Ahí dentro alguien ha matado a sangre fría al menos a veinte personas —dice una de las agentes—. No nos tome el pelo o se va a pasar varios días en el calabozo.

—Pues pregúntele a otra persona, a ver qué conclusiones puede sacar —consigo decirle.

—Muy bien —asiente la mujer aceptando el reto. Entonces se vuelve y se encara a la vecina que se encuentra junto a Elodia—.

Usted. Dígame quién ha matado a esas personas.

Por supuesto, esta vecina tampoco estaba interesada en recibir la atención de la Guardia Civil. Mira a Elodia, pero esta baja la cabeza.

—Ha sido el espíritu de Antonila —responde la mujer.

La agente se vuelve hacia sus compañeros, que la miran con el ceño fruncido.

—A ver, señora, céntrese —insiste la agente—. Descríbame al asesino.

—No era un asesino, sino una asesina. Tenía el pelo negro y largo, aunque descuidado. Vestía harapos negros, y la he visto arrancar rostros y devorar cuerpos.

—¿Y dónde está esa tal Antonila? ¿Sigue cerca? —pregunta otro agente.

La mujer niega.

—Cuando ha matado a todo aquel que tenía previsto, se ha… descompuesto.

Un agente se acerca libreta en mano .

—¿Cómo que se ha descompuesto?

La vecina frunce el ceño.

—Pues eso, que se ha convertido en polvo delante de nuestros ojos.

Cuando el agente que me estaba interrogando se vuelve de nuevo hacia mí, sigue incluso más incrédulo que antes.

—¿Nos estáis tomando el pelo?

—No, pero es lo que ha ocurrido. Esa mujer —señalo a la vecina que ha hablado— no esconde nada. Ni le falta un tornillo. Mis ojos han presenciado lo mismo que los suyos. De hecho, si ella estuviese loca por ello, también lo estaríamos los demás.

Tras esta charla, y como era de esperar, los guardias civiles nos han llevado a comisaría para tomarnos declaración. Allí hemos seguido dando la misma versión de lo sucedido, por mucho que ello haya frustrado a los agentes. El teniente Olaso, que así se llama el de mayor rango, ha insistido hasta la saciedad para que le diéramos información relevante, datos que pudieran llevarlo al esclarecimiento del caso. Pero no lo ha conseguido. Siento su frustración, la verdad, porque nuestra versión es cuanto menos, increíble.

Hemos vuelto a Santisoña pasadas las once de la noche. Lucía permanece a mi lado en el coche. Reconozco que verla ahí sentada, acomodada, con el codo apoyado en el cristal y el asiento reclinado, me produce una sensación agradable. Actúa como si estuviese en su propio coche, no procura ser correcta porque está en un sitio que siente como suyo, y eso me gusta.

—Esto ha sido una locura —dice tras soltar un largo suspiro.

—Joder, ya te digo. Y lo peor es que da igual a quién se lo contemos. No van a creernos.

—Cierto. Creo que esos policías tardarán en dejarnos en paz.

Llegamos a la entrada del pueblo y detengo el coche. Lucía me mira.

—¿Qué ocurre?

Me encojo de hombros.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Quieres que te lleve a casa o vienes a la mía?

—A la tuya, si no te importa .

—No, qué va. Al contrario.

Ella me sonríe.

—Lucía, ¿se supone que estamos saliendo juntos? —cuando me mira confundida continúo—. Es decir, nos hemos acostado, y me gustas mucho.

—Y tú a mí.

Me coge de la mano.

—Por mi parte he asumido que somos pareja —me dice.

Su sinceridad me derrite. Me acerco y la beso en los labios. Siento su alivio.

—Aquí no me queda nada, Nacho —añade—. Sólo tenía a mi padre, y ya no está. En Santisoña los vecinos jamás nos han aceptado por lo sucedido con Antonila.

Veo cómo sus ojos se cristalizan e intento consolarla apoyando mi mano sobre la suya.

—… Tuve la suerte de que mi padre jamás le hizo daño —continúa —, y por eso estoy aquí, viva. Sé que lo que ha sucedido hoy es una locura, pero lo siento si no me compadezco de la gente que Antonila ha matado.

—Lo merecían —digo.

—Mi padre pasó toda su vida discriminado, ya que mi madre murió cuando yo tenía tres años. Lo culparon a él, diciéndole que la había desatendido al obsesionarse por Antonila y luego por querer apagar la vela.

—Lo siento —le digo intentando sacarla del cúmulo de tristeza en el que ha entrado.

Su llanto se desata y pega su cabeza a mi pecho. La abrazo.

—Mi padre era un buen hombre —dice llorando—. Jamás se metió con nadie, siempre fue servicial con quien le pedía cualquier favor. Y lo trataron muy mal. Lo tacharon de loco.

Parece que no necesito decirle nada, el contacto suyo con el mío comienza a surtir efecto. Ha dejado de hablar y su llanto mengua a cada segundo.

Finalmente, mientras acaricio su espalda y sus cabellos castaños que todavía huelen ligeramente a jabón, Lucía se tranquiliza, levanta la cabeza y me besa. Siento su lengua y cómo su respiración se agita.

También la mía. Lleva su mano a mis intimidades, que ya empiezan a despertar. Sin embargo, me aparto ya jadeante, suelto el freno de mano y me apresuro a llegar a casa.

En el trayecto hasta la loma nuestras mentes se han enfriado y han regresado a los hechos acaecidos horas antes, olvidándose del calentón de minutos antes.

Bajamos del coche en silencio, fijándonos en nuestro alrededor, por mucho que nos lo impida la noche.

Lucía se detiene donde su padre estuvo tumbado ya sin vida. Donde Julio, Tomás y Ricardo, bajo las órdenes de don Fernando, acabaron llevándose los restos de Herminio.

Al abrir, soy yo quien recuerda cómo Antonila o lo que fuera aquello mataba a Ricardo a sangre fría. Y los gritos de los vecinos desde fuera de la casa. La sangre mancha la entrada. No hay restos del chico, lo ha devorado por completo. Nos tocará limpiar durante unas horas.

—Ya no siento su presencia —digo—. Es raro no asomarme a la habitación para controlar la vela.

—Yo también me siento liberada —dice Lucía.

Ninguno de los dos, a pesar de que seguro estamos agotados, parecemos con ganas de dormir.

Preparo un té para cada uno mientras Lucía se sienta en la mesa de la cocina.

—¿Quién hay en tu vida esperándote? —me pregunta.

Me vuelvo sorprendido desde la encimera mientras preparo las infusiones.

—En Salamanca tengo a mis padres, y a mi hermana. Luego está mi amigo Chema. No es el único amigo que tengo, pero ahora mismo es la persona en quien más confío. Él sabe que algo estaba sucediendo en Santisoña.

—¿Le has contado lo de Antonila?

—No exactamente, pero cuando estábamos en la iglesia he hablado con él. Me he despedido, por lo que pudiera pasar.

—Estará muy preocupado.

—Sí. Supongo.

—¿Y no hay ninguna mujer en tu vida?

Percibo la preocupación en el tono de su voz.

Le llevo el té y me siento a frente a ella .

—No la había, pero ahora sí.

Ella sonríe tímida y agarra su bebida. Permanecemos en silencio un par de minutos.

—¿Qué planes tienes para el futuro, Nacho? —me pregunta Lucía.

—Sinceramente, me gustaría quedarme aquí, contigo. Al menos, durante una temporada. No me apetece volver a la mentira que vivía

en Salamanca.

—¿Qué mentira?

—Ya sabes, el tema de redes sociales, estar todo el día pegado al teléfono…

—Aquí no tenemos de eso —dice Lucía—. Santisoña todavía está muy atrasada respecto a la vida en las ciudades.

—Pero en este pueblo gozáis de cosas de las que no somos conscientes allí.

—¿Qué cosas? Esto es muy aburrido.

No puedo frenar una carcajada que necesitaba soltar más de lo que imaginaba.

—¿Aburrido? ¿En serio?

Ella se contagia de mi risa y muestra sus dientes bien alineados mientras esconde la mirada avergonzada.

—No creas que es muy habitual que un espíritu venga desde otra dimensión y asesine a todos tus vecinos —ríe Lucía.

—Joder, todavía me cuesta creer. De hecho, estoy seguro de que jamás podremos demostrar lo que ha sucedido. Ha sido una locura.

Pasamos algo más de tiempo hablando y luego nos vamos juntos a la cama. Me cuesta ver a Lucía como mi pareja. Es tan perfecta que temo que se eche para atrás en su decisión de estar conmigo. Recuerdo que, con Silvia, todo surgió más forzado. Empezamos a quedar con amigos, a lanzarnos miradas y a tantear el terreno por miedo a que el uno espantara al otro con una insinuación demasiado directa. La primera vez que salimos, tuve que pedirle si quería ser mi novia casi como si me estuviera declarando en matrimonio. Es verdad que éramos mucho más jóvenes, y que ahora no necesitamos pedirnos salir porque se palpa en el ambiente que nos gustamos, que queremos estar juntos. Aun así, al no estar acostumbrado a esta forma de hacer las cosas, me siento inseguro.

15

Me he despertado antes que ella. Son las ocho y media de la mañana. He dormido demasiado poco, y lo noto en los ojos, e incluso en la mente. La sensación me recuerda a cuando salía de fiesta años atrás, que me acostaba a las seis de la mañana y me levantaba a las nueve. Dormía tres horas y creía haber descansado suficiente, pero notaba que la mente no estaba de acuerdo.

Lucía duerme de espaldas a mí, veo su pelo ligeramente ondulado caerle por la espalda. De pronto, escucho el motor de un coche fuera de la casa. Se ha parado. Me levanto con prisas y me visto rápido. La ropa está tirada por el suelo, y al verla, recuerdo con una sonrisa que hicimos el amor antes de quedarnos dormidos. Lucía es dulce cuando practicamos sexo; es atenta y muy cariñosa. Sus gestos, sus gemidos, todo resulta embriagador, delicado y a la vez, de lo más efectivo.

Me pongo los vaqueros y la camisa, luego me calzo las sandalias y me hecho la chaqueta sobre los hombros. Justo cuando me dirijo a la cocina, alguien llama a la puerta con tres golpes flojos.

Mientras llevo la mano hasta el pomo, imagino quién puede ser. Quizá ha vuelto la policía para hacernos más preguntas. O puede que sea algún vecino que quiera hablar de lo ocurrido. Sin embargo, en ningún momento me esperaba que se tratara de Chema.

En cuanto abro, veo su rostro preocupado que me observa de arriba abajo, como si no se explicase que estuviese vivo.

—Chema, ¿qué haces aquí? —pregunto.

—Joder, Nacho. ¿Tú qué crees? ¿Qué pensabas que haría después de tu llamada ?

Recuerdo que acabé despidiéndome de él y pidiéndole que le dijera a mi familia que los quería.

—Pasa, tío. Me alegra verte.

Él entra en casa y la contempla con mirada escrutadora. Chema es grande y apuesto. Pinta canas a sus cuarenta y ocho años.

—¿Qué coño pasó anoche? —pregunta. Antes de responder, miro hacia mi habitación —¿No estás solo?

Veo una sonrisa nacer de su rostro.

—No lo estoy, no. Siéntate, Chema. ¿Has desayunado?

—Qué va. Me he pasado la noche conduciendo. No sabes lo que me ha costado explicarle a Karen que necesitaba venir para asegurarme de que todo iba bien.

—Joder, me siento culpable, aunque jamás creerás lo que ha ocurrido aquí.

—Intenta explicármelo tío. Llevo todo el viaje preguntándomelo.

En ese momento, escuchamos la puerta de mi habitación y aparece Lucía con una camisa mía a modo casi de vestido. No lleva pantalones. Se detiene frente a nosotros sorprendida. La veo preciosa. Tiene los labios ligeramente hinchados, el pelo revuelto y una mirada desubicada de lo más graciosa.

—Lucía, te presento a mi amigo Chema.

—Hola —saluda ella—. Disculpad, voy a asearme.

—Encantado, Lucía —saluda Chema con una amable sonrisa.

Cuando ella entra en el baño, mi amigo me mira complacido.

—Oye, qué chica más guapa. ¿Va en serio esto?

—Pues diría que sí.

—Qué bien.

Esperamos a que Lucía se incorpore a la mesa mientras yo he preparado unos cafés y he sacado algo de bollería y mermeladas.

En cuanto ella se sienta con nosotros, le resumo a Chema que Lucía vive en Santisoña, que ayer perdió a su padre y que todavía estamos dilucidando si quedarnos en el pueblo o marcharnos juntos a Salamanca. Por su parte, Chema explica a Lucía que está casado, que tiene dos niños y que somos amigos desde hace mucho tiempo. Tras cuatro anécdotas, Chema se pone serio.

—Nacho, desde que llegaste aquí me has llamado diciéndome que pasaban cosas extrañas. Que había una vela que te habían obligado a mantenerla encendida bajo contrato.

—Así es.

—¿Tu llamada de ayer tiene algo que ver?

—Sí. Todo.

Con la ayuda de Lucía, cuyo testimonio refuerza la historia, contamos con pelos y señales a Chema lo que nos ha sucedido. Incluso el pasado de Antonila, el mismo que Lucía me contó a mí. Chema no hace más que repetir que eso no puede ser, que no existen esas cosas.

Le decimos que anoche estuvimos hasta las tantas en comisaría, esperando a que la policía nos hiciera las pertinentes preguntas. Nos soltaron porque a pesar de lo descabellado del suceso, nuestras versiones coincidían. Aunque nos han dicho que sigamos en Santisoña hasta que la investigación avance o se esclarezca.

A pesar de la incredulidad de Chema, incluso después de mostrarle la vela apagada en la habitación junto a todas las figuras cristianas que la rodean; de enseñarle la foto de la curandera Elvira, y algún recorte de periódico que guardaba en su casa Herminio, mi amigo sigue mostrándose suspicaz. Busca la manera de atar los cabos con lógica, intentando desenmarañar el asunto para eliminar el factor esotérico, el halo de brujería y espiritismo que envuelve lo sucedido.

Me río en algún momento, porque no lo conseguirá.

Pasamos el día recorriendo el pueblo prácticamente desierto.

—No hay nadie —observa Chema.

—En Santisoña somos muy pocos, y Antonila ha terminado barriendo las vidas que quedaban — señala Lucía.

Compartimos una agradable comida en mi casa y luego nos tomamos un largo café sentados en el sofá y las dos mecedoras del salón junto a la chimenea. Mi amigo y yo decidimos salir a dar un paseo por el bosque.

—Este lugar es increíble —me dice Chema cuando ya nos hemos alejado de la casa.

—Sí, es precioso. Cada día me enamoro más de Santisoña.

—Y de alguien más —dice socarrón.

—Ya lo creo. Lucía ha sido una bendición. Jamás pensé encontrar a alguien como ella aquí.

—¿Por qué no?

—Mira este pueblo, Chema, es minúsculo. No llegará a los treinta habitantes. Y ahora, ni siquiera a los diez. En Salamanca, después de cortar con Silvia, tras casi diez años citándome con otras mujeres, no congenié con ninguna. ¿Y tenía que estar aquí? ¿En el culo del mundo? Joder. Cuesta creer.

—Aquí todo resulta increíble, la verdad.

Regresamos pasada casi una hora, y antes de abrir la puerta para entrar, nos recibe Lucía con la cara pálida y mi teléfono móvil en la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Ha llamado la Guardia Civil. Nos ha citado a los dos de inmediato en comisaría.

—¿Para qué?

—Eso les he preguntado. Pero han dicho que vayamos y ya hablaremos allí.

Miro a Chema.

—Id, os esperaré aquí —dice él.

—No. Vente con nosotros. Sea lo que sea, quiero que estés —le digo.

Chema se ofrece a llevarnos con su coche.

16

La comisaría se encuentra en una localidad mucho más grande que Santisoña llamada Carría, dentro de la provincia de Lugo. Según el móvil de Chema, Carría tiene casi treinta mil habitantes. Y es capital de comarca.

Llegamos allí a las siete y cuarto de la tarde, ya de noche. Dos guardias civiles de uniforme nos esperan fuera de la comisaría. En cuanto llegamos hasta ellos preguntamos por el teniente Olaso, quien ha llamado a Lucía.

Nos invitan a pasar y accedemos los tres. Todos estamos nerviosos, sobre todo Chema, al que siempre lo ha inquietado estar cerca de agentes de la ley.

Nos hacen esperar en una sala y nos sentamos en las sillas pegadas a las paredes.

—¿Qué querrán? —me pregunta Lucía.

—No espero nada bueno —digo—. Necesitarán culpar a alguien de esto, y nosotros estábamos en el lugar de los hechos.

En ese momento vemos entrar a Elodia y las pocas personas más que sobrevivieron al ataque de Antonila. Todos muestran expresiones temerosas.

—¿También os han llamado? —pregunta Elodia extrañada.

—Sí —responde Lucía.

—¿Sabéis para qué?

—Ni idea.

Por el pasillo aparece un hombre alto, de tez morena y barba de una semana. Tiene una mirada dura de ojos marrones. Es el teniente Olaso. Nos da los buenos días y pasa lista. Estamos todos los que nombra, además de Chema .

—¿Y usted quién es? —pregunta a mi amigo.

—Viene con nosotros —respondo yo señalándome a mí mismo y a Lucía.

—Por favor, espere fuera —ordena el teniente a mi amigo.

—Oiga, teniente —insisto—, le pido por favor que lo deje estar conmigo.

Tras dudar unos segundos, el agente se encoge de hombros.

—Como quiera. Por favor, síganme.

Chema apoya su mano en mi hombro y me dedica una sonrisa de agradecimiento.

En completo silencio y expectantes, accedemos a otra sala más amplia, repleta de sillas, todas mirando a la misma pared. El teniente

Olaso nos invita a sentarnos y se sitúa frente a nosotros.

—Os hemos llamado porque hay novedades muy inquietantes en este caso —dice mientras toquetea un pequeño mando a distancia.

Otro guardia civil ha entrado en la sala y espera en la puerta.

—El cura de vuestra iglesia había dispuesto cámaras de vigilancia en varias zonas.

Todos murmuramos. Lucía, Chema y yo nos miramos.

—¿Quiere decir que hay imágenes de lo ocurrido? —pregunto esperanzado.

—Sí. Y muchas otras que no os incumben, pero que de estar vivo el cura, habría material para enchironarlo el resto de su vida.

Elodia se lleva una mano a la boca y comparte miradas con otras dos mujeres.

—Lo sabía —dice Lucía apretando los dientes.

—Bueno, pero ustedes están aquí porque son parte de lo ocurrido ayer —continua el teniente—. De hecho, son los supervivientes de esa horrenda masacre. Quiero que vean este vídeo por sin pueden aportar alguna aclaración.

Ante una señal de Olaso, el agente que permanece en la puerta apaga las luces y el otro enciende el proyector.

Las primeras imágenes pertenecen al interior de la zona de bancos de la iglesia, donde vemos entrar a los vecinos, entre ellos el propio cura, Tomás y el resto.

—Esto ocurrió ayer, hacia las doce del mediodía —informa Olaso.

Vemos cómo la gente se dispersa a lo largo y ancho de la sala. El teniente avanza el vídeo.

—Aquí es donde empieza todo. Les aviso de que las imágenes son muy duras.

Y así es. En completo silencio vemos entrar a una figura negra. La imagen del vídeo se distorsiona por momentos, como si sufriera alguna interferencia. Pero aun así, lo que vemos no da opción a dudas. Esa figura se mueve como si flotara, sus esqueléticos brazos arrancan rostros, parten extremidades. Y su rostro completamente oscuro bajo el tupido manto de pelo negro, muerde y devora los cuerpos de sus víctimas.

—Aquí entran ustedes —Olaso nos señala a mí y a Lucía.

Así es. Ella y yo accedemos al interior de la iglesia y nos detenemos frente a Elodia, que permanece tumbada en un rincón.

El vídeo muestra la transformación de Antonila y la breve conversación que mantenemos con ella. Ante nuestros ojos, la mujer, ahora vestida de impoluto blanco se desvanece, convirtiéndose en una especie de ceniza granulada.

El teniente vuelve a adelantar el vídeo hasta que él y sus hombres irrumpen en la iglesia y descubren el tinglado.

Las luces de la sala vuelven a encenderse y Olaso nos observa paciente.

Todas nuestras expresiones son de sorpresa y alivio, pero la de Chema es la que muestra una expresión más desencajada. La palidez de su rostro es comparable a la de las paredes que nos rodean.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Esas imágenes no pueden ser reales —dice con un hilo de voz.

—Estamos intentando verificarlas. Pero sí que lo parecen, aunque nos llevará un tiempo confirmarlo —responde Olaso—. Por el momento sus testimonios encajan en lo que vemos en el vídeo, pero como pueden comprobar, seguimos sin saber a quién culpar.

—Ustedes ya conocen la historia, teniente —dice Lucía—. Aquí, por mucho que le cueste creer, ha habido magia negra, conjuros y espíritus. Al igual que usted, no sabemos cómo alguien ha podido crear semejante brujería, pero lo ha hecho. Lo que sí podemos asegurarle es que no es un montaje. En ningún momento tocamos esos cuerpos, ni nos manchamos con la sangre de las víctimas.

—Hemos enviado los vídeos para que verifiquen su autenticidad. En caso de que resulten reales, estamos ante un paradigmático precedente —dice el teniente casi con una mirada incrédula—. La investigación paranormal dará un salto en el mundo del crimen.

Fuera ya de la comisaría, Lucía, Chema y yo aprovechamos para ir a una cafetería y tomar algo.

Sentados alrededor de una pequeña mesa redonda, Chema se muestra pensativo.

—Es una puta locura ese vídeo —dice levantando la mirada—. No tengo más remedio que creer lo que he visto, supongo. Es tal y como me lo contasteis. Es flipante.

—Lo es —dijo afirmando con la cabeza.

—¿Y aun así pensáis quedaros en ese pueblo?

Tras un sorbo a mi café, digo:

—No lo sabemos. Por ahora iremos a pasar unos días con mis padres, para que conozcan a Lucía y viceversa. Allí ya veremos qué pasos damos.

—De acuerdo. La verdad es que Santisoña es precioso. Y si la gente que os odiaba ya no está, pues mejor.

—Aquí hay ganado, hortalizas —dice Lucía—. Tenemos todo para salir adelante. Aparte, podemos trabajar desde casa para pequeñas empresas de la provincia.

—Y ya sabes cuál era una de las razones por las que quise marcharme de Salamanca, Chema —digo—. Quiero seguir alejado de nuestra sociedad consumista y superficial. Quiero usar el móvil solamente para llamar o que me llamen, nada de WhatsApp, Instagram, Facebook o mierdas por el estilo. Un perro, eso sería un

paso en la buena dirección —digo mirando a Lucía. Para mi sorpresa, ella sonríe y asiente.

—Ya, te entiendo —dice Chema—, y no descarto traerme a mi familia aquí aunque sea en vacaciones.

—¡Eso sería genial! —exclamo contento—. Además, ahora que veo que lo paranormal existe, tengo intención de investigar y recopilar información sobre estos temas.

EPÍLOGO

Han pasado tres meses desde que sucedió la masacre de Antonila.

Tras visitar a mi familia en Salamanca, Lucía y yo volvimos a Santisoña con la intención de instalarnos por un tiempo indefinido. La idea, ya que aquí no necesitamos unos ingresos muy altos para poder vivir, es trabajar a media jornada para alguna empresa de la provincia, quizá relacionada con el textil o algo similar. Ya hemos contactado con algunas y pronto empezaremos.

Por mi parte, además, no he podido conseguir el vídeo que nos mostró el teniente Olaso, así que no tengo en mi poder la prueba que respaldaría esta historia. Quería presentarla al canal de YouTube *Sucesos Inexplicables* . El tío que lo lleva me parece sincero y serio. Deseaba aportar pruebas de una vez, ya que en este tipo de formatos, cuando se cuenta una vivencia, las imágenes siempre aparecen distorsionadas, o su calidad impide evidenciar su veracidad. Quería romper una lanza en favor de estos programas pero a la vez, tras hablarlo largo y tendido con Lucía, decidimos que sería mejor que esas imágenes siguieran guardadas. Así que he decidido hacer algo distinto: escribir mi vivencia, plasmarla en el papel y quizá algún día publicarla. Tengo previsto empezar después del verano, cuando acabe este mes de agosto.

Escucho un claxon cuyo sonido me resulta muy familiar, tanto, que me arranca una sonrisa y me hace saltar de la silla con la ilusión de un niño. Chema y su familia han venido a pasar unos días a Santisoña.

—Ya están aquí —dice Lucía saliendo a toda prisa de una habitación .

Dejo a un lado la revista que compré ayer en la gasolinera y acompaño a mi pareja hasta la calle.

Al salir para recibir a mi amigo, descubro un día soleado, aunque el aire es fresco. No creo que superemos los veinticinco grados. Oigo el trino de los pájaros y las risas de los hijos de Chema y Karen. Luego veo a Lucía abrazándolos y sonriendo. No parece la misma Lucía desconfiada y huraña que me encontré al venir, y eso es maravilloso. Quizá haya llegado el momento de verla sonreír mirando a nuestro propio hijo.

P. D. Si le ha gustado la novela, por favor, le agradecería que dedicase unos pocos segundos a dar su opinión en la web de Amazon.

Muchas gracias por su confianza.

Atentamente, GERARD C. BOIX (AUTOR)